Mi ángel de la guarda

Noah Evans



Índice

Título
Dedicatoria
Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Epílogo
Nota de autora

Mi ángel de la guarda

Noah Evans

A todas vosotras, querida familia,
en estas fechas tan especiales.

Preámbulo

A pesar de la fecha había mucha gente, quizá por la misma razón por la que estaban ellas en el centro comercial, una semana de ofertas; el tiempo justo antes de navidad como para conocer el presupuesto y número de regalos que comprar.

María contuvo la respiración antes de soltar el aire de un golpe mientras miraba la libreta donde había apuntado la lista de las personas.

Uno era para Marta, una amiga de la infancia, la única de la época que conservaba. Uno más para el amigo invisible de la facultad que, como siempre pasaba, le tocaba alguien con el que nunca había cruzado una sola palabra.

Un tercero, para su padre. El único que tenía claro de todos. Uno más, para la mujer de este. Tenía que reconocer que ella era fácil de regalar, una mujer con muchas aficiones y gustos. Y otro más, el último, para el hijo de ella. No era que lo conociese de mucho, pero al rondar la veintena con un perfume de bote brillante podría apañarlo.

Una lista más escueta que los últimos años. Cerró la libreta enseguida, antes de que el escozor de la garganta aumentase.

—¡María! —la llamó Susana.

Sus amigas se habían metido en una tienda, no se había dado cuenta y había seguido adelante. Susana tuvo que salir a llamarla para que se diese la vuelta.

—Entra, lo mismo te sirve algo —dijo la joven.

María alzó los ojos hacia el luminoso superior de la puerta. Lencería. Un pijama siempre era un clásico. Podría comprarle uno a Marta, pero sabía que su amiga quería un CD conmemorativo de su artista favorito.

—Voy a la planta de arriba. —Ladeó la cabeza hacia las escaleras al decirlo y Susana asintió.

Luz se asomó a la puerta para tirar de Susana.

—Hay una cola de espanto. Coge lo que sea que voy a pedir la vez —dijo y miró a María—. Ahora te buscamos.

Aún no habían puesto la decoración navideña, sin embargo, la música y cierto ambiente auguraban la cercanía de las fiestas. Se dirigió hacia las escaleras comprobando que las colas de espanto que decía Luz eran generalizadas, hasta para el puesto de palomitas.

La planta superior tenía el techo de cristal, había anochecido demasiado pronto, la tormenta se había encrudecido hasta el punto de no dejar ni un ápice de cielo libre y sumirlos en la completa oscuridad. Llovía como no recordaba haber visto en años.

Desde que su madre murió, a primeros de año, había notado que el clima condicionaba su

ánimo más que de costumbre. Nunca había prestado atención a ello; si llovía, si hacía frío o demasiado sol. Sin embargo, en cuanto el otoño hizo acto de presencia, había sido como volver atrás, a las primeras semanas. El frío, la escasez de luz, la pronta noche y la lluvia, la hacían querer echar a correr a casa y poner mil excusas para no salir.

Una manta, un sofá y un radiador. Era todo lo que necesitaba para pasar aquellas fechas.

Llegó a la planta superior y cruzó el pasillo hacia la tienda de libros y música, que estaba tan repleta como la otra en la que había dejado a sus amigas.

Se detuvo en la puerta, la cola para pagar casi llegaba hasta ella. Por suerte, el CD de Marta era una de las novedades navideñas y estaba en un *stand* llamativo cerca de ella. Lo cogió y se puso en la cola.

Sacó la libreta para tachar la casilla de su regalo. Era un absurdo, sabía perfectamente lo que tenía que comprar o hacer. Pero le entretenían aquellas libretas planificadoras en las que podía meter todo en un recuadro. Aún no había decidido si regresar a Valencia en vacaciones o quedarse en Madrid. Su padre insistía en que pasasen la navidad juntos, pero ella no estaba acostumbrada a convivir con ellos. Desde que sus padres se separaron siempre vivió con su madre y visitaba a su padre de vez en cuando. Y ahora que ella no estaba se había quedado descolocada.

La esposa de su padre era correcta, nunca hubo ningún gesto de desagrado hacia ella. Pero no era su familia ni su casa. Así que la decisión de marcharse a terminar sus estudios a Madrid y alquilar un pequeño apartamento de estudiantes había sido una buena decisión.

Unos meses en los que había tenido que acostumbrarse a la soledad absoluta. Aún estaba en ello.

La cola avanzaba rápido, dio unos pasos y uno de los adornos de su bolso se enganchó con algo que había en un expositor de cristal. Se dio media vuelta, era un reno de peluche con los ojos saltones. Lo agarró para poder desengancharlo sin romperlo. No sabía de qué estaba relleno, pero pesaba más de lo que esperaba, quizás sería algún tipo de arena que lo mantenía sentado.

Lo sostuvo en el aire mientras lo desenganchaba y lo liberó de las tachuelas doradas. Sacudió el muñeco para comprobar que estaba bien. A su madre le encantaban aquellos adornos navideños, solía repartirlos por el salón de casa.

Sin embargo, en su nuevo apartamento no había una sola cinta navideña ni intención de comprarla. Acarició el reno mientras reprimía cierto arrebato de pagarlo junto al disco de Marta.

Negó con la cabeza y acercó la mano y el muñeco a la bandeja de cristal. Lamentó que siempre colocaran a los más adorables a la vista.

Volvió a mirar el muñeco. Otra vez el maldito escozor de garganta. Apretó los labios y contuvo el aire.

Sintió un leve mareo y alguien dio un grito. Sonó un tintineo extraño, más gritos, el mareo

regresaba y esa vez fue más fuerte.

La música dejó de sonar.

¿Qué coño…?

Miró hacia la puerta, la gente empezaba a correr. Otro tintineo y vio cómo cayeron varios objetos en medio de más gritos. Los altavoces emitieron un sonido desagradable.

—Evacuación inmediata —sonó una locución tan fuerte que tuvo que llevarse las manos a los oídos—. El personal de seguridad está habilitando las salidas de emergencia. Mantengan la calma y sigan las instrucciones.

Miró enseguida a su alrededor, la gente no se había ni parado a escuchar aquel «mantengan la calma», el pánico se había apoderado de la mayoría.

Algunas personas con algo más de temple empezaron a dar voces para calmar a los que corrían, pero era inútil, podía ver las carreras en los pasillos. Enseguida sonó la alarma.

Se llevó la mano al bolso para sacar el móvil mientras se apresuraba hacia la salida.

—Pero ¿qué ha sido? ¿Un terremoto? —le preguntó una señora soltando todo lo que llevaba en los brazos.

María soltó el CD.

—No lo sé, pero hay que salir —le respondió mientras le daba un leve empujón a la mujer hacia fuera.

Un hombre le dio con el hombro al pasar, llevaba el teléfono al oído.

—¡Vamos! —El hombre llamaba a alguien que estaba tras ella—. Dice Tomás que están dejando salir a los coches del *parking*.

¡Ostras, mi coche!

Echó a correr. Las escaleras mecánicas estaban detenidas, la gente corría por ellas hacia abajo. Los gritos proliferaron cuando las luces se apagaron y tenía que reconocer que si antes estaba nerviosa, el terror comenzaba a apoderarse también de ella al no poder ver nada.

Darse cuenta de que alguien había encendido la luz del móvil la hizo reaccionar y activar la suya mientras recibía empujones. Una gran mala idea, ahora con tantas luces moviéndose de un lado a otro era más difícil localizar las salidas de emergencia.

Aquello era un hormiguero repleto de hormigas desorientadas, no podrían salir de allí de ninguna manera.

Vio que por un lado la gente se movía más rápido y se escucharon unos nuevos gritos procedentes de la planta baja. Los gritos se contagiaron a la planta superior.

—Se ha derrumbado algo abajo —dijo una mujer y el bullicio comenzó a empujar tan fuerte que podía ver cómo algunos caminaban escaleras abajo comenzando un efecto dominó.

No habría forma de evacuar aquello y ella ya no sentía las piernas del miedo. No sabía nada de Susana y Luz, ellas estaban más cerca de la puerta. Y luego estaba el coche de su madre.

Nunca lo hubiese llevado allí, ella solía moverse en metro o en bus, pero la lluvia era demasiado fuerte. Alzó la mirada mientras seguían empujándola, el agua golpeaba tan fuerte en el cristal que parecía que fuese a echarlo abajo de un momento a otro.

De pronto dejó de sentir la presión en el cuerpo, el bullicio se aflojaba y había algo más de luz. Las salidas de emergencia comenzaban a liberar aquel avispero asfixiante. Y también las escaleras mecánicas, donde ya se habían repuesto de las caídas.

No quiso desviarse de la inercia del bullicio, se dejó casi arrastrar hasta las escaleras mecánicas, donde ya alguien de seguridad las bloqueaba por completo.

—¡Solo salidas de emergencia! —gritaban los de seguridad—. No taponen esta parte.

Pero una masa entrada en pánico era difícil de contener. Alguien se saltó el control y comenzó a bajar y varios más lo siguieron al ver que era la manera más rápida de salir. Y su cuerpo a empujones enseguida llegó hasta la baranda de goma de las escaleras.

Notó presión en el brazo, alguien la agarraba. Miró y era uno de los de seguridad.

—¡Señorita! ¡Por allí!—dijo el hombre en un tono autoritario.

Proliferaron de nuevo los gritos, unos chispazos salieron de unos cables gruesos que rodeaban la cristalera de las escaleras y su cuerpo comenzó a avanzar de nuevo a empujones.

El pánico se apoderó de ella por completo.

Se soltó del brazo del hombre y se metió en el hueco entre la espalda de uno de los de seguridad y la baranda de goma. Echó a correr escaleras abajo mientras más gente la seguía.

La planta de abajo estaba casi vacía, los cables caían al suelo haciendo saltar más chispas. Vio que había personas accediendo a una salida lateral, giró y se metió en aquel pasillo completamente a oscuras, con la luz de la linterna pudo ver que a un lado estaban los servicios. Pero el pasillo continuaba más adelante.

Volvió a oír más gritos mientras un estruendo resonaba, algo había caído en la planta baja.

Siguió el pasillo y llegó hasta unas escaleras, aquello tendría que llevarla a alguna parte. Saltaba los escalones de dos en dos y el bullicio sonaba cada vez más lejano mientras los que habían salido tras ella se desperdigaban en aquel laberinto de pasillos. Siguió descendiendo.

Mierda.

Eran demasiadas escaleras, solo podrían llevarla al sótano, el peor lugar donde estar si un edificio se estaba derrumbando, por eso nadie había tomado aquel camino. Se detuvo jadeando, tenía que volver atrás.

Aunque por el parking *también puedo salir.*

Se oían sirenas y hasta helicópteros.

Se llevó la mano a la cara.

Esto es una pesadilla.

Siguió descendiendo y encontró una puerta. Estaba cerrada, la empujó y pateó, pero no había

manera. Siguió descendiendo cuatro tramos más. La segunda planta subterránea. Saltó los dos últimos escalones con tanta fuerza que chocó contra la puerta. Sintió el dolor en una de las rodillas, pero su cuerpo basculó hacia delante, la puerta sí estaba abierta.

Había agua en el suelo, tanta que llegaba al primer escalón. Accedió al *parking*. Estaba completamente oscuro, tan solo algunas luces verdes quedaban en el techo.

Bajó la mirada hacia sus botas, el agua las cubría hasta el talón. Echó a correr sabiendo que había sido una terrible idea, ni por allí parecía haber salida, y correr era más difícil a través del agua y con las botas encharcadas. Se detuvo para sacárselas y liberar los pies de aquel peso. Tenía que regresar de inmediato.

Nunca había imaginado que el pánico podría llevarla tan lejos y a hacer cosas tan inconscientes. Iba a buscar su propia muerte.

Miró a su alrededor. Había coches aparcados y por el nivel del agua podía comprobar que había un lado mucho más inundado que el otro.

No ha sido un terremoto. Ha sido el agua.

Días y días sin parar de llover, cualquier problema en la construcción, cualquier filtro de agua por donde no debía había hecho temblar aquel coloso.

Alzó la mirada hacia el techo gris del *parking*. Estaba completamente negro, rezumando agua.

Pero ¿dónde coño te has metido?

Las piernas le temblaban aún más pensando que podría caerle encima en cualquier momento. Ella solo era una estudiante de biomedicina. No tenía ni idea de estructuras de edificios ni de por dónde echar a correr. La luz de la linterna del móvil no alcanzaba a dejarle ver por dónde estaba el acceso por el que había entrado.

Se oyó un sonido que retumbó en todo el *parking*. Lo que más temía estaba ocurriendo. Profirió un grito que se oyó con eco a la vez que aquellos cascotes caían sobre algunos coches y los abollaban, dejando agujeros considerables en su techo.

Y el agua comenzó a entrar a caños por ellos. La planta superior debía de estar completamente inundada. Volvió a gritar mientras levantaba un pie para sacarlo del agua y avanzar, moviendo la linterna para buscar una salida.

Tenía que correr, no podía quedarse allí. Volvió a sonar a su espalda. Más trozos de techo se caían, algunas alarmas de coches comenzaron a sonar dispares. Vio a lo lejos lo que parecía el coche rojo de su madre, si lo localizaba, podría deducir dónde estaban las salidas a las plantas superiores. Podría recordarlo.

Echó a correr todo lo que la dejaba avanzar el agua, pero se detuvo en seco. Donde debería haber una cuesta hacia el *parking* superior había solo una corriente de agua que arrastraba los coches hacia la planta inferior, haciéndolos chocar unos contra otros.

Más alarmas saltaron. Gritó con fuerza cuando una de las placas de luces fluorescentes cayó contra el agua. Ahora entendía por qué habían desconectado todas las luces del edificio. Miró tras de sí, el techo se desprendía a cascotes. Volvió a correr.

Más coches caían arrastrados del piso superior y por el nuevo agujero llegaba el agua en cascada. Moriría aplastada, arrollada por algún coche, o ahogada.

Pero moriría.

No podía salir de allí y gritar, era inútil entre tantas alarmas. No podrían oírla, si es que quedaba alguien allí.

Más tubos fluorescentes caían al desprenderse el techo. Continuó dando zancadas, siendo consciente de que el agua que rezumaba del techo era cada vez más intensa, tanto que notaba toda la ropa y el pelo mojados. Y pudo ver su propio coche, a unos metros, con el agua cubriéndole las ruedas. Echó a correr hacia él, rebuscaba en el bolso las llaves, dejó caer varias cosas al agua. Se giró un instante al ver su libreta hundirse en el agua, que cada vez llevaba más corriente.

Encontró el llavero y apretó el botón. Llegó hasta la puerta del coche, al abrir la puerta el agua entró en el interior. Puso la mano en el centro del volante y apretó. El claxon retumbó haciendo eco en las galerías inundadas.

Volvió a accionarlo y lo apretó con todas su fuerzas mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Alguien tendría que oírla. Aunque tampoco tenía ni idea de cómo podrían bajar y sacarla de allí.

Volvió a accionarlo una tercera vez, pero un nuevo estruendo la hizo sobresaltarse, se giró para mirar.

Soltó el claxon y dejó caer el bolso y las llaves del coche al agua.

Ahora sí, iba a morir. Solo esperaba que fuese rápido, que el golpe no la dejase moribunda durante horas y consciente.

Mamá.

Ella no estaría lejos, estaría allí, con ella, esperando el momento exacto de recogerla. Decían que la familia siempre iba a recogerte cuando llegaba el momento. Era lo único que la consolaba.

Sacó la mano del coche y se alejó de él rodeando también el de al lado mientras otro trozo de techo caía sobre ellos y más coches arrastrados por la inercia del agua seguían cayendo a la planta baja. Echó a correr y vio cómo caía una nueva placa de luz, esa vez sobre ella. Se llevó las manos a la cabeza y se cubrió con los brazos mientras se dejaba caer de rodillas en el suelo de golpe. Se había hecho daño, pero no era nada comparado con lo que vendría, los trozos de techo.

De rodillas el agua le llegaba hasta la cintura. Cerró los ojos.

Se acabó.

Todo acababa allí. Una tarde cualquiera.

Oyó un sonido en el agua, similar al que hacía ella al correr, y esta le salpicó levemente. Notó un cosquilleo en la cara y presión en ella de algo suave, mojado y tremendamente frío.

Se vio envuelta por completo y sobre su cabeza podía apreciar el sonido sordo de algo que chocaba al caer. La presión en la cara aumentó y ella bajó las manos intentando agarrarse a aquello que la envolvía por completo.

Notó el mismo tacto frío que en su cara, era una tela de plástico y gruesa. Cerró las manos en ella en un pellizco a la vez que su garganta se tensó iniciando algo similar al llanto.

Continuaron los sonidos sordos sobre su cabeza y encogió su cuerpo guareciéndose contra aquel muro entre ella y la muerte. Y dejó caer su frente al tacto frío, resbaloso y mojado, y completó el abrazo aferrándose con fuerza mientras también aumentaba la envoltura alrededor de su cuerpo.

Mamá.

Sintió las lágrimas calientes sobre la cara helada. No iba a morir, o al menos no lo haría sola. Cerró las manos pellizcando aún más aquella tela resbaladiza hasta que el sonido sordo de los choques dejó de oírse.

—Vamos. —La voz que oía no era nítida, estaba distorsionada por algo.

Entreabrió los ojos sin soltarse un ápice. Pudo ver una tela fluorescente que le resultaba familiar de vídeos de rescates en las redes. Su ángel de la guarda estaba inclinado en el suelo y tenía una pierna de barrera entre ella y uno de los cascotes que sobresalía del agua.

Se despegó despacio de él mientras alzaba la vista, los cubría una especie de burbuja o escudo sobre sus cabezas. Ahora entendía la distorsión en su voz, no podía ser de otra manera si le hablaba desde el interior de un casco voluminoso.

Un nuevo estruendo hizo que él volviese a envolverla con rapidez y ella volvió a apretar los párpados, no sonó sordo, como los anteriores. El escudo no podía cubrirlos a ambos al completo por mucho que se agazaparan, y si aquel trozo de cemento no había caído en ninguna parte de su cuerpo, lo habría recibido él. Porque sobre el escudo no había caído.

Abrió los ojos enseguida. Comprendió aquella postura, la pierna atravesando el lateral, la manera de inclinarse sobre ella, refugiándola por completo.

—Hay que salir de aquí. —La agarró para levantarla.

Ella miró hacia la pantalla oscura del casco mientras se levantaba, las piernas apenas le respondían.

—¿Puedes andar? —le preguntó él al ver que no reaccionaba del todo bien.

Asintió con la cabeza, no era capaz de pronunciar palabra y él le señaló la rampa por donde habían caído los coches mientras la empujaba para que avanzase. Un nuevo estruendo la hizo acelerar, pero sintió que él la agarraba para que no se saliese de la protección del escudo. Nuevos trozos caían a ambos lados. Oyó que él volvía a hablar, esa vez dando indicaciones a alguien que

lo escucharía al otro lado.

Más trozos la hicieron detenerse a un par de metros de donde estaban los coches apilados, formaban un muro, no podía pasar.

Su guardián fue rápido, enseguida la adelantó y tiró de ella para subirse con rapidez a uno de los coches. Le tendió ambas manos y María se agarró a sus guantes. Lamentó no poder ser de gran ayuda mientras la ascendía. Ni tampoco lo sería sobre el techo de un coche. Al menos ahora no estaban bajo un techo que se caía a trozos. Era la rampa, y podía ver a más personas en la planta de arriba que los alumbraban.

No voy a morir.

Agarró fuerte sus manos mientras subía al techo de un segundo coche, y al capó de un tercero. Se hacía la luz a medida que avanzaban.

No voy a morir.

Lo de la garganta aumentaba, y las lágrimas estaban deseando caer a borbotones. Ascendían de un techo de coche a otro, hasta que tuvo a la altura de su cabeza varias manos enguantadas, de la misma manera que las de su rescatador, dispuestas a subirla a un lugar seguro. Lo soltó siendo consciente de que su propio cuerpo parecía pesar toneladas y de que no era capaz de agarrarse a nada.

Pero no hizo falta que ella hiciese nada. No tardaron en alzarla al completo.

—¿Está bien, señorita? —Las voces tenían la misma distorsión que la que había escuchado abajo.

Las luces la deslumbraban, la mareaban. Apenas podía dar un paso. Se llevó las manos a la cara. Notó que la sujetaban.

—Llevadla a la ambulancia. —Su cuerpo dejaba de pesar, como si fuese una muñeca que movían de un lado a otro.

No estaba herida, no sabía por qué había perdido aquel control del movimiento, como si estuviese en un sueño de esos en los que no podía moverse.

Sintió cierto abandono de su propia consciencia en forma de un aumento del mareo.

No llegó a caer ni a desvanecerse, pero perdió la noción por completo.

1

—¿Estás bien? ¿Se te ha quitado la fatiga? —Una joven doctora de pelo muy corto le volvía a meter aquella luz directa en los ojos. María giró la cabeza para apartarse de ella.

Asintió con la cabeza, aunque ya estaba recuperando la garganta.

—Te ha faltado poco, eh —le dijo la mujer sonriendo.

La joven miró hacia el edificio a través de las puertas abiertas de la ambulancia.

—Creí que no saldría. —Bajó la cabeza y se llevó la mano a la boca.

—Por suerte solo ha habido heridos. —La doctora apagó la linterna—. Lo que viene a ser un milagro. Los que estabais abajo en el *parking*… —Hizo una mueca—. ¿Puedes llamar a alguien de tu familia que te recoja en el hospital? Aunque digas que estás bien, me gustaría hacerte una placa.

—No es necesario. —Estaba sentada en el borde del suelo de la ambulancia y se puso en pie —. Muchas gracias.

—Sí, sí que es necesario. A veces en estas situaciones no sois conscientes de los golpes. —La doctora volvía a inspeccionarle la cara con la linterna—. Llama a tu familia.

—No tengo familia en Madrid —respondió y la mujer alzó las cejas.

—¿No hay nadie que pueda recogerte? ¿Un amigo o amiga? —dijo la doctora y María negó.

—Mis compañeras de clase estaban dentro conmigo. —Miró su móvil—. Una de ellas está herida también. Ya está en el hospital, creo que es un pie.

—Razón de más para que te vengas conmigo al hospital.

La doctora soltó la linterna y bajó también de la ambulancia.

—Acabo aquí, que tengo a un par más, y nos vamos. —Le guiñó un ojo antes de rodear la puerta y alejarse.

María dio unos pasos hacia delante. El mareo estaba desapareciendo casi al completo y su cuerpo volvía a recuperar el peso normal. Aun así, sus pulsaciones no se habían calmado, ni se calmarían en días.

Luz le había escrito, Susana se había lastimado un pie. Pero ambas estaban bien, como había dicho la doctora, por suerte solo había heridos.

Y yo he salido viva de milagro.

Por su propia culpa. Ella no debería de haber hecho tremenda estupidez.

Recorrió con la mirada las numerosas ambulancias, coches de policía y de bomberos. Y allí divisó la ropa resbaladiza de los que la rescataron.

Mi ángel de la guarda.

Se envolvió bien con la manta, algo que agradeció. Estaba completamente mojada y aunque había dejado de llover, la humedad hacía que el frío calase por dentro. Comenzó a andar hacia aquellas luces y los hombres que iban y venían con los cascos.

—Disculpe —le dijo ella y el hombre del casco se giró hacia ella.

—Eres la chica que han sacado del *parking*, ¿verdad? —dijo con aquella voz distorsionada que hacía que no pareciesen humanos.

—Estoy buscando a la persona que me ha rescatado. —Un arrebato extraño que ni siquiera había meditado.

El hombre señaló uno de los coches.

—Era esa unidad de allí, pregunta y te dirán quién ha sido.

Le dio las gracias y se dirigió hacia otro de los coches, más alejado. Allí había un grupo de bomberos, algunos de ellos sin casco.

—Disculpen. —Ya comenzaba a arrepentirse del arrebato—. Soy la chica del *parking*.

La chica del parking, *por qué habré dicho eso.*

Notaba cómo la cara empezaba a endurecerse para caérsele a trozos, como el techo subterráneo.

—Estoy buscando a la persona que me ha sacado de ahí abajo. —Ya las palabras eran un tropiezo tras otro.

No tendría que haber ido sin recuperarse del susto, cuando no podía deducir con claridad.

—Quisiera darle las gracias —añadió y los que tenían la cara descubierta sonrieron.

Uno de ellos se adelantó al resto.

—Tiene que estar por aquí, lo estaba viendo el médico —dijo el joven.

Ella dio unos pasos hacia él.

—¿Está bien? —Sabía que algo le había pasado. Aquel cascote último le había caído a él.

—Mira. —Él tiró de su brazo sin dejar de mirar a una de las ambulancias—. Allí tienes a tu héroe.

María dirigió la mirada hacia la ambulancia. Había un chico con aquel mono brillante desabrochado y colgando de cintura para abajo, dejando la parte superior cubierta con una camiseta negra de manga larga. Estaba de espaldas y hablaba con la misma doctora de pelo corto que la había atendido a ella.

—¿Ese es? —Lo último que le faltaba para soltar los últimos trozos de cara que le quedaban era dirigirse a alguien equivocado.

—Sí, se llama Ángel.

Encima el nombre tiene narices.

—Muchas gracias —le dijo al joven y se giró hacia todo el grupo—. Gracias.

La sonrisa que tenían algunos hizo que la vergüenza aumentase.

¿Y por qué me da vergüenza? Solo voy a ir a darle las gracias al héroe. Lo correcto y educado. Y a juzgar por la sonrisa de estos, parece que voy a buscar tema o algo.

Sin soltar la manta, se dirigió de nuevo hacia las ambulancias, esa vez hacia una más a la izquierda.

Su héroe era alto y tenía el pelo corto, oscuro y algo ondulado. Aquella camiseta térmica negra de manga larga también le podía dar una ligera idea de sus dimensiones corporales, las que no venía a cuento ponerse a meditar en aquellas circunstancias. Sacudió levemente la cabeza.

Un respeto, que te acaba de salvar la vida.

La doctora rodeó al joven.

—No te alejes, que nos vamos ya —le dijo a María al pasar por su lado.

Y quedó frente a su salvador, que se daba media vuelta hacia ella.

Esto lo estaba viendo yo venir. Lo estaba viendo venir desde que me he alejado de la ambulancia.

—¿Tú eres Ángel? —Una gilipollez preguntar, si ya sabía que lo era, se lo había dicho el otro bombero.

Vaya ángel de la guarda, madre del amor hermoso.

—Muchas gracias —añadió sonriendo. El bochorno que llevaba por el camino no había sido nada, en ese momento fue cuando su cara se desprendió de verdad en cascotes gordos.

—No tienes que darlas —respondió él y le sonrió levemente.

¿De dónde ha salido este hombre, por Dios?

—Yo creo que sí que tengo que darlas. No hubiese salido de ahí. —No era capaz de revisarlo para comprobar si a simple vista estaba bien. A sus ojos, así en general, estaba absolutamente perfecto.

Pero mi opinión no es objetiva. No, no…

—¿Tú estás bien? —le preguntó y él se llevó la mano al hombro.

—El hombro, pero no es nada.

La puerta de la ambulancia se movió y la doctora se asomó tras ella.

—No es nada. Tú lo decides, ¿no? —dijo la doctora—. Venga, arriba los dos, nos vamos

¿Nos vamos? ¿Los dos?

Se acercaron a la puerta trasera para subir. Vio que el joven alargó la mano para que se apoyase y ella lo miró de reojo. Con la luz del interior de la ambulancia podría ver mejor sus ojos que en la oscuridad de fuera entre luces amarillas y naranjas de emergencia. Aunque no le quedaba claro aún si eran verdes o azules.

Se agarró a él para subir, ya no llevaba los guantes con los que la ayudó a saltar de coche en coche, y no sabía si fue el gesto educado que no esperaba, el contacto directo con él sin guantes, lo que había hecho por ella en el *parking* o todo junto, pero hizo que algo se desplegase pecho

arriba y martilleara su sien.

Campanitas.

Se sentó enseguida en uno de los asientos laterales y pasó el cinturón por delante de su cintura. Alguien cerró la puerta por fuera en cuanto Ángel entró tras ella. Se sentó a su lado. Lo miró de reojo, cuando se tensaba una curva bajo el lóbulo de las orejas de los hombres pasaban al otro nivel, al celestial.

Y en la lotería celestial me ha tocado el gordo. Menudo guardián.

La doctora estaba en frente de los dos y fue consciente de que la miraba a ella.

Esta me ha pillado.

Regresó el bochorno intenso al ver la expresión de la mujer. Y esta abrió la boca para decirle algo, María contuvo la respiración.

—¿De verdad no hay nadie que pueda traerte ropa seca y unos zapatos? —le preguntó.

La joven negó con la cabeza mientras expulsaba el aire despacio, por un momento pensó que le diría alguna ironía.

No había nadie a quien llamar.

Ni siquiera había llamado a su padre, solo conseguiría asustarlo. Él estaba lejos, no podía hacer nada por ella. Además, no le había pasado absolutamente nada, solo se había quedado sin bolso y sin zapatos, nada que no tuviese solución.

Su móvil sonó, era Luz de nuevo, le decía que iban para casa con Susana con el tobillo escayolado.

—Mi amiga tiene roto un tobillo —dijo y suspiró.

—Poco ha pasado —dijo la mujer y miró a Ángel—. ¿Y nadie se había dado cuenta?

—El agua se ha filtrado por dentro durante días y hoy ha llovido más. —El joven negó con la cabeza—. Podría haber ocurrido una desgracia.

El perfil de su barbilla y la rectitud de su nariz le recordaron al novio más potente de los que tenía su muñeca Barbie, el que venía con traje de chaqueta.

—¿Y tú qué hacías abajo? —La doctora volvió a dirigirse a ella y dio un pequeño sobresalto. Otra vez la habría pillado mirando más de la cuenta.

Eso mismo digo yo, qué coño hacía yo abajo.

—Me equivoqué de escalera —respondió y vio que Ángel giraba la cabeza hacia ella con rapidez.

Sí, casi la palmo y te hago arriesgarte a ti a palmarla también por una equivocación de escaleras. Soy una crack.

—No debería de haber estado allí, lo siento. —No sabía qué podía decirle cuando lo que fuese que tuviera en el hombro era su culpa.

El joven no respondió, solo dejó de mirarla y bajó la cabeza. Volvió a bordear el perfil de su

cara.

Esto no puede ser verdad.

—¿Dónde estabas cuando sonó la alarma de evacuación? —preguntó la doctora.

Otra vez, qué vergüenza ya, por Dios. Si es que no paro, esto tiene que ser el trauma o algo. No ando bien.

Cogió aire por la boca.

—En la planta de arriba.

La mujer alzó las cejas.

—¿Y llegaste hasta el sótano?

—Entré en pánico.

Es imposible pasar ya más vergüenza, qué más da que sepan que solita me metí en la boca del lobo.

En poco más de media hora había perdido su coche, sus zapatos y su bolso con la documentación y las tarjetas dentro. Le quedaba el móvil, pero no tenía a quien llamar.

Lo de cómo regresar a casa sin dinero ni zapatos mejor no meditarlo. Suspiró.

—Para haber entrado en pánico, la idea del claxon no estuvo mal. —Lo oyó decir a él. Regresaron las campanas a su pecho, tuvo que contener la sonrisa—. Habíamos revisado y lo dábamos por vacío.

Vio que la doctora también sonrió.

—Sabrás que el seguro te repondrá el coche, ¿no? —La mujer se inclinó hacia delante quitándose el cinturón. La ambulancia frenó, habrían llegado al hospital.

—Era de mi madre, no creo que puedan reponerlo —respondió María desabrochándose el cinturón de seguridad.

Tragó saliva de inmediato para que el escozor no comenzara. Para colmo, el lote de papeleo que le esperaba aquella semana. Llevaba todo en el bolso, tarjetas, DNI, carnet de estudiante y de conducir…

Estoy jodida hasta las cejas.

La puerta se abrió y Ángel bajó de un salto. Volvió a tenderle la mano para bajar, esa vez se detuvo un instante antes de cogérsela.

Por un momento había pasado por alto el hecho de que podría estar muerta o malherida. El papeleo y que estuviese descalza, sin dinero y sin papeles en un hospital era algo pasajero. Estaba viva.

Agarró la mano de Ángel sin apoyarse en él, bajó de un salto también y se apresuró a soltarlo al ver cómo los observaba la doctora.

—Venid conmigo —les dijo después de haber entornado los ojos hacia ellos.

La siguieron hasta el interior del hospital y después por un pasillo. La mujer puso una carpeta

en un mostrador y comenzó a hablar con una joven.

Enseguida se acercó otra mujer a ellas y comenzó a escucharla mientras los miraba.

María resopló bajando la cabeza. No tenía secos los calcetines y con aquel suelo comenzaban a enfriársele los pies. Y el cuerpo entero.

Estoy viva, pero jodida un rato también.

Calcetines de nubes y arcoíris, glamur puro para lucirlos lo que quedaba de tarde hasta la noche.

—María, Ángel. —Oyó la voz de la doctora y se dio media vuelta para mirarla—. Tenéis que ir a rayos. Luego os llamarán de la consulta y os verá un compañero.

Le dio un papel a cada uno.

—Les he dicho que te busquen algo para los pies. —Luego miró a Ángel—. Y tú cuídate el hombro. —Miró a María de reojo—. Lo necesitas entero para seguir haciendo cosas como esta. Que vaya todo bien.

La doctora sonrió y se alejó por el pasillo.

—Preguntaré por vosotros. —Se despidió con la mano antes de cruzar una de las puertas interiores.

Una de las chicas del mostrador se acercó a ellos.

—Os han repartido en varios hospitales, pero aun así hay mucha gente. No os voy a mandar a la sala de espera, cruzad por aquí. Al fondo a la izquierda hay unas sillas, esperad allí. ¿Necesitáis algo? Aparte de unos zapatos.

María vio que Ángel miraba sus pies.

Nubes y arcoíris.

Cruzó un pie detrás del otro.

—¿Podéis traerme ropa para que pueda secar esta en algún radiador? —preguntó a la muchacha.

La chica sonrió a Ángel, una sonrisa de quien quiere agradar a toda costa. Y luego la miró a ella.

—Según las normas, no podemos darte nada —respondió y Ángel frunció el ceño—, quiero decir… los zapatos es un favor que ha pedido la doctora Díaz, pero no estás ingresada, no damos ropa a los pacientes de urgencias.

La joven miró de nuevo a Ángel.

—Pero puedo consultarlo —se apresuró a añadir—. Hablaré ahora mismo con la directora de administración.

María miró de reojo a Ángel, este asentía sin mucho convencimiento.

—¿Podrías decirle a la directora de administración que he tenido que sacar a esta chica de un subterráneo inundado mientras llovían piedras de cemento? —respondió él y pudo ver cómo la

chica entreabrió la boca sin poder contener el asombro—. Si ahora tiene que esperar muerta de frío en una sala durante horas, quizás no estéis siguiendo las normas correctas, porque la encontré con mejor cara en el sótano.

Aquí en la tierra no, pero en la lotería celestial me tocó el premio gordo.

Ella bajó la barbilla enseguida para contrarrestar aquello que volvía a subir costillas arriba. Las mismas campanas que colgaban del techo. Al parecer, en el hospital tenían ganas de que comenzasen las fiestas, no se habían demorado en decorarlo.

—Unos zapatos y ropa. —La chica volvió a meterse tras el mostrador—. Ahora os la llevará un celador.

Y sin consultar nada, qué bien.

María se envolvió bien en la manta, parecía que era evidente que todo su cuerpo se estaba helando de frío con la humedad. Un celador les abrió la puerta para que accediesen al pasillo.

—Gracias —le dijo a Ángel mientras avanzaban por el pasillo.

—Te estás congelando. —Vio que él se llevaba la mano al hombro dañado.

—¿Estás bien? —le preguntó ella frunciendo el ceño y dirigiendo la mirada al hombro del joven.

—No es nada.

¿Que no? Es la segunda vez que te lo tocas, lo tienes que estar flipando ahora que se ha enfriado el golpe.

Había tres asientos en cadena pegados a la pared. María se sentó en el primero, dando lugar a que Ángel pudiese dejar uno en medio de los dos. Y fue exactamente lo que hizo, sentarse en el último.

Su ropa mojada se enfriaba por momentos aunque estuviese a un metro de un radiador de pared. Se quitó el abrigo y lo dejó caer a un lado, luego se encogió en la silla subiendo las piernas y apoyando los pies en el borde de la silla libre que había entre los dos, y se cubrió por completo con la manta.

Vio que Ángel empezó a bajar cremalleras del mono plastificado para sacárselo al completo. Debajo llevaba un pantalón de la misma tela térmica de la camiseta.

—Si esto te sirviera… —Lo oyó decir mientras soltaba el mono a un lado.

—Creo que la has convencido para que me traigan ropa —respondió ella y lo vio contener la sonrisa.

Bragas que no me traigan, que no necesito.

—¿Tengo peor cara que en el sótano? —preguntó con cierta ironía y él esa vez no fue capaz de contener la risa del todo.

Ángel la miró mientras dejaba caer la espalda en el respaldo de la silla de plástico, y al hacerlo las tres de la hilera se movieron emitiendo cierto crujido.

—Bastante peor —diciéndolo con aquella sonrisa, no sabía bien cómo tomárselo.

Es una suerte no poder verme.

Alguien se había acercado y ella se giró enseguida, un celador llevaba una bolsa. Se quitó la manta y se puso en pie enseguida.

—Ahí en el fondo tienes un baño —le dijo el hombre.

Le agradeció el gesto y se apresuró pasillo abajo, estaba deseando quitarse la ropa, estaba entrando en un estado de tembleque que no le gustaba.

Los *leggins* estaban completamente pegados a su piel congelada, ahora entendía cómo el frío estaba penetrándole de aquella forma. Y también estaba pegada a ella la camiseta interior.

La ropa que habían podido facilitarle era un camisón y una bata de hospital.

Se miró al espejo. Apretó los dientes mientras sonreía con los labios.

Parezco la niña del exorcista.

Sus ondas se habían abierto y enmarañado tomando una forma extraña. Eso sin contar con la palidez que le había dado el frío. Resopló, supuso que no podía esperar otra cosa teniendo en cuenta por lo que había pasado.

Estoy viva.

Debería ser suficiente. Todo lo demás daba igual. Volvió a liarse en la manta y metió los pies en las zapatillas.

Parece que he salido de una película de terror.

Tuvo que encorvarse para reír.

Qué vergüenza, por Dios.

Cogió la ropa mojada y regresó al pasillo. Ángel no estaba en las sillas, tan solo quedaba allí su mono plastificado en el suelo, que se había quedado con cierta rigidez y forma.

Colocó la ropa sobre el radiador y se sentó encogida en la misma postura de antes, con la manta envolviéndole todo el cuerpo. Se entremetió los dedos en el pelo intentando aplacarlo, pero no se desplazaron ni dos centímetros sin pillar enredos.

Una puerta se abrió y vio a su ángel en el umbral.

—¿Mejor? —Su manera de hablar era tan tranquila que conseguía disipar la vergüenza y aquella sensación de debilidad y miedo que le había dejado el sótano.

Ella asintió con la cabeza, intentando eliminar de ella su reflejo en el espejo.

—¿Y tú? —Sabía que lo de él era peor de lo que decía. No había movido el hombro ni el brazo derecho desde que subieron a la ambulancia.

—Ahora verá el médico la radiografía. —Llegó hasta las sillas de plástico—. Pero ya me han adelantado que lo van a inmovilizar.

Aunque se sentó con cuidado, la hilera de sillas volvió a bascular y a crujir.

—¿Roto? —No sabía muy bien la razón, pero acababa de sentir un bloque de hormigón y

cemento cayendo en su propio hombro derecho. Inclinó su cuerpo hacia delante, como si mirando su hombro cubierto por la camiseta pudiese deducir algo de lo que tendría dentro.

Entreabrió la boca, comenzaba a ser consciente. Un bloque de esos, techo abajo…

—Astillado, parece —respondió él.

Hueso astillado y no quería ni imaginar la contusión del golpe. Se le hincharía y se le pondría oscuro y moreteado durante días.

—Lo siento —dijo a media voz y bajó la barbilla.

El frío regresó a pesar de no estar ya mojada. Una equivocación, un error en mitad del pánico y podría haber acabado muerta, malherida o con un rescatador en un hospital. Por suerte no eran las circunstancias, pero él no estaba bien y los días venideros estaría aún peor.

Por mi culpa.

Se le tensó la garganta y tuvo que apretar la lengua en el paladar mientras le invadía cierto escozor en los ojos.

—¿Has llamado a tu familia o a alguien que venga a por ti? —preguntó sin alzar la vista hacia él. Aún no se había pasado aquella sensación desagradable.

—Mi teléfono está en el camión, con todo lo demás —respondió y sus palabras hicieron que enseguida lo mirase.

María acercó su mano a él, en la que llevaba el móvil, con la cuerda amarrada en la muñeca.

—Puedes llamar a quien quieras —le dijo abriendo la mano.

Aunque sea a una novia feliz, que ahora se preocupará y maldecirá y se cagará en mi santa madre, que en paz descanse. He jodido a su novio y bien.

—Gracias —dijo él cogiendo el teléfono, ella tuvo que mover la muñeca para que Ángel le pudiese desenredar la cuerda.

Enseguida María basculó las rodillas hacia un lado, estaba de frente a Ángel, con los pies apoyados en la silla vacía de en medio, no pensaba quedarse mirándolo mientras él hablaba con sabría dios quién.

Así que se giró levemente bajando los pies y miró hacia el otro lado del pasillo.

—Papá. —Lo oyó decir.

Papá antes de la novia.

Lo miró de reojo un instante.

—Sí, y estoy en el hospital. Pero estoy bien, no te asustes, ha sido solo el hombro —volvió a guardar silencio—. Fue en el sótano. —Solo podía escuchar cómo su padre le respondía, no lo que le decía.

El padre también se va a cagar en cada mañana que me he levantado.

Resopló.

Tener un hijo, que por lo que se ve es perfecto, para que se arriesgue por una loca que no se

detuvo ni a pensar a donde iba.

—No te preocupes, puedo volver andando. Mañana recogeré el teléfono y la cartera.

¿Volver andando? Se ha quedado tan tirado como yo.

Resopló.

—No es nada, de verdad.

Qué afán por hacerse el duro.

—Te tengo que dejar, no es mi teléfono. —Lo oyó decir y enseguida se giró para mirarlo y le hizo una señal para quitarle importancia—. Te veo luego.

Se retiró el móvil del oído.

—Te están llamando o algo —dijo alargando el teléfono hacia ella.

María bajó los ojos para mirarlo.

—Son mensajes. —Cogió el móvil.

De Instagram.

Frunció el ceño mientras abría la aplicación. Era de un compañero de la universidad.

«Me ha dicho Luz que estabais en el centro comercial y que sigues en el hospital».

Ladeó la cabeza mientras leía.

Es del guapote del campus que me gustaba hasta las…

Miró un instante a Ángel.

Las seis y media de la tarde, aproximadamente.

«Estoy bien, no ha sido nada».

Le agradeció el interés. Lo vio que de nuevo estaba escribiéndole y cerró la aplicación.

—¿Quieres llamar a alguien más?

Ángel miró el teléfono y luego a ella.

Venga, llama a tu novia.

Él negó con la cabeza.

—Gracias.

¿No tienes novia?

Entró un nuevo mensaje.

El pesado este otra vez.

Se detuvo ante sus pensamientos antes de responder.

Ayer mismo estaba esperando a que respondiera un mensaje y ahora no quiero ni que me escriba.

Tuvo que contener la sonrisa.

Lo mío es de traca.

«Me ha dicho Luz que eres la chica que han sacado del *parking*, lo he leído en el Twitter».

Eso dicen, sí. Soy la del parking.

«Dicen que el chaval de la unidad de rescate está herido. ¿Está bien?».

Está maravilloso. El hombro quizás no tanto.

«No sé si tiene el hombro roto».

«Me alegra que estés bien, un milagro que hayas salido de ahí con lo que se ve en los vídeos. Llámame estos días cuando quieras y bajamos a la cafetería».

«Sí, sí. Pasó tu oportunidad, chaval. Arreando».

Se despidió y cerró la aplicación de nuevo.

—¿No vas a avisar a tu familia? —Lo oyó preguntar y giró la cabeza para mirarlo.

—No tengo familia en Madrid, cuando llegue a casa llamaré a mi padre. —Miró el móvil, era una suerte que no la hubiese llamado aún. Aunque su padre hubiera visto algo en las noticias no sabía que ella iba a ir a comprar, así que no creyó que se preocupase por nada.

—Ya, y ¿cómo piensas volver a casa? —respondió él y ella alzó las cejas.

Pensaba decidirlo sobre la marcha.

Miró la pantalla del móvil.

—Con una aplicación de estas. —Entró en la tienda de aplicaciones para bajarla.

Aún no había anulado las tarjetas. Desde la aplicación del banco podría rellenar el pago.

Bendita tecnología.

Se sobresaltó al escuchar su nombre. Le tocaba la radiografía, se puso en pie y dejó caer el teléfono en las piernas de Ángel.

—Ve rellenando tu dirección, te pediré un coche a ti también —le dijo.

—¿A mí?

Prefirió no mirarlo o la vergüenza la invadiría de nuevo.

—No vas a ir andando con un brazo escayolado. —Ya estaba a unos metros de él.

—No van a escayolarme nada. —Lo oyó decir a su espalda.

Ella sacudió la mano en el aire antes de atravesar la puerta de radiología. La placa fue rápida, con aquel camisón apenas tenía que desvestirse. No tardó en estar de nuevo en el pasillo.

Entornó los ojos hacia él, lo vio escribir en el móvil. María sonrió.

—No era necesario, no vivo muy lejos —le dijo él devolviéndole el teléfono. Lo oyó suspirar.

María miró el itinerario que tendría que recorrer el coche, serían unos treinta minutos andando.

—Y espero que no me escayolen el brazo. —Lo oyó suspirar, la tranquilidad que había mantenido desde que la sacó del subterráneo se estaba perdiendo.

Ángel apoyó la cabeza en la pared, los asientos volvieron a bascular y crujir.

Ella ladeó la cabeza e inclinó su cuerpo hacia delante en la silla para poder verle la cara. Quizás él comenzaba a ser consciente de que el dolor del hombro no auguraba nada bueno.

—Unas vacaciones —dijo ella y él giró los ojos para mirarla sin despegar la cabeza de la pared.

—Unas vacaciones sin un brazo, debe ser maravilloso. —Retiró la mirada de ella.

Sintió que no debía de decir ni una palabra más en ningún intento de animarlo, precedió un muro en algo que no podía imaginar.

La joven también dejó caer la espalda en el asiento. Cuando lo hacía ella no crujía, quizás porque su peso era menor.

—Lo siento. —Fuera la razón que fuese, lo había fastidiado ella. O al menos, se sentía culpable.

—No es tu culpa —dijo él y ella se sobresaltó, no solo porque él había respondido a su pensamiento, sino porque su voz volvía a ser tranquila y cálida—. Tú solo tocaste el claxon.

—Y te mandaron a por mí. —Dejó caer la nuca en la pared de la misma manera que la tenía él.

Ángel giró su cuerpo levemente hacia ella.

—No, me ofrecí yo.

Regresaron las campanas y resonaron como en *Carol of the bells*, una música que hasta en la peor navidad de su vida, no le importaba escuchar. Miró a Ángel, él seguía con la nuca apoyada en la pared, había bajado la vista para mirarla de reojo. Bajo su barbilla la piel de su cuello se tensaba dando forma a la prominencia masculina, nunca fue consciente de que aquel bulto pudiese resultar atractivo en un hombre.

Pero también era la primera vez que lo tenía a él delante.

Entreabrió la boca para coger aire.

Y yo vestida de niña del exorcista.

—¿Cuánto tiempo llevas en Madrid? —Su pregunta la sacó de aquel bucle bochornoso.

—Desde septiembre.

El comienzo de una nueva vida, una imposición obligada que podría haber iniciado en Valencia, pero ella necesitaba hacerlo lejos.

No le había dicho a Ángel que no era de allí, pero supuso que por el acento y por lo de la familia lo había deducido.

—Soy de Valencia —añadió.

—¿Y por qué Madrid? —Él había bajado la barbilla y ahora tenía que alzar los ojos para mirarla. En su frente se formaron unos leves pliegues. Le quedaban tan bien como la prominencia del cuello y como todos los extras que estaba comprobando que le producían sus expresiones.

—Estudio biomedicina, tienen un programa muy bueno aquí —respondió, cuando la realidad era que aunque el programa hubiese sido malo, se hubiese ido igualmente a Madrid o a donde

fuera. Allí tan solo había más variedad de opciones en cuanto a apartamentos de estudiantes y fue tremendamente rápido.

—Entonces no te será extraño un lugar como este —dijo él desviando la mirada hacia el pasillo.

—Trabajo en un laboratorio con moléculas. No me gustan los hospitales. —Ella también dirigió la mirada hacia el pasillo—. Aquí es donde todo empieza y todo termina. Los biomédicos hacemos lo posible para que termine lo más tarde posible.

Pegó la lengua al paladar. Había circunstancias que ningún biomédico podía ralentizar, al menos no todavía.

Ángel bajó la barbilla aún más y su mirada se dirigió hasta el suelo.

—Pues tenéis trabajo por delante. —Lo vio coger aire por la boca y contenerlo para erguirse de nuevo y ponerse derecho en la silla—. Antes has dicho que no podrían reponerte el coche porque era de tu madre, ¿cuánto hace que lo tienes tú? —Giró la cabeza para mirarla mientras esperaba su respuesta.

Ella frunció el entrecejo mientras volvía a pegar la lengua al paladar. Esa vez el escozor de la garganta fue mayor.

—Seis meses. —Grabados en la mente y que sumaban uno cada día señalado del mes.

—Yo pasé por eso hace cuatro años. —Ángel inclinó su cuerpo hacia delante y apoyó un brazo en el muslo—. Y te aseguro que aunque te parezca imposible ahora, te acabas acostumbrando.

Ya se estaba acostumbrando a no marcar su teléfono para decirle que iba a tardar media hora más, a no buscar su regalo, a no hacer planes de películas los domingos por la tarde con manta y sofá, y a muchas más cosas.

Contuvo el aire para no soltarlo de golpe. El escozor aumentaba.

—Llama a tu padre. —Lo oyó decir y enseguida giró la cabeza hacia él—. Le gustará saber que estás bien en cualquier circunstancia. No es su culpa.

Alzó las cejas con las palabras de Ángel.

—Que muera un gran apoyo y quede aquí quien parece que no necesitas —negó con la cabeza—. Todo el mundo es necesario.

Tragó saliva. Era precisamente lo que su mente repetía una y otra vez las primeras semanas. Murió su madre, su apoyo, la única persona en el mundo que estaba pendiente de ella y de todo lo que le rodeaba. Y quedó su padre, que no conocía sus horarios, sus predilecciones, ni siquiera a sus amistades.

Siempre lamentó que de faltarle uno de los dos, hubiese sido ella.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y giró la cabeza hacia el lado contrario a él.

Oyó su nombre en el pasillo y se sobresaltó. Un hombre con bata blanca les pidió que lo

siguieran hasta una de las consultas.

—Pasad, os he hecho un hueco para que podáis marcharos a casa. Será rápido, pasad —dijo el doctor.

María miró de reojo a Ángel antes de acceder a la consulta. Que entrasen a la vez era un tanto incómodo.

—María. —El doctor se sentó en la silla—. Tu placa está bien, no has vomitado, no orinas sangre, ni está presente en las heces… —Escribía en el ordenador—. Hoy has vuelto a nacer, parece.

Ella contuvo la sonrisa.

—Pero tú no has tenido tanta suerte. —Miró a Ángel, que ni siquiera se había sentado en ninguna silla de la consulta y estaba en pie tras la silla de María—. Bueno, una única suerte, parece que no va a ser necesario operarte.

El doctor giró la pantalla.

Podía distinguir perfectamente la fina línea en el hueso.

—El impacto fue entre la clavícula y el omóplato, y este ha estallado por aquí —señaló lo que ella había visto con claridad—, pero no se ha desplazado, así que lo inmovilizaremos por completo. Quiero repetirte la placa en un par de días, para asegurarme de que suelde en su lugar. Si en cuarenta y ocho horas no se ha movido, no habrá que operar. —El doctor alzó un papel hacia Ángel—. No quiero que hagas ni una sola locura, porque entonces habría que abrir y colocar placas para fijar los huesos. Y la recuperación sería mucho más lenta. Infinitamente peor.

Pudo ver cómo la barbilla de Ángel se tensaba.

¿Pueden despedirlo del trabajo por una baja?

Era imposible, dado el trabajo que tenía. El problema de Ángel y una inmovilización rotunda sería del trabajo hacia fuera.

—Lleva este papel a la enfermería. Van a pincharte antiinflamatorios y calmantes y te pondrán el vendaje. Importante, dormir del otro lado o boca arriba, nunca jamás de este lado.

Puff, dormido, ¿cómo no se hace eso?

Esperaba que no tuviesen que operarlo. Si le agobiaba una inmovilización de unas posibles tres a cinco semanas, no quería ni imaginar lo que supondría para él unos pocos meses.

Y tiene que dolerle horrores.

Las campanitas que deambulaban esternón arriba y abajo se cayeron todas al suelo de golpe.

Cogió sus papeles y salió al pasillo tras darle las gracias al doctor. Regresó al radiador donde estaba su ropa, aún seguía en el suelo el mono de Ángel. Se dio media vuelta para mirar si él la había seguido, pero lo vio dirigiéndose hacia el otro lado del pasillo.

Se inclinó para coger el mono y llevarlo con ella. Tenía que cambiarse antes de ir a buscarlo. La ropa ya estaba seca y su pelo también, aunque la forma seguía un tanto siniestra.

Se dejó las zapatillas, eran de tela, de las que solían llevar los pacientes. Supuso que le dejarían llevárselas. Resopló al coger la ropa del hospital y el mono y salió del baño. Preguntó al celador dónde podía dejar la ropa y el hombre le señaló un contenedor.

Se encaminó por el pasillo donde había visto a Ángel y al final a la derecha encontró un cartel en el que ponía enfermería.

La puerta estaba cerrada, así que supuso que aún estaba dentro. Podía oír las voces dentro, aunque no podía escuchar bien lo que decían.

Se hizo el silencio y tuvo que retirarse de la puerta, era inminente que la abriesen y no quería parecer una cotilla.

Y encima estaba cotilleando de verdad.

Se irguió mientras se dejaba caer el mono en el antebrazo. La puerta se abrió y alzó los ojos hacia ella.

Cuando el médico hablaba de inmovilizar lo había dicho en serio. La manga de la camiseta térmica estaba vacía, y en la parte delantera derecha podía ver la forma del brazo cruzado del joven. Inmovilizado por completo y pegado a su cuerpo.

Pobre mío, qué putada.

Desvió la mirada enseguida.

Y yo como una rosa.

Tal y como tantas veces meditó lo de su madre y su padre, ahora regresó a su pensamiento, pero en otras circunstancias. Mejor hubiese sido ella que él. Ella lo merecía por imbécil. Él solo había sido un héroe.

Sintió el movimiento del mono en su brazo.

—Gracias —le dijo él cogiéndolo.

—¿Quieres que te pida una bolsa?

¿Que te acompañe a casa? ¿Que te amarre una almohada en la espalda para que no te muevas al dormir? ¿Que te haga una sopa? ¿Que te ayude en lo que sea hasta que te encuentres bien?

Expulsó el aire por la boca despacio. Ella misma se estaba agobiando por momentos.

—No importa. —La adelantó para salir de allí por una de las puertas de urgencias, donde había más gente que en donde los habían tenido a ellos.

Por suerte no había sido mucho tiempo. Aunque egoístamente tampoco le habría importado esperar más. Sin embargo, estaba viendo que a medida que pasaba el tiempo y ella se recuperaba del susto y del frío, el estado de él empeoraba. No sabía si era solo por el dolor o por las consecuencias que fuesen de su estado, pero no estaba bien.

Al salir notó el aire frío y húmedo en la cara. Pronto llovería de nuevo. Abrió la aplicación en el móvil para pedir los coches.

—Tardan unos minutos —le dijo a él.

—Al final sí que era necesario. —Alzó la cabeza para mirarlo—. Así que gracias.

María dirigió la mirada hacia el hombro derecho de Ángel, pensaba que las campanas se habían caído todas al suelo, pero no. Volvieron a caer y esa vez formaron un estruendo. Regresó lo de la garganta del pasillo y esa vez no sabía muy bien las razones de aquella pena intensa. Bajó los ojos, se le estaban llenando y hasta eso le daba vergüenza.

—El tuyo está al llegar —le dijo intentando liberar aquello de la garganta, pero la pena y el escozor se habían pegado en las cuerdas vocales y no se iban.

Miró de reojo la carretera, un coche azul estaba parado en el semáforo. Quizás era ese el de Ángel.

—Haz todo lo que te han dicho —le dijo ella bajando la voz—. Con lo que te habrán pinchado esta noche no será la peor. A veces tienden a mezclarlo con relajantes, así que no te moverás mucho en la cama. Pega tu cama a la pared y apoya la espalda en ella, colócate una almohada delante, es importante que no tengas almohada en la cabeza, solo esa. Te hará dormir inclinado y te será más difícil y más incómodo intentar darte la vuelta.

Alzó los ojos para mirarlo, los pliegues en su frente se hicieron más notables. Hasta con la cara algo demacrada por el dolor en frío no había perdido ni un ápice de todo lo que vio en él cuando acudió para agradecerle lo que había hecho por ella.

Y aquella sensación agradable del esternón subía, aunque esa vez se frenó en seco en su garganta, donde el escozor no lo dejaba pasar. Los ojos se le llenaron aún más.

—No tienes la culpa y yo hubiese bajado diez veces más —respondió él.

María se sorbió los labios y los sujetó con los dientes, podría contener el llanto el tiempo que tardase el coche azul en atravesar el semáforo y llegar hasta ellos.

—Tu trabajo y el mío se parecen —añadió él—. Los dos intentamos que el momento de las personas se retrase. —El coche azul llegó hasta ellos—. El tuyo se ha retrasado hoy, así que a partir de hoy espero que veas las cosas de otra manera. Si de verdad quieres agradecérmelo, intenta no malgastar tu tiempo en nada.

Ángel se acercó a la puerta trasera del coche y la abrió para entrar.

—Que vaya todo bien. —Se sentó en el asiento y se inclinó para cerrar con el único brazo que podía.

María se quedó paralizada, ni siquiera fue capaz de decirle adiós. Observó el coche mientras se alejaba, esa vez el semáforo estaba en verde para los coches y no se detuvo. Las luces se cruzaron a lo lejos con las del resto de coches.

2

Ángel tuvo que apartar a su padre en la cocina para hablar con él.

—Te he dicho que no te preocupes —le dijo el hombre.

Ángel comprobó que la puerta de la cocina seguía cerrada.

—Cómo no voy a preocuparme, mira la cara de Esteban.

—Pero no es por ti, tu hermano no lo está pasando bien —respondió su padre metiendo los platos en el lavavajillas.

—Y ahora esto. —Con una mano cogió los cubiertos del fregadero y se inclinó para meterlos en la cubeta del aparato.

—¿Quieres estarte quieto? Ya sabes lo que ha dicho el médico, ¿quieres empeorarlo con una operación?

Su padre lo apartó para que no cogiese nada más.

La puerta de la cocina se abrió, tuvo que bajar la vista para mirar a Mateo.

—Tito, ¿te duele? —le preguntó.

—No ha sido nada —sonrió al responderle.

—Papá dice que sacaste a una chica de un sótano. —Mateo sonreía y su gesto hizo que él volviese a sonreír también —. ¿Ella está bien?

—Muy bien —respondió y el niño alzó el pulgar.

—Eres el mejor héroe. —Echó a correr hacia él y se abrazó a sus piernas.

La puerta de la cocina volvió a abrirse. Esteban había entreabierto la puerta, llevaba a Emma en brazos, ya tenía el chupete puesto. Los rizos sobresalían de sus pequeñas coletas, perdería las gomillas en la cama como casi cada día.

—Mateo, vamos a la cama. —Su hermano lo miro a él—. Hoy me lo llevo a mi dormitorio para que puedas descansar tú mejor.

—No me molesta —se apresuró a responderle.

Esteban negó con la cabeza.

—Tiene muchos mocos, quizás no dé buena noche —dijo su hermano y luego miró la cara de Emma—. Y ella se está resfriando también.

Mateo obedeció enseguida a su padre y salió de la cocina para irse a la cama.

—Y tú necesitas recuperarte —añadió girando el cuerpo para dejar suelta la puerta y que se cerrase tras él.

Ángel volvió a quedar solo con su padre.

—No me dice nada para que no lo pase aún peor, pero está derrotado y encima esto. —Bajó

la cabeza y se llevó la mano a la sien—. Justo en esta fecha que vosotros tenéis tanto trabajo. Yo era el único con horario compatible con los niños.

—Te he dicho que no te preocupes —le replicó su padre—. Mañana hablaré con el encargado y tu hermano y yo nos organizaremos.

Ángel bajó la mirada hasta su brazo, era más cómodo con la camiseta del pijama, al menos no se le apretaba como la ropa de trabajo. Pero la sensación de tener el brazo completamente pegado al cuerpo, sin poderlo mover un ápice, le comenzaba a molestar. Y solo llevaba un par de horas.

—No quiero ser una carga —dijo.

—Y no lo eres. —Su padre lo empujó levemente hacia fuera de la cocina—. Pero no intentes hacer estupideces porque entonces sí lo serás.

—He estado pensando, no puedo conducir para llevar y recoger a los niños, pero puedo llevarlos andando.

Su padre asentía con la cabeza.

—De la guardería de Emma al colegio hay más de veinticinco minutos andando y luego otros veinte hasta casa. Eso sin contar con que no puedes empujar el carro con una sola mano.

—Puedo intentarlo.

Su padre alzó las cejas.

—¿Intentar que ese brazo no se recupere como debería? Adelante, es tu hombro. Tú conoces bien el trabajo que tienes, si quieres ser un lisiado con veintiocho años, tú mismo.

Ángel abrió la boca para replicar, pero tuvo que cerrarla. La puerta de la cocina volvió a abrirse.

—Te he dejado la almohada larga en la cama —dijo Esteban—. Te ayudará más que la pequeña.

Le dio las gracias a su hermano.

—Y no te preocupes de otra cosa que no sea de tu hombro —añadió.

Cuando la puerta se cerró de nuevo espiró el aire con fuerza.

—¿Ves? El único que se está ahogando eres tú. —Su padre cerró la puerta del lavavajillas.

Él negó con la cabeza.

—Lo conozco y sé muy bien cómo se siente. Lo que diga no vale.

Su padre se apoyó en la encimera para erguirse.

—Hijo, ya lo aprendimos con tu madre.

Miró a su padre.

—Cuando lo de mamá no había dos niños en casa, solo éramos nosotros —respondió y su padre guardó silencio.

Su madre ni siquiera llegó a conocer a Mateo, recordaba que su cuñada estaba aún

embarazada.

—Lo haremos bien.

Su padre estaba tan derrotado como Esteban. Tenían que reconocer que las circunstancias eran complicadas. Su padre y hermano trabajaban en una empresa de mensajería, las rebajas negras de noviembre y la inminente llegada de la navidad era su época de trabajo sin descanso, hasta fines de semana. Y los niños no entendían de horarios laborales, necesitaban una rutina horaria.

Él solía tener muchos días libres, así que se había hecho cargo de la mayoría de asuntos, salvo las guardias que se organizaban bien. A pesar de que aquellas circunstancias habían llegado de improviso, habían logrado organizarse. Lo habían hecho tan bien que hasta él mismo se había sorprendido.

Nunca había tenido idea de niños y ahora tenía dos en casa, uno de ellos durmiendo en su propia habitación.

—Vete a la cama —le dijo—. Mañana lo pensaremos. Esteban ha pedido cambiar el turno.

Ángel dio unos pasos hacia la puerta de la cocina.

—Hijo. —Oyó decir a su padre y se dio media vuelta para mirarlo—. Muy bien.

Ver el brillo en los ojos de su padre lo hizo sonreír.

—Podría haberlo hecho mejor. —Hizo un gesto con la barbilla hacia su brazo bajo el pijama.

—Podrías haberlo hecho peor —respondió el hombre.

Volvió a sonreír a su padre mientras empujaba la puerta abatible de la cocina.

—¿Y la chica está bien? —preguntó su padre y esa vez Ángel giró únicamente la cabeza.

—Perfecta —respondió y el hombre asintió con la cabeza. Ángel volvió a mirar su brazo—. Y me alegro de haber sido yo —añadió y su padre rio.

—¿Es guapa?

—Lo es —sonrió—. Pero no es por eso. —Entornó los ojos—. Creo que antes de hoy ella ya estaba en un sótano que se derrumbaba —negó levemente con la cabeza—. Espero que le vaya bien.

Empujó la puerta para abrirla del todo.

—Hasta mañana. —Dejó caer el cuerpo para atravesar la puerta—. Esto cada vez duele más.

—Y más que te va a doler. —Oyó a su padre aún en el interior de la cocina—. Así que espero que la chica sea guapa, más que la mayoría. —Tuvo que reír al escucharlo.

Se miró el hombro. Le dolía, y él mismo no se lo esperaba en ese estado cuando se lo vio descubierto en el hospital.

Volvió a sonreír. Lamentaba lo de su hombro y las consecuencias en unas circunstancias como las que tenían. Pero mantenía lo que dijo en la puerta del hospital. Lo hubiese hecho diez veces más. Y cien. Una por cada vez que hubiese oído el claxon.

Esteban había pegado su cama a la pared y le había colocado la almohada. Esperaba que la idea de María surtiera efecto.

3

Después de tantos días de lluvia, el sol de media mañana era más que placentero. Y para ser el primer día de diciembre podía estar en la calle sin el chaquetón.

Habían cogido dos sillas para Susana, una para ella y otra para su pie. Luz se había colocado las gafas de sol y levantaba la barbilla para colocar la cara hacia el cielo.

—Ohhhh, vitamina D, qué alegría —dijo Luz y Susana comenzó a reír—. Y ahora que sale el sol, a encerrarse a estudiar. —Hizo una mueca.

Era la segunda vez que María miraba la hora en el móvil.

—Chiquilla, deja de pensarlo tanto y llama o escríbele —le dijo Susana.

María resopló.

—No logré ver bien si ponía las doce o las trece en la cita del papel. —Miraba la pantalla mientras abría la agenda. Allí estaba, «padre de Ángel»—. Además, ni siquiera es su teléfono, es el del padre. Qué vergüenza.

Luz giró la cabeza para reír. La camarera llegó a la mesa y colocó las tres copas de batido sobre ella. María alargó la mano hacia la suya y Susana se inclinó hacia delante para acercarse más a ella, que estaba junto a la silla donde su amiga apoyaba el pie en alto.

—¿Vergüenza preguntarle por su hijo y si lo van a operar o no? ¿En serio? —dijo su amiga.

Luz negaba con la cabeza.

—Ayer se le ocurrió decir que le quería enviar un regalo a casa, pero vio que el número de la calle que él puso en la aplicación era de un bloque de pisos. —Luz negó con el dedo—. Que lo podría haber enviado con el número de teléfono que tiene del padre, y el mensajero lo llama para la entrega.

—También —dijo Susana mirándola a ella.

María metió los labios entre los dientes y negó. Luego resopló.

—Es que no puedo quitármelo de la mente. —Levantó la cabeza y se dejó caer con la espalda en el asiento.

Luz y Susana se miraron riendo.

—¿Porque es guapo?

Las miró entornando los ojos.

—Porque está jodido. —Bajó de nuevo la mirada a su móvil—. Le vi la cara cuando habló con el médico. —Pasó el dedo por la pantalla para abrir el cuadro del número del padre de Ángel —. No era solo el hombro.

—A ver si es un enganchado a la *play* o algo —dijo Susana y Luz dio unas carcajadas—. Tú sabes, los hombres… mi ex prefería perder un ojo que el dedo del botón principal. —Las

carcajadas de Luz aumentaron.

Ella negó con la cabeza.

—Nadie se pondría así por eso —respondió—. Es más personal. Como si algo pesado se le hubiese caído encima. Y no era el trozo de techo.

Susana alzó las cejas y la miró de reojo.

—Qué inocente eres. No tienes ni idea.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—¿Quieres saber nuestra opinión? —preguntó Luz y María alzó la mirada hacia ella—. No pasa nada si le escribes al padre para preguntarle, entra dentro de lo normal. No pasa nada si le dices que quisieras enviarle un regalo a su hijo, entra dentro de lo normal. Te ha salvado la vida y quieres agradecérselo. Si él fuera mi hermano lo entendería y encima me caerías bien.

Susana miró a Luz de reojo.

—¿Y si él fuera tu novio? —preguntó Susana retirando su mano de la escayola.

Luz sonrió con malicia.

—Lo entendería, pero me caerías terriblemente mal —respondió y las dos rieron. Luz movió la mano en el aire—. Pero yo digo que no tiene novia. La hubiese llamado o le hubiese dicho al padre que la avisase.

—Esa teoría tiene muchísimo sustento —dijo María con ironía.

Luz le hizo una mueca.

—Pero digo yo… —Susana cogió la copa de su batido—. ¿Qué más da que tenga novia o no? Que no vas a buscar a su novio para nada inmoral, solo quieres preguntar por él.

Luz miró a Susana de reojo.

—Porque es guapo y eso puede dar lugar a confusiones. Esa creencia de que a los guapos siempre se les busca con intenciones paralelas… —Luz también cogió su copa de batido—. Aparte de que ahí donde la ves —señaló a María—, le gusta el chico, ¿a que sí?

Abrió la boca para replicar, pero Luz alzó la mano en el aire para que no hablase.

—Está bueno y le ha salvado la vida, ¿cómo no va a gustarle? —respondió Susana por ella —. Me gusta hasta a mí y ni lo he visto —soltó y hasta María tuvo que reír—. Escríbele, anda.

María cogió aire y lo contuvo, desbloqueó de nuevo la pantalla. Allí estaba el número del padre de Ángel y el botón de WhatsApp.

—Venga, chica. —Se sobresaltó con el toque en el codo que le dio Luz.

Soltó el aire de golpe.

—Vaaaale. —Pulsó el botón.

«Buenos días, soy María, la chica del *parking* subterráneo. Disculpe la molestia, pero es el único contacto que tengo para preguntar por él. Sé que Ángel tenía hoy la revisión. Quería saber cómo estaba. Muchas gracias».

Le dio a enviar antes de arrepentirse. Miró el mensaje, el arrepentimiento llegó después de pulsar. Llenó sus mofletes de aire y Luz y Susana rieron.

—Cualquiera que te vea no pensaría que eres una inminente biomédica con veinticuatro años —reía Luz—. Pareces una niña de instituto.

María se llevó la mano a la sien. Se sobresaltó cuando su teléfono emitió un pequeño pitido y enseguida dirigió los ojos a la pantalla, irguiéndose en la silla.

El móvil emitió un segundo pitido antes de que pudiese leer el primer mensaje, y un tercero donde vio un contacto que ponía Ángel.

No me lo puedo creer.

Alzó las cejas leyendo.

«Hola, María. Ángel ha salido ya del médico y parece que va bien. Estoy en el trabajo, siento no poder explicarte mucho. Te dejo su teléfono para que puedas preguntarle a él. Muchas gracias por tu interés, Ángel nos dijo que tú estás bien. Me alegro mucho. Un saludo».

—Tías… —Frunció el ceño mientras Luz se asomaba y leyó en voz alta el mensaje para que lo oyera Susana.

—Ea, chavala. —Luz le empujó con su hombro—. Ya tienes su número. ¿Ves qué fácil? Ahora escríbele.

Miró a Luz como si hubiese dicho una estupidez.

—¿A él?

—Su padre te ha dado su número para que le preguntes a él directamente. Vas a quedar como el culo si no le escribes.

Miró a Susana y a Luz, y las señaló con el dedo.

—Me habéis hecho el lío, ¿lo sabéis?

Luz entornó los ojos.

—Tampoco te has resistido tanto —respondió su amiga con ironía—. Lo estabas deseando.

María alzó las cejas.

—En el fondo lo sabes. —Luz sonrió.

La joven suspiró mirando de nuevo el teléfono. Grabó su número. Alzó la mirada hacia sus amigas, estaban esperando a que le escribiera y sabía que no la dejarían en paz hasta que lo hiciese.

«Buenas tardes, Ángel. Tu padre me ha dado tu número, espero que no te moleste, solo quería saber cómo estabas y si había buenas noticias. Espero que sí».

Enseguida vio que Ángel lo había leído. Y estaba respondiendo.

«Las hay, parece que no va a hacer falta cirugía de momento, aunque tampoco me aseguran nada. Tu truco de la almohada ha servido, así que gracias porque no se me habría ocurrido».

Volvió a entrarle un segundo mensaje.

«En una semana me ven de nuevo».

¿Por qué es tan mono?

Alzó la mirada al escuchar las risas de sus amigas.

—No te ves la cara, pero nosotras sí —dijo Susana y chupó en su pajita las últimas gotas de batido que sonaron a burbujas. Su amiga entornó los ojos—. El regalo, venga.

María apretó los dientes y amplió los labios.

«Me alegra mucho. Sabía que todo iba a ir bien».

Envió el mensaje y la cabeza de Luz se metió entre ella y su pantalla.

—El regalo. —Se apresuró a retirar el móvil de su amiga cuando vio que el dedo de ella se acercaba peligrosamente a la pantalla.

Basculó el cuerpo para alejarse de Luz.

«Tengo algo para ti, ¿te importa que te lo envíe a casa?».

Sintió un empujón en el hombro.

—¿Que te lo envíe a casa? —Luz negaba con la cabeza—. Dáselo en mano, menuda *noob* estás hecha.

La miró de reojo, no le dio tiempo a responderle, su móvil sonó de nuevo.

«No necesito nada y tú no me debes nada, ¿queda claro? Ni se te ocurra comprarme nada».

Volvió a sentir a Luz presionándole el hombro con el suyo. Susana se quejó de no estar enterándose de nada y Luz le hizo un resumen de la conversación.

—Dile que ya lo tienes —dijo Susana desde su silla, colocando bien las muletas para que no se cayesen—. Que te lo ha dicho tarde.

«Tarde. Ya lo tengo comprado».

«*Ok*, pero no voy a permitir que gastes también en el envío. Iré yo a recogerlo».

El empujón en el hombro esa vez fue tan fuerte que el móvil se le escapó de las manos y se cayó al suelo. María dio un grito al verlo estamparse en la acera de la terraza de la cafetería.

Luz y Susana rompieron en risas.

Se apresuró a recuperar el móvil y su cara tuvo que emblanquecer cuando le vio la esquina estallada.

—Ha sobrevivido a una catástrofe y… —resopló—. Sois un terror.

Luz le quitó el móvil para comprobar el cristal.

—Tía, lo siento. Yo pago el arreglo. —María intentó quitárselo, pero Luz lo retiró de ella cuando vio que había entrado un nuevo mensaje—. Que dice que ahora tiene tiempo de sobra y que… —Ambas entornaron los ojos y Luz abrió la boca—. Aún no ha llegado a casa, que va de vuelta del hospital, y que si te viene bien, se desvía.

Susana se tapó la boca con la mano.

—Dile que sí —dijo Susana.

—No me lieis más, que sois… —Le quitó el móvil a Luz y se puso en pie.

«*Ok*».

Le dio a enviar con rapidez. Miró enseguida a sus amigas.

Esto no puede estar pasando. ¿Le he dicho ok? *Si no he comprado todavía nada.*

—Ahora es cuando tienes que enviarle la ubicación. —Susana sonrió ampliamente. Luego movió su mano para que continuase.

María alzó las cejas.

—Pero no le he comprado nada aún. —El pulso se le aceleró sobremanera.

—No te agobies, tienes toda la calle llena de tiendas.

—Date la vuelta, verás.

Se giró para mirar tras de sí, tiendas a ambos lados, un repertorio en el que hubiese podido salir del paso con cualquiera que conociera. Pero a él no lo conocía.

Se llevó las manos a la cara.

—Vamos, corre. Yo te ayudaría si pudiera. —Susana se señaló el pie.

Luz se inclinó para dejarse caer en el hombro de Susana.

—Y yo no puedo dejarla sola.

Las miró de reojo.

Sois terribles.

—Ahí delante tienes una tienda de maquetas y cosas de esas. Ahí puedes pillar algo —dijo Luz—. Llámanos por teléfono y te orientamos. —Agitó la mano para que se moviera.

Ni siquiera se había terminado el batido, ni ganas de bebérselo. Se apresuró hacia las tiendas.

«Te envío la ubicación en unos minutos».

Él le respondió con un *ok*.

Pasó por el escaparate de una tienda de ropa de hombre.

Ni sé su talla ni número de pie ni mucho menos su estilo. Solo lo he visto con la ropa de trabajo. Descartado comprarle ropa.

Pasó por otra tienda de menaje de hogar y llegó hasta la que decía Luz. Quizás era la mejor idea, puzles y maquetas para matar el aburrimiento.

Entró en la tienda y cogió una cesta. Miró de nuevo su móvil, no podría tenerlo esperando la ubicación. Tampoco sabía dónde estaba.

«¿Dónde estás?».

No tardó en responderle.

Eso son… veinticinco minutos.

Marcó en el mapa una cafetería cercana y le envió la ubicación. Le había entrado hasta calor, y ya no tenía nada más que quitarse. Llevaba un vaquero de pata ancha y un jersey de punto en *beige*. El algodón se le pegaba al cuerpo asfixiándola.

—Vale, los puzles —murmuró.

Dio un paso atrás para mirar la estantería al completo.

Mil piezas, a ver si va a ser demasiado fácil y lo va a considerar un insulto.

Sacó de la estantería otro con la caja mucho más grande.

Y diez mil va a decir que si es una broma.

Su móvil sonó. Era Luz.

—No me enredes más, que tengo veinte minutos para comprar algo y cinco para atravesar la avenida entera.

Luz rio al otro lado.

—Por eso te he llamado, para que podamos ayudarte desde aquí.

—¿Puzle de mil o diez mil? —le dijo a Luz y esta rompió a carcajadas—. Tía —inspiró despacio para tranquilizarse—, necesito salir de esta. Por favor.

—Desde ayer decías que querías regalarle algo, ¿qué pensabas comprarle?

—No tenía ni idea —negó con la cabeza y la bajó para mirar otro de los puzles. Los había intermedios, quizás ahí estaba el correcto.

—Pues venga, ve diciéndonos cosas que estás viendo y decidimos. Y tranquila, en veinte minutos entre las tres hacemos maravillas.

Sonrió a Luz. Su mirada se dirigió enseguida a unos globos que colgaban del techo, supuso que eran maquetas también.

Echó el puzle en la cesta y avanzó hacia las maquetas.

4

Él ya había llegado y a ella le quedaba aún media avenida, había tenido que regresar a por el abrigo a donde estaban Luz y Susana. Sin embargo, la carrera le iría bien para aplacarse. Ver a Ángel aquella mañana era algo que no esperaba, teniendo en cuenta que ni siquiera tenía su teléfono media hora antes.

Miró su reflejo en el cristal de un escaparate, de haberlo sabido se habría lavado la cabeza aquella mañana para que las ondas no estuviesen tan abiertas. Resopló. Tampoco debía preocuparse mucho, por muy mal que estuviese siempre estaría mejor que con la bata del hospital y los pelos de loca.

Además, el que hubiese sido todo tan rápido era mucho mejor, ni siquiera tenía tiempo de arrepentirse. No quería ni pensar en tener la bolsa del regalo en casa hasta el día siguiente, hubiese terminado en un contenedor y ella lamentándose por el atrevimiento de haberle escrito.

Se detuvo en un semáforo, desde allí podía ver la esquina de la cafetería, entornó los ojos a ver si podía ver a Ángel en alguna mesa. Y justo en la esquina había una mesa con un solo ocupante. Basculó su cuerpo y dio un paso a su izquierda intentando agudizar la vista. Un coche tocó el claxon de malas formas. Había invadido la carretera en su afán de ver.

Resopló mientras regresaba a la acera. Tenía que tranquilizarse. Era verdad lo que decían sus amigas, parecía una adolescente de instituto. Y hacía años que dejó de serlo.

Cruzó un brazo en su cintura y apoyó el otro codo en él para poder bajar la cabeza y dejar caer la frente en su mano.

Quién me mandará a mí…

El semáforo comenzó a emitir el sonido del color verde. Contuvo la respiración y se apresuró a cruzar al otro lado. Y sí, había una mesa con un solo ocupante. Llevaba una cazadora marrón claro. Enseguida su cara se hizo nítida, adaptándose a las formas que recordaba de la otra noche.

Y regresaron las campanas esternón arriba en cuanto pudo ver su imagen al completo. Hasta el arrepentimiento y la vergüenza se disiparon por completo. Al fin y al cabo, no opuso mucha resistencia a las sugerencias de sus amigas. Por algo sería.

Se detuvo a un par de metros de la silla que estaba frente a él, que aún no se había dado cuenta de su presencia, lo que pudo darle margen para observarlo un instante. No había sido solo su imaginación después del trauma, no había ninguna distorsión en sus recuerdos ni ninguna amplitud de optimizar una realidad respecto a su salvador.

Aquel hombre de verdad había caído del cielo directo a un sótano inundado donde ella se había rendido, dejándose caer de rodillas. Y desde entonces todo había cambiado de alguna manera.

Dio un paso al frente y contuvo la respiración al ver que se movía para alzar la mirada y que se formaban los pliegues en su frente.

Sonrió al joven, el arrepentimiento y la vergüenza ya ni los recordaba.

Ángel se levantó enseguida. Entendió por qué tenía puesta la cazadora aunque al sol sobraba. Dentro llevaba un jersey con el abultamiento del brazo en su interior, de aquella manera no llamaba tanto la atención si uno no se fijaba en que del puño no sobresalía ninguna mano.

Sintió su otra mano en el brazo mientras se inclinaba hacia ella. No era el saludo que esperaba, no lo conocía, no era su amigo ni ningún compañero de la facultad. Pero habían compartido una lluvia de adoquines, eso no lo podía decir todo el mundo.

Al acercar sus labios a su mejilla pudo percibir el olor que desprendía su piel. Era justo el olor fresco que esperaba en él. Recordó las palabras de Luz cuando descartaron el regalo del perfume: «No puedes regalar un perfume a alguien que has visto una sola vez. ¿Huele mal? Puede considerarlo una falta de respeto».

Tuvo que contener la sonrisa. Se retiró de él y de su cuello y su mirada se cruzó con la de Ángel. A plena luz del sol pudo comprobar que el color de sus ojos era el verde, y que el aro que rodeaba sus iris no era más que un cúmulo de melanina que se iba agolpando en los bordes, haciendo que todo el contorno fuese más oscuro que la parte del centro.

Y había algo llamativo y curioso que había visto muy pocas veces. En uno de sus ojos, el izquierdo, en la parte más transparente del iris, tenía un pequeño lunar negro.

Dio un paso atrás, mirarlo de cerca era correr el riesgo de parecer imbécil. A media distancia aquel llamativo defecto de su iris, si es que se le podía llamar así, no se apreciaba.

Ángel dirigió su mirada hacia la bolsa. Era ancha, quizás él no la esperaba tan grande. Era de color blanco con gruesas cuerdas negras como asas. La había comprado en otra de las tiendas junto con el papel de regalo y el celo. Una improvisación completa. Ya solo faltaba que los regalos le gustasen.

—Ya no sé cómo decirte que no me debes nada —dijo sonriendo—. Pero si es para que te sientas mejor, lo aceptaré.

—Me sentiré infinitamente mejor —dijo dándole la bolsa.

Ángel la cogió con la única mano que podía y se sentó en la silla. Ella se sentó frente a él.

—¿Quieres algo? —le preguntó él al ver que el camarero se acercaba a ellos.

Ella vio que Ángel se tomaba una infusión, pediría lo mismo que él. El camarero llegó hasta ella y le preguntó qué deseaba tomar.

María abrió la boca para responder, pero Ángel le hizo una especie de mueca y ella frunció el ceño sin entender. Entonces él miró su infusión y negó con la cabeza.

—Un batido de chocolate —le dijo al camarero conteniendo la sonrisa.

El chico se alejó de ellos hacia la barra exterior. Ángel se inclinó hacia adelante para

acercarse a ella.

—No hay quien se lo tome —dijo y ella apretó los labios para no reír.

—¿Qué es? —Cogió la etiqueta que colgaba por el exterior de la taza.

—Supuestamente jengibre, pero huele a friegaplatos de limón.

Ella cogió la taza para olerla. Llevaba razón, a limpiadores de limón, un olor que no invitaba a probarla en absoluto.

—A ver si no han lavado bien la taza. —La soltó en la mesa y la echó a un lado.

—La taza estaba bien hasta que le puse la bolsa. —Él se colocó la bolsa junto a las piernas—. ¿Cómo va tu brazo? —Ladeó la cabeza para mirarle por la abertura de la chaqueta.

—Todo lo bien que puede ir teniendo en cuenta que esto es lento. —Sacó el primer paquete y lo puso sobre la mesa.

—¿Te duele?

—Menos que ayer. —Alzó los ojos para mirarla—. Que ya es algo.

El camarero llegó con la bandeja. Miró la mesa antes de colocar las cosas. En el lado de María puso la copa con el batido de chocolate y en el lado de Ángel una taza de leche y un sobre de cacao soluble.

Le faltan manos.

Su primer arrebato fue coger el sobre y abrírselo. Pero se contuvo, no sabía hasta qué punto él no querría ayuda. Para colmo, el camarero había colocado la taza frente a su brazo derecho, el lisiado.

Ella echó a un lado la caja para que él pudiese colocar la taza en un sitio más cómodo. Frunció el ceño al verlo coger el sobre y llevárselo a la boca para abrirlo.

Se ve que se apaña bien.

Pero el sobre era de papel algo plastificado.

—Aún me estoy adaptando —añadió él.

Primer intento fallido. Le permitiría uno más y entonces lo ayudaría.

La segunda vez pudo entreverle los dientes, pero el plástico era duro.

—Trae. —Se lo quitó de la boca cuando Ángel iba a morderlo de nuevo—. Con un brazo es suficiente, como para que ahora también te astilles un diente.

Y ya puedo meterme de nuevo en el sótano y morir.

Lo vio contener la sonrisa.

María abrió el sobre y lo estrujó con la mano, inclinándolo hacia él para que pudiese meter la cuchara.

—Gracias. —Metió la cuchara en la taza para remover su contenido.

Ella miró el sobre, estaba casi entero, pero dedujo que no querría más y lo dejó sobre la mesa.

—Y encima es el derecho. —Dirigió su mano hacia el papel de regalo.

Era el paquete más voluminoso. María miró la envoltura, podría haberle puesto menos celo tanto a ella como a las dos cracks de sus amigas se les había pasado el detalle por completo.

El sol pegaba con fuerza. Solo ver a Ángel con la chaqueta puesta aumentaba el calor. Ella tan solo con una manga de algodón sentía que le sobraba. Tampoco tenerlo delante y tan cerca ayudaba.

—La cazadora —le dijo y él dejó de tirar del papel de regalo para mirarla—, ¿no tienes calor?

Vio el bochorno en su cara.

Si es que hablas sin pensar, María. Podrías haberte callado.

—Aparte de que es muy incómodo tener una manga de algodón colgando —respondió él—, no sabes lo que me cuesta quitármela y ponérmela. Me han ayudado en el hospital después del vendaje, y llevo pasando calor media mañana. —Se encorvó para reír.

Ella se puso en pie enseguida.

—No, no. —Él alzó la otra mano, pero sin dejar de reír—. No sabes lo mal que llevo estas cosas.

No me lo jures.

—Esto también me hace sentirme infinitamente mejor —dijo ella con cierta ironía, agarrando la manga vacía.

Él alzó las cejas y la miró de reojo en cuanto lo dijo. María no se demoró en quitarle la cazadora. Al colocarla en la silla libre que había al lado notó que desprendía un olor bastante intenso. Se la habría llevado a casa, no tenía dudas.

Qué demonios estoy pensando. Parezco una desesperada.

La joven volvió a sentarse.

—Esa parte la llevo muy mal.

Ella apoyó los codos en la mesa.

—¿Que necesites ayuda? —dijo María y él asintió con la cabeza. Ella frunció el ceño—. ¿Es malo necesitar ayuda? Ten cuidado con la respuesta, tienes delante a una que hubiese muerto sin ayuda hace dos días.

Lo vio sonreír, pero su sonrisa fue fugaz. Bajó los ojos hacia su paquete de nuevo.

—No es momento para necesitar ayuda, precisamente.

Ella abrió la boca, pero se arrepintió enseguida y la cerró. Ya se había atrevido bastante.

Oyó el papel romperse.

No lo esperaba. Yo tampoco, ha sido sobre la marcha.

—Un juego de toallas —dijo él.

En qué coño estaba yo pensando cuando he comprado el juego de toallas.

—Muchas gracias —sonrió.

Ella frunció el ceño intentando buscar una forma de explicárselo con la que no se le cayese la cara a trozos.

—Es muy difícil comprar algo para alguien que no conoces y… —Parecía que la explicación le estaba interesando más que el regalo—. Que no te disgusta el agua es lo único que sé de ti.

Su sonrisa hizo que el bochorno se redujese en gran medida.

—Pues me encanta este regalo. —Estaba comprobando que las razones produjeron aún más alegría que el regalo.

Bajó los ojos para mirar las toallas. No iban en cajas, pero estaban enrolladas y sujetas por un lazo del mismo color marrón que el algodón.

—Con uno hubiese bastado —añadió él cogiendo otro paquete de la bolsa.

Porque las niñas me han frenado, iba a comprarte más.

Ahora era la caja pequeña. No tardó en abrirla. La maqueta del globo antiguo que le había gustado.

—Para el aburrimiento —se apresuró a decir ella y él volvió a sonreír.

Lo que no he caído es en si podrás con una sola mano.

—El aburrimiento. —Alzó los ojos para mirarla y esa vez aquello grueso le subió tan rápido hasta la garganta que no fue capaz de tragar el sorbo de batido. Lo soltó en la mesa enseguida—. No sabes lo bien que me viene. Además, creo que voy a tener a un ayudante voluntario encantado de colaborar.

María alzó las cejas con ironía.

—¿En esto sí aceptas ayuda? —preguntó analizando la frase de Ángel.

Ayudante voluntario. ¿Su padre? ¿O tiene novio?

—Hago excepciones —dijo él mirando su cazadora sobre la silla, ahora junto a los regalos abiertos.

Ángel se inclinó hacia un lado para coger el último paquete. Esa vez María tuvo que ayudarlo, la extraña forma hacía que no saliese bien de la bolsa. Había envuelto las dos cajas juntas y había quedado con una forma un tanto extraña. Pero ya no les quedaba papel para hacerlo individual.

Ángel tiró del papel y esa vez María tuvo que sujetarle el paquete. Lo primero que se veía era la caja del puzle. Con dos mil quinientas piezas.

—Nuevamente para el aburrimiento —dijo y esa vez la sonrisa de Ángel pasó a ser directamente una risa.

A un lado estaba la otra caja, la que le daba una forma extraña al paquete. Y vio que él no sabía lo que era.

No ha hecho un puzle en la vida. Menos mal que no he cogido uno muy grande.

—Este es el tubo para ponerlo mientras lo haces y enrollarlo cuando lo quieras recoger. Esto de aquí es un tapón para guardar las piezas.

Por la expresión podía deducir que él no sabía ni que aquel tubo existía, pero le había encantado la idea.

—¿No se caen las piezas al enrollarlo? —preguntó abriendo la caja para verlo.

—Claro que no. —Ella se inclinó para asomarse a la caja—. Y es de la medida del puzle, no te dará problemas.

Ángel cerró la caja y la miró a ella mientras colocaba esa junto a las otras en la silla.

—Gracias —le dijo—. De verdad, muchas gracias.

Algo sonó en la silla.

—Te suena el móvil. —Ella misma se inclinó.

—Está en el bolsillo izquierdo, pero no te preocupes. —Ya era tarde, se lo había sacado—. Es el grupo de WhatsApp de la guardería.

¿Cómo?

Fue como si todas las hileras de bombillas del alumbrado navideño de toda la avenida se hubiesen caído al suelo, de repente y a la vez.

Ni novia ni novio. Está directamente casado. Ahora mismo voy a salir corriendo y a meterme debajo de la cama a llorar.

Soltó el móvil sobre la mesa delante de Ángel.

Y mi estómago aquí tocando los campanilleros para nada.

Él había cogido el teléfono, seguía emitiendo pitidos de diferentes mensajes. Lo vio resoplar.

—Nunca habla nadie y hoy todo el mundo habla a la vez. —Ángel frunció el ceño—. Y mandan fotos.

—¿Tienes un hijo?

Ahora encajaba lo del ayudante voluntario.

—No, pero como si los tuviera. Tengo sobrinos. —Volvió a fruncir el ceño leyendo.

Sobrinos.

Soltó el aire por la boca despacio hasta vaciar sus pulmones al completo.

Ni novia ni novio ni está casado. Tiene sobrinos.

—¿Qué es un disfraz… navideño roquero? —preguntó él.

María se agarró con ambas manos en los reposabrazos, apretó los labios para dar una carcajada interna. Él apartó los ojos del móvil para mirarla y ella tuvo que aguantar la risa.

—Disfraz navideño roquero —repitió ella cogiendo aire para no soltar la carcajada, ver la expresión de Ángel le aumentaba aún más las ganas de romper a reír—. Lo ponen facilito, ¿no?

Ángel entornó los ojos.

Lo que no entiendo es qué hace este en ese grupo de WhatsApp, aunque ya toma sentido ese

agobio que tenía cuando se vio sin un brazo.

—¿Niña o niño?

—Niña.

Las campanas resucitaron de la misma manera que cayeron. Todas a la vez.

—Búscale un vestido de Mamá Noel, con unas medias negras y una cazadora negra de esas de motero. Puedes buscarle unos guantes, cortar la parte que cubre los dedos y ponerle tachuelas, y ese día la maquillas en colores fuertes.

—¿Maquillarla? No tiene ni dos años —respondió él.

Este no tiene ni idea.

Lo vio resoplar y tuvo que contener otra vez la risa.

Ángel volvió a mirar su móvil.

—Estamos en unas circunstancias algo extraordinarias, pero no en buen sentido —dijo a media voz, luego negó con la cabeza—. Pero como tú también tienes las tuyas, no voy a colaborar contándote las mías.

María se inclinó hacia la mesa y apoyó los codos en ella.

—Si tuvieras unas circunstancias normales tampoco mejorarían las mías —dijo ladeando la cabeza y él la miró—. Pero no tienes por qué contarme nada. No me conoces. Solo nos llovieron piedras.

Ángel sonrió levemente, un gesto que no encontró natural, quizá fue un intento de ocultar las consecuencias en él de aquellas circunstancias extraordinarias. Luego vio su pecho hincharse mientras cogía aire.

—La mujer de mi hermano murió a principios de verano —dijo él y ella tuvo que contener la respiración—. Salió del trabajo y en la estación de metro le dio una parada cardiaca. Ella tenía una malformación de nacimiento en las cavidades del corazón, pero no le afectaba a su vida normal. Y la posibilidad de que le pasara algo así era remota. Y menos con treinta años.

Seguía conteniendo el aire, este no salía ni por la nariz ni por la boca. Los ojos comenzaron a pesarle.

—Mi hermano solo no podía hacer frente a la hipoteca y en septiembre alquiló la casa a unos estudiantes y se mudó conmigo y con mi padre. —Volvió a bajar la mirada hacia la pantalla del móvil—. Tengo a mi hermano tomando antidepresivos, sin haberse recuperado y en plena campaña de una empresa de paquetería, con solo un día libre a la semana que no siempre tiene que ser el domingo. De los tres, era el único con un horario que permitiera encargarse de los niños durante estos dos meses hasta que pasara la navidad y él volviese a su horario normal. Hasta hace dos días, mi hermano o mi padre se organizaban para librar mis días de guardia —suspiró—. Pensaba que las primeras navidades después de lo de mi madre serían las peores. —Desvió la mirada—. Estas son infinitamente peores. Antes solo éramos los tres.

María bajó la mirada hacia la mesa. Se le había secado la garganta por completo, no era capaz de hablar, y ni siquiera de alargar la mano hacia el batido y dar un sorbo para que se le pasara. Hasta las campanas del pecho se habían quedado tan inmóviles como el resto de su cuerpo.

—Y yo no te tendría que haber contado nada —dijo Ángel poniéndose en pie—. Mira cómo estás ahora.

Su gesto la hizo reaccionar.

—¿Para que no te ofrezca mi ayuda?

Su pregunta hizo que él se girase para mirarla, ella ya estaba en pie.

—Porque vas a seguir echándote la culpa y da igual lo que te diga.

Volvía a tenerlo cerca, apenas le llegaba a la altura del hombro, así que ella tuvo que subir los ojos para mirarlo. Su cuerpo aún no era capaz de reaccionar mucho, sin embargo estaba comprobando que su pecho y su estómago sí.

—Lo de mi hombro no es tu culpa, lo de mis circunstancias no es tu culpa. Y no me debes nada, así que no tienes que verte en la obligación de ofrecerme tu ayuda, ni siquiera de preguntar por mí o de hacerme regalos. —Que su tono fuera tranquilo y cálido mientras lo decía no evitó que ella bajase la barbilla y la mirada enseguida. Sintió un roce en la barbilla, Ángel se la levantaba y ladeó la cabeza buscando sus ojos—. Solo nos llovieron piedras.

Y no entendía por qué aquellas últimas palabras, que habían comenzado siendo de ella misma, solo hicieron aumentar la tensión en su garganta, el peso de los ojos, y el frío por dentro que le impedía moverse con facilidad.

Solo nos llovieron piedras.

Le producían tristeza, una grande y desesperada.

Notó que él retiraba los dedos de su barbilla.

—Gracias por los regalos. —Cogía la cazadora de la silla, la bolsa y las cajas—. Y ni se te ocurra pagar nada.

Se retiró de ella y, aunque estaban a pleno sol, sintió que al separarse el frío entraba entre ellos.

—Si aceptas mi humilde consejo —añadió él y ella solo pudo reaccionar girando levemente la cabeza para mirarlo—, en cuanto se acaben las clases y te den vacaciones, vuelve a casa.

María apretó la lengua en el paladar, la tensión parecía querer arrancarle las cuerdas vocales.

Ángel se dio media vuelta y se alejó de ella hacia el interior de la cafetería.

María desvió la mirada a la avenida. Volver a casa, a la única casa que le quedaba, con la única familia que tenía.

Expulsó el aire con fuerza por la boca. Cogió su chaquetón de la silla y se apresuró hacia el semáforo para cruzar al otro lado.

5

Había conseguido hacer todo el marco del puzle y una esquina considerable. Tenía que reconocer que si no fuera por aquel tapiz enrollable en el que se quedaban pegadas las piezas, no sabría dónde ponerlo para que los sobrinos no lo tocasen. Los primeros días fue lento, pero poco a poco le iba cogiendo el truco. Y el gusto.

La mañana le había volado, fue consciente cuando oyó la puerta de la calle abrirse. Su padre se quitaba la bufanda.

—Han bajado las temperaturas una cosa mala —dijo colgando su abrigo en el perchero de la entrada.

—¿Qué haces aquí hoy? —Miró la hora.

—Entro media hora más tarde luego y he venido a comer —respondió su padre—. Estoy harto de menús y bocadillos. Aún quedan semanas. —El hombre se asomó al salón para verlo y enseguida dirigió los ojos hacia el puzle—. Al final sí que vas a conseguir hacerlo.

Ángel rio.

—Me tenéis en poca estima —dijo él desistiendo al encaje de una de las piezas.

Su padre entró en la cocina.

—Cuando lo tengas hecho entero vendrá alguno de tus sobrinos y te lo destrozará. —Lo oyó decir de lejos.

—Espero que no. —Ahora sí encajaba bien.

Su padre enseguida sacó la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿Has hecho la comida? —Alzó las cejas.

—Si a cocer arroz se le puede llamar hacer la comida, sí.

—Te he dicho que no hagas nada.

—Hoy Esteban sale a las tres y recoge a los niños. Quería que por lo menos no comiera a las cinco de la tarde.

Su padre lo miró de reojo.

—Me ha llamado, ya había recogido a Emma. —Miró el reloj de pared—. Tiene que estar al llegar.

Volvió a entrar en la cocina, no tardó en regresar con un plato de arroz blanco con trozos de tortilla y tacos de pavo.

—Para que según tú no se le pueda llamar del todo comida, no huele nada mal —dijo su padre sentándose al otro lado de la mesa—. Lo que no sé es si hay alguna manera de que te estés quieto sin hacer nada. —Giró la cabeza para mirar a su hijo—. ¿Cómo tienes el hombro hoy?

Ángel resopló.

—A veces pienso que me duele menos que el día anterior y otras no lo sé —respondió haciendo una mueca—. El frío tampoco ayuda. —El joven miró a través de la ventana—. Este nublado y la humedad.

—Ha llovido a primera hora, pero no volverá a llover estos días. A ver cómo va mañana esa revisión.

—Espero que bien porque me estoy desesperando. —Volvió a colocar otra pieza.

—¿Has hablado con Esther? Me escribió esta mañana y me preguntó por ti, porque ni siquiera lees los mensajes. —Lo oyó decir y resopló.

—He dejado esta mañana el móvil en el dormitorio, no sé ni si tiene batería. Además, no quiero hablar con ella. Ella ve en esto una oportunidad para acercarse otra vez y ya no sé cómo decirle que se acabó. Dile que estoy bien y que gracias.

Su padre se quedó mirándole en silencio un instante.

—¿Y no has vuelto a hablar con la chica del subterráneo? —preguntó mientras se metía una cucharada de arroz en la boca.

—¿Por qué iba a volver a hablar con ella? —Encajaba otra pieza del puzle. Estaba en racha o al fin había aprendido cómo tenía que hacerlo.

—Porque el otro día, cuando te llamé para decirte que me había escrito y que le había dado tu teléfono y me respondiste que ya habías quedado con ella, no parecías tan desesperado por tu hombro —le soltó su padre y Ángel lo miró de reojo—. Diría que incluso estabas encantado.

Ángel guardó silencio mientras su padre intentaba encajar una pieza del puzle.

—¿Te gusta? —La pieza no encajaba y Ángel se la quitó de la mano y la llevó a otro lugar, el correcto. Encajó sin esfuerzo.

—Claro que me gusta. —Buscó la siguiente línea entre las piezas esparcidas.

—Pues llámala y queda con ella. Mañana tienes que salir al médico, ¿no? Y ya te adelanto que hará un buen día. —Cogió su plato y se puso en pie—. Sería una pena que lo pasaras aquí y no con ella.

—No puedo llamarla y preguntarle si quiere salir —dijo él y su padre se dio media vuelta antes de entrar en la cocina.

—¿Piensas que te va a decir que no? —Alzó las cejas—. Porque a juzgar por las hijas de las vecinas, tus conocidas, las cuidadoras de la guardería y hasta alguna madre del colegio, que creo que están deseando que les propongas ir a donde sea, esa chica definitivamente sería la única en negarse.

Ángel negó con la cabeza.

—Diría que sí. Ella cree que me debe algo. Y no son las formas que quiero.

Su padre frunció el ceño.

—Eso son pamplinas, tienes demasiado tiempo libre y te pones a pensar estupideces —

resopló—. Coge el teléfono y escríbele. Además, le gustará ver que no has sido tan inepto con el puzle.

El joven tuvo que reír. Tenía que reconocer que esa mañana en la que sorprendentemente había avanzado sintió el arrebato de enviarle una foto de sus adelantos. No había vuelto a hablar con ella, quizás aquella despedida brusca no había sido la correcta. Ahora que lo meditaba en frío, había sonado a un «nos hemos cruzado, ha sido un placer, hasta nunca». Llevaba toda la semana pensando en una forma de arreglarlo y que no fuera un «puedes llamarme cuando quieras, pero que sea porque quieres verme y no para agradecerme nada».

Había sido torpe y estúpido. Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta de su dormitorio para coger el teléfono. Allí estaban los mensajes de Esther, entre otros de sus amigos, grupos varios, compañeros de trabajo y de otros conocidos y conocidas preguntando por su estado.

Pero ninguno de ella.

Regresó al salón y alzó el móvil para hacer una foto. No se lo pensó y le dio a enviar en su chat con ella. «Al principio me parecía imposible, pero va avanzando. Está siendo un entretenimiento maravilloso, ya estaría escalando las paredes del salón».

Oyó la puerta de la entrada de nuevo. Esteban entraba cargado con las mochilas de los niños y con Emma en brazos.

—Titoooo. —Mateo echó a correr.

—¡Mateo! Te he dicho que no hagas eso, que no puede cogerte.

Pero él lo rodeó con el brazo izquierdo y lo levantó para que el niño le diese un abrazo.

—Guru, guru, guru, urrr, gurrr. —A Emma no conseguía cogerle las palabras.

Esteban lo miró sonriendo.

—No me preguntes, que no tengo ni idea, pero lleva diciéndolo desde ayer —dijo su hermano riendo.

Dejó a la niña en el suelo.

—Esta tarde tengo libre, voy a buscarle el dichoso disfraz —añadió Esteban cogiendo su móvil. Buscaba algo en la pantalla—. Me han enviado también el disfraz del niño. Van de reno.

—Eso es más fácil —respondió su padre, que había salido de la cocina y se había acuclillado en el suelo para besar a Emma—, están todas las tiendas llenas de disfraces de reno.

—Es fácil si se permite comprarlo. Pero no, se les ha ocurrido que sea casero. —Esteban cogió aire y lo soltó de golpe.

Le puso la pantalla en la cara a Ángel para que lo viera. Era la foto de un niño vestido completamente de color marrón con una diadema de cuernos de reno en la cabeza. Parecería fácil y simple si no llevase por los hombros y el pecho unas correas con campanas y cascabeles.

—Si me buscas el material, puedo ponerme a hacerlo por las noches. Dicen que tienen que llevar algún tipo de arandela o enganche para que puedan amarrarlos al carro. —Lo vio volver a

coger aire por la boca. La ansiedad de su hermano había llegado a tal punto que cualquier cosa lo alteraba sobremanera. Y desde lo de su hombro, Esteban había vuelto a perder peso.

Sabía que se acercaban las peores fechas para él. A Eva le encantaba la navidad, recordaba la decoración que solían poner en su casa. Ella se tiraba un mes preparándolo, todo solía hacerlo de forma artesana, las flores, las bolas y lazos del árbol, y hasta los muñecos de peluche.

Miró a su hermano, sabía por su padre que le habían aumentado la medicación hasta la próxima revisión. Todo lo que hacía era trabajar y agobiarse el resto del tiempo con mocos, médicos, trabajos del colegio y las cientos de cosas que tenía pendientes.

—Vale —le respondió—. Envíame la foto. —Le dio en el hombro—. Y esta tarde no vayas a buscar nada, descansa un rato y luego vete al parque con los niños. Voy yo a comprarlo mañana después del médico.

Esteban lo miró frunciendo el ceño.

—Además, creo que voy a tener ayuda. —Bajó los ojos hacia su móvil. María aún no había leído el mensaje.

Su hermano alzó las cejas.

—¿Esther? —preguntó sorprendido.

Su padre se metió entre los dos negando con la cabeza.

—La chica del subterráneo —respondió por él.

Las cejas de su hermano seguían alzadas.

—¿En serio?

—Además tiene una ligera idea de lo que puede ser un disfraz… —guiñó la nariz—, «navideño roquero». Al menos más idea que nosotros tres.

Esteban se tapó la cara riendo.

—Por cierto —dijo—, han pedido voluntarios para la decoración navideña, tanto en la guardería como en el colegio.

Vio a su padre retirarse enseguida y mirar hacia la ventana. Ángel tuvo que reír.

—Yo no puedo —se apresuró él a responder y basculó su cuerpo para que su hermano viese su brazo inmóvil bajo el pijama—. Y aunque pudiese, ya me hicieron el lío en Halloween. —Sacudió con la cabeza negando—. Que no cuenten conmigo.

La risa de su hermano aumentó.

—Y que sepas que también hay alguna voluntaria para ayudar con los disfraces —añadió Esteban y la forma de sacudir la cabeza de Ángel se hizo más exagerada—. Dicen que hombres solos no dan buen resultado.

—¿Que no? Yo compro los disfraces y tú te dedicas a ver tutoriales sobre maquillajes —añadió Ángel—. Emma va a ser la navideña roquera más guapa de toda la guardería.

Su padre se giró para mirarlos riendo.

—Han dicho hombres solos —dijo el hombre—. Y tú piensas pedirle a esa chica que te ayude. Así que no te hagas el ofendido porque llevan razón.

No cabía mucha réplica.

—¿Te ha respondido? —preguntó su padre haciendo un ademán con la cabeza hacia su teléfono, lo llevaba aún en la mano. No lo había sentido, así que no.

—No lo ha leído aún.

—A ver si te ha bloqueado por capullo. —Empujó a su hermano.

Le gustaba cuando Esteban gastaba una broma o soltaba una ironía. Solo lo hacía muy de vez en cuando, cuando él siempre fue una risa en todo momento. Sabía que le venía bien despejarse, salir del bucle en el que se había hundido, algo que aún ni había intentado. No estaba preparado. Era reciente y demasiado fuerte. Le costaría meses y seguramente años. Se apenaba por él y por los dos niños.

Pasó la mano por el pelo de Emma. Crecía por días, lo notaba cada vez que ponía la mano en su cabeza. Y aún más cuando no le subían del todo los leotardos.

Miró sus tobillos. Le hacían falta chándal nuevos.

6

Volver a casa por navidad, un clásico al que nunca le prestó mucha atención. Pero que ahora se convertía en un reto.

Le daba vueltas al teléfono, ya tenía en la pantalla el número de su padre marcado.

Es mi única familia.

El resto eran parientes lejanos con los que no tenía un contacto amplio como para verse ni siquiera en fechas señaladas. Solo quedaba él.

Se mordió el labio inferior. Tenía que seguir viviendo, estaba claro. Y tenía que adaptarse a las circunstancias, como estaba viendo que todo el mundo hacía.

Quedaba él. Y quedaba ella. Por qué no.

Su padre la quería, siempre vivió algo distante. Un trabajo fuera de Valencia durante años, no podía hacer otra cosa. Y ya cuando regresó ella tenía una edad en la que se había acostumbrado a vivir al margen de él.

Pero podrían retomarlo.

Marcó su teléfono. Al cuarto tono él respondió.

—Papá —lo dijo sonriendo.

—Hola, hija —respondió—. Me has cogido en mitad de una consulta. ¿Puedo llamarte luego?

—¿Tienes a algún paciente con un ojo abierto en canal? No me asustes —respondió ella y su padre rio.

—No, tienes los segundos exactos en los que se dilata una pupila.

Ella entornó los ojos.

—No tengo ni idea de cuánto es eso. Así que llámame luego —le dijo mirando la hora.

—El examen, ¿cómo ha ido?

—Han sido cuatro horas intensas, a estas horas aún no he comido. Y llevo desde las cuatro de la mañana levantada. Así que voy a estar entretenida gran parte de la tarde —volvió a sonreír—. Pero ha ido muy bien.

—Me alegro. Oye, el hijo de Maripaz tampoco viene a cenar en Navidad, así que hemos decidido irnos de viaje.

María abrió la boca para responder, pero su garganta se quedó congelada.

—Nos vamos a Andorra a esquiar —continuaba su padre—. Ya sois mayores y tenéis vuestras vidas. Creo que vamos a tener que acostumbrarnos a que estas fechas, o al menos la mayor parte, las pasaremos solos.

Apretó los labios y los ojos se le rebosaron tan rápidamente que tuvo que llevarse la mano al

rabillo para que no le resbalase nada.

—Ten cuidado —le dijo poniendo cuidado en que no se le notase—, no tienes edad para hacer estupideces en la nieve.

Su padre volvió a reír.

—Tengo que dejarte. Luego hablamos. Te llamaré por la noche, para dejarte descansar. Un beso. Te quiero.

—Te quiero —respondió.

Espiró en cuanto la llamada se cortó.

En fin.

Se sorbió la nariz y volvió a limpiarse los ojos.

—Volvemos al plan inicial. Tengo que enfrentarme a estas fechas sola —volvió a respirar por la boca.

Apoyó el codo en la mesa y se llevó la mano a la nariz y la boca, dejando caer su cabeza completa en ella.

—Sola —repetírselo solo hacía que las lágrimas se multiplicaran.

Su teléfono emitió un leve sonido. Bajó los ojos para mirar la pantalla. Apareció la foto de un puzle a medio hacer sobre una tela verde.

«Al principio me parecía imposible, pero va avanzando. Está siendo un entretenimiento maravilloso, ya estaría escalando las paredes del salón».

Sonrió mientras se llevaba la manga a la nariz, se sorbió los mocos. Las lágrimas continuaban, sin embargo. Mordió la manga de su jersey mientras escribía con el pulgar de la otra mano.

«Te está siendo demasiado fácil. Tendría que haberlo comprado de cinco mil».

Volvió a sonreír antes de enviarlo. Su respiración se calmaba y el frío en el cuerpo disminuía despacio. Se limpió las lágrimas que quedaban.

Ángel le respondió con rapidez. Risas.

«No pienso preguntarte por tu hombro».

Más risas.

Podía respirar por la nariz, una sensación placentera aunque a veces no fuese consciente de que un acto tan automático y natural fuera motivo para sentirse mejor.

«Mañana tengo la revisión, pero es temprano. ¿Tienes plan para mañana?».

Alzó las cejas al leerlo. Él seguía escribiendo.

«¿Recuerdas el disfraz navideño roquero? Pues me vendría extraordinariamente bien tu ayuda».

María se mordió los labios conteniendo la sonrisa.

«Olvídalo, no pienso ayudarte». Lo acompañó con un emoticono irónico por si había dudas

de si era en serio.

«Por favor». Y él lo acompañó con unas manos palma con palma.

«¿A qué hora tienes la consulta?».

«A las nueve».

Ella se mordió el labio antes de responder.

«¿Y a qué hora quedaríamos?».

«En cuanto salga, si te viene bien».

Entonces va solo a la revisión.

Entornó los ojos mientras escribía.

«A las nueve menos diez te espero en la puerta del hospital».

Sonrió al enviarlo.

«¿Qué? No, no, de eso nada».

«Entonces vas a tener que buscar el disfraz navideño roquero tú solo».

Suspiró esperando la respuesta, esa vez él se tomó algo de tiempo.

«Me lo pones muy difícil, ¿sabes?».

«Pues cuando te diga que encima va a costarte un desayuno».

Él respondió con risas. Escribía con risas.

«Eso no es problema, podemos quedar después y desayunamos. Y un almuerzo si quieres después de comprar».

Solo le respondió con el emoticono de un reloj de arena. No pensaba dejarlo escapar esa vez, aunque la respuesta al desayuno, a las compras y al almuerzo fuese un sí rotundo.

«Vaaale, tú ganas. En la puerta del hospital a las nueve menos diez».

—¡Bien!

«Entonces te veo mañana», sonrió.

«Hasta mañana».

Miró el reloj, por suerte pasaría la mayor parte del tiempo que le quedaba hasta las nueve durmiendo.

Bajó la mirada hacia su pecho. Había desaparecido por completo aquel peso en él, en la garganta, en los ojos. Tan solo quedaban ellas.

Las campanas.

Suspiró. No esperaba que le escribiese y aún menos que quisiera quedar con ella.

Sonaban fuerte.

Se encendieron las luces de la calle y estas iluminaban todo el salón del apartamento a través de los ventanales. Retiró la cortina para verlas.

Ladeó la cabeza mientras su mirada se perdía a lo largo de la calle donde se enredaban más tiras de bombillas.

—Feliz Navidad —susurró.

Cerró los ojos.

Feliz Navidad.

7

Llegó diez minutos antes, no quería arriesgarse ni un segundo a retrasarse y que se fuese a la consulta sin ella. No darle ni un poco de margen para que se escabullese y fuese solo.

Tampoco él llegó a su hora, casi llegaron a la vez. Sonrió en cuanto la vio y lo vio alargar el brazo en cuanto llegó hasta ella.

Sentir su brazo en el lateral de la cintura, aunque fuese sobre un abrigo, mientras se inclinaba para besarle la primera mejilla, hizo que todo su cuerpo se estremeciera en medio de un baile de extrañas plumas. Eran mullidas y podía notar cómo su cuerpo se caía una y otra vez sobre ellas.

Su olor no había cambiado y lo prefería así. Le gustaba. Todo lo que le recordase a él llegaría a encantarle, no tenía dudas.

Ángel se apartó de ella. Comenzaba a gustarle también cuando se miraban de cerca, ahí podía saciar su curiosidad sobre cada minúsculo espacio de su cara.

—¿Por qué querías venir aquí? —preguntó él.

—Porque que no piense volver a preguntarte por tu hombro, no significa que no quiera saber sobre él. Y al médico puedo preguntarle lo que quiera, ¿no? —Vio su media sonrisa mientras lo adelantaba hacia las escaleras.

Campanas, una tras otra, le faltarían números en un reloj para marcar la hora. Ni siquiera las doce eran suficientes.

Sintió presión en una de sus muñecas, la derecha. Ángel se la había agarrado antes de que atravesase la puerta de cristal del hospital. Él se inclinó levemente sobre ella.

—Quizá no elegí bien las palabras el otro día —dijo y ella lo miró de reojo—. No te confundas, agradezco todo esto que haces. Y si he podido parecer desagradable o desagradecido, lo siento.

¿Desagradable? Ni aunque te lo propusieras.

—Y gracias por venir conmigo—añadió y le soltó la muñeca.

Lo siguió a través de la puerta.

—Es la planta primera.

Lo vio dirigirse hacia las escaleras y subieron hasta llegar a la planta de arriba. Con aquel calor el abrigo sobraba. Había cogido uno marfil con el cuello alto, aunque parecía que habían pasado de nuevo las borrascas, la humedad persistía.

Había asientos libres de sobra, era temprano, la consulta aún no había comenzado y, por la hora de la cita, podría deducir que Ángel era el primero. Lo detuvo antes de que él se sentara. Llevaba un chaquetón claro no muy grueso, de una tela similar a la de una gabardina. Aun así, le

daría calor allí dentro.

Se la resbaló con cuidado por el hombro derecho y luego le ayudó a sacar el hombro izquierdo. Esa vez se sentó en el asiento justo pegado a él, sin dejar uno libre en medio como el día del hospital. Estaba claro que ya no solo les habían llovido piedras.

Se tapó la boca para contener un bostezo y Ángel le preguntó si tenía sueño. Entonces se inició una conversación sobre los exámenes de aquella semana y uno más la siguiente. Pareció interesarle su carrera, sus avances y conocimientos. También el proyecto que seguiría los próximos meses y las prácticas de laboratorio, algo que la ilusionaba sobremanera.

Y el tiempo voló hasta que una enfermera lo llamó para hacerle la radiografía. No tardó en salir con la camiseta aún arrollada a un lado de la cintura. En cuanto se sentó a su lado ella le tiró de la tela hacia abajo para taparlo.

Pero tarde, ya le he visto esa porción de piel…

Intentó no hacer ningún gesto con la cara. Como si todos los días pudiera ver el comienzo de los abdominales oblicuos en una línea hundida que se perdía tras la cinturilla del pantalón.

Es una suerte para él no vivir en el campus. Lo tendrían acosado.

O quizá sí que sería una suerte para él. A los hombres siempre les gustaba sentirse víctimas de mujeres ávidas. De hecho, les encantaban las mujeres ávidas. Y por suerte ahora, las ávidas eran legión. Un logro de las generaciones inmediatamente anteriores.

Escuchó su nombre y se puso en pie a la par de él. Se acercaron a la puerta de la consulta y pudo comprobar que era el mismo médico de urgencias.

—Hombre, Ángel —lo saludó el hombre—, ¿cómo va ese hombro?

Pero el doctor enseguida se fijó en ella. Tardó unos segundos en reconocerla, teniendo en cuenta que esa vez iba impecable, había puesto todo de su parte y a conciencia. Ella le sonrió.

—La chica del *parking* —dijo el hombre sonriendo y volvió a mirar a Ángel un tanto contrariado.

Las piedras que caen del cielo unen. Y las casualidades. Y las circunstancias extraordinarias.

El doctor giró la pantalla para que pudiesen ver la radiografía.

—Se está sellando y está en su lugar, pero no puedes confiarte —le dijo—. Ven que le eche un vistazo.

Lo hizo sentarse en la camilla, lo vio levantarse la camiseta, el doctor le ayudó a subírsela. María estuvo a punto de desviar la mirada. Le habrían quitado la venda en la sala de rayos.

Abrió la boca, y no era por las formas del cuerpo de Ángel.

Habían pasado diez días. Diez. Y la piel de su hombro tenía un tono morado rojizo que hacía que se le helase la sangre. Dio unos pasos hacia la camilla donde él estaba sentado. Le brillaron los ojos de inmediato y de las cuerdas vocales parecía tener colgando una cuerda atada a una

piedra que hacía por arrastrarlas hacia abajo.

Le debía doler horrores aún, y solo él sabría los días que habría pasado.

—Vale —dijo el doctor dándole una palmada en el otro hombro, el perfecto en color y forma —. Puedes llevar el brazo en cabestrillo si me prometes que seguirás sin moverlo. Tendrás más libertad para la ducha y para otras tareas cotidianas, pero no significa ni mucho menos que estés recuperado, ¿vale?

Lo miró a él y luego a ella. Como si ella pudiese hacer algo para evitarlo.

—Ayúdalo a vestirse —dijo el hombre dirigiéndose hacia su mesa.

¿Yo?

Cogió la camiseta de algodón color tostado de encima de la camilla. Fue recogiendo la manga derecha hasta tenerla completamente enrollada y se la acercó a Ángel para que metiese la mano.

Luego se la fue resbalando con cuidado por el brazo hasta arriba, ahora venía lo complicado. Eso sin contar con que estaba frente a él a centímetros de su pecho y su estómago y aquella forma de sus hombros aunque uno no estuviese del todo bien.

Contuvo la respiración y levantó la mirada hacia él. Sentado en la camilla, los ojos de ambos estaban a la misma altura.

—Inclina la cabeza —le susurró y él obedeció.

Estiró con las manos el cuello de la camiseta y se lo metió con un movimiento rápido.

—¿Te ha dolido? —se apresuró a preguntar.

—No —sonrió, le habría hecho gracia la forma en la que su cara se había relajado con la respuesta.

El resto lo podía hacer casi él solo. Solo tuvo que tirar de la camiseta hacia abajo hasta cubrir por completo aquel pecho y estómago tirante y parcelado con líneas perfectas.

El abrigo era lo más sencillo y menos tenso.

Se dio media vuelta y vio que el médico tenía las manos sobre el teclado, pero que los estaba mirando con media sonrisa.

Él héroe y la chica del parking*, tengo que reconocer que aunque no sea como él lo imagina, el chisme suena muy interesante.*

Esperó en la puerta a que el médico se despidiese de Ángel y le diese el cabestrillo. En cuanto llegó hasta ella, María se lo quitó de las manos y colocó las correas mientas él doblaba los nuevos papeles y los guardaba en la gabardina.

—Ya te has enterado del estado de mi hombro, ¿ahora qué? —le dijo él con media sonrisa mientras pasaba la cabeza por la correa.

—Ahora quiero mi desayuno —respondió María y la risa de él aumentó.

Tuvo que ayudarlo a ajustársela en la espalda.

Salieron del hospital y cruzaron la calle al otro lado. El frío a aquellas horas era intenso, el sol comenzaba a deshacer la niebla y esta caía con una fina lluvia imperceptible que calaba por dentro.

Encontraron una cafetería y en su terraza cubierta había unas estufas de forma piramidal cuyas llamas llamaban a acercarse.

También el olor a café y a pan tostado. Se había levantado muy temprano y a aquellas horas el estómago tocaba zambombas y panderetas. María se sentó a un lado de la mesa y se quitó el nudo de la bufanda, el abrigo ni se le pasó por la cabeza quitárselo. Hasta las sillas parecían mojadas del frío.

Ángel se había sentado y miraba las llamas de la estufa. Acercó una mano hacia ella, precisamente la derecha.

—¿Cómo llevas la liberación? —le preguntó ella y lo vio sonreír y bajar los ojos hacia su mano, la acercó aún más a la estufa.

—Me es extraño llevar el brazo por fuera de la camiseta—respondió sin perder la sonrisa.

—Pues no te emociones mucho, a ver si la vas a cagar a estas alturas.

La camarera llegó y tomó nota del desayuno. Volvieron a quedarse solos.

—Te has asustado cuando lo has visto —dijo él retirando la mano de la estufa y colocando el cuerpo frente a ella.

—¿Yo? No lo recuerdo. —Lo vio contener la sonrisa.

Ángel había cogido una servilleta del servilletero y hacía una bola con ella, su mirada se fijó en sus dedos.

—Si te hace sentirte mejor quitarle importancia —añadió ella sin dejar de mirar la bola de papel—, no me apenaré por ti ni empatizaré con tu dolor ni tu incomodidad. En absoluto.

—Ya, claro. —Ángel entornó los ojos a su ironía.

—Ni siquiera estoy aquí por tu hombro —dijo y él alzó las cejas. María alzó la mirada hacia él—. Estoy aquí para asegurarme de que una futura mujer va correctamente *indumentada* a su función escolar navideña. No sabes la importancia que le damos las mujeres a la imagen personal. —Lo vio inclinarse hacia delante y reír.

—No tiene ni dos años, no creo que eso le importe mucho ahora.

Ella alzó las cejas con ironía.

—Prueba a ponerla delante de un espejo, dale un lazo de pelo y una barra de labios. Y espera a ver qué hace.

Ángel negaba con la cabeza sin dejar de reír. Luego la miró.

—Por un lado me dicen que no hay que hacer distinciones entre niños y niñas —dijo—. Las niñas pueden jugar a los camiones y con herramientas, o pueden ser héroes y lo que ellas quieran. —Frunció el ceño—. Y ahora tú me hablas de barras de labios y de lazos. O sois

terriblemente complejas o no lo entiendo.

María empezó a reír, quizás había una forma de que él lo entendiese.

—Hace unos meses vi pasar por la calle una carroza infantil. —Se echó para atrás para que la camarera pudiese dejar el café delante de ella—. La temática era de una saga conocida, *Star Wars*. Y en uno de los lados iba una niña pequeña de unos cinco años. Iba vestida de Darth Vader —sonrió al recordarla—. Se había quitado el casco y tenía una melena repleta de tirabuzones claros que le caían a los lados de la cara hasta el pecho. Y llevaba las uñas pintadas de rojo. —Alzó las cejas mirando a Ángel—. Ella entendió bien lo que significa ser lo que quiera ser, sin límites, pero sin renunciar a ser ella misma. Y puede temblar el mundo cuando crezca. —Tuvo que reír—. ¿Resuelve esto algo tus dudas?

A Ángel se le habían formado varios pliegues en la frente.

—Sí, las resuelve todas, pero me compadezco enormemente de mi sobrino Mateo.

María se inclinó para reír.

—¿Qué edad tiene él?

—Cuatro. —La risa de María aumentó.

—Madrid es muy grande, probablemente no se cruce nunca con la pequeña Darth Vader.

Removió su café. Ni siquiera había sido consciente de que les habían llevado las tostadas. Con Ángel de frente y atento a ella era difícil estar pendiente de otra cosa.

—¿Dices que tenía tirabuzones rubios? —preguntó él con ironía entornando los ojos.

María tuvo que taparse la boca, le había pillado dando el primer sorbo del café. Se limpió con una servilleta y cogió el cuchillo para untar la mantequilla.

Dirigió la mirada hacia la tostada de Ángel. No quería ayuda, así que no pensaba ayudarle, tendría que apañarse con la mano izquierda.

Observó cómo se extendía la mantequilla a pegotes.

—¿Tienes ya el billete de vuelta a Valencia? —Se sobresaltó con la pregunta.

—No —respondió con voz y luego con la cabeza—. No voy a ir.

Miró a Ángel y lo vio a punto de decirle algún tipo de sermón para convencerla. Le ahorraría el trabajo.

—Mi padre se va de viaje, ayer me lo dijo. Así que me quedaré en Madrid —se apresuró a decir y él cerró la boca.

—Lo siento.

Ella negó con la cabeza.

—Sigue en marcha mi plan inicial, así que no pasa nada. Nos enviaremos los regalos por correo y todos felices.

Mordió la tostada. Se había enfriado por competo.

—¿Y no hay nadie en Valencia por el que te animes a hacer el viaje?

Casi se atragantó al tragar.

A indagar. Me gusta, porque luego me tocará a mí. Y te vas a cagar.

—Una amiga, pero lleva un par de meses con el novio y no creo que tenga ni tiempo ni ganas de atenderme día y noche —sonrió antes de volver a mirar su tostada—. Por lo demás, absolutamente nadie.

Eso último lo había dicho demasiado deprisa, como si estuviese deseando soltarlo. Sintió el calor en las mejillas. Con decirle lo de la amiga habría sido suficiente, se deduciría el resto.

Pufff.

—¿Entonces alguien a quien no quieras ver?

Menos mal que lo ha pillado mal.

Ella levantó la mano y la movió.

—Nadie en concreto tampoco.

Y lo vio sorprendido, quizás estaba convencido de que pondría a parir a algún ex.

Y si quieres saber más, vas a tener que ser más claro si te atreves.

Contuvo la sonrisa a tiempo de que no se notase y volvió a morder el pan.

—¿No dejaste ninguna relación atrás?

Ahí lo tienes.

—Sí.

No quería mirar su reacción, no quería darle importancia, pero no fue posible. Lo tuvo que mirar.

Antes no estaba sorprendido, estaba desconcertado. Sorprendido estaba ahora.

—¿Por venirte a Madrid? —Más sorprendido que todas las veces anteriores.

Ella asintió con la cabeza.

—¿No había otro motivo?

Volvió a morder el pan y respondió que no con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué? —Ángel ni siquiera había empezado a comer. Si ella se la estaba comiendo fría, él se la comería ya dura.

María se tomó tiempo para tragar. Y luego le dio un sorbo al café.

—Yo tenía claro que tenía que venir a Madrid. Unas mañanas me levantaba segura de que aun así quería seguir adelante con él y otras dudaba. —Cogió una servilleta y se limpió la mano, no pensaba seguir comiendo, el pan frío era un tanto desagradable—. Hasta que un día me di cuenta de que no debería haber dudado ni una sola vez. No era él.

Ángel alzó las cejas con la última frase. Luego cogió su tostada al fin.

Tiene que estar el pan para pegarlo en la pared.

—¿Y aquí? Sé que en los campus convivís muchos alumnos de todas partes.

María arrugó la nariz y lo vio contener la sonrisa.

—Hubo uno hace un mes aproximadamente. —Volvió a arrugar la nariz—. Acababa de tener una ruptura espantosa según él y se estaba recuperando. Y yo no estoy ahora mismo para aguantar pamplinas ni ser el paño de lágrimas de nadie.

Esa vez Ángel no pudo aguantar la risa.

—Y una semana antes del incidente me llamó la atención un chico de otro bloque de apartamentos.

Y a Ángel también le llamó la atención.

—¿Y ese qué problema tenía?

Que apareciste tú y perdí todo interés en los demás.

—Ni siquiera llegué a averiguarlo. —Miró la tostada que Ángel había dejado en el plato—. ¿Vas a seguir comiéndote eso?

—No. —Fue tan rotundo que tuvo que reír—. ¿Nos vamos?

Se pusieron en pie y María se lio la bufanda, comprobando que no se la hubiese manchado de maquillaje. Llevaba el mejor que tenía, pero no se fiaba de aquellas telas claras, bonitas pero demasiado sucias.

Ángel dejó el dinero junto a la cuenta que había dejado la camarera.

—Gracias —le dijo ella.

—No me las des, voy a cobrármelo ahora tienda por tienda, buscando el dichoso disfraz.

Sintió su mano en la espalda empujándola levemente para que avanzase.

—¿Dónde vamos? —preguntó él.

Como no retires la mano de ahí, bloque seis, primero derecha.

Se detuvo y miró a Ángel, estaba más cerca que las otras veces y su brazo izquierdo seguía tras ella. Al girarse levemente hacia él lo sintió más aún. Por un instante se le dispararon ciertos pensamientos.

Ya me estoy dispersando.

Contuvo la respiración.

—A un centro comercial no —respondió.

—¿No? —Volvió a hacerle presión en la espalda para que avanzase y se inclinó en su hombro—. No va a pasar más. Y si pasara, esta vez no vas a tener que tocar el claxon.

María se metió los labios entre los dientes para no reír. No sabía si podía ser por las radiografías que le estaban haciendo últimamente a Ángel, pero cada vez que la tocaba le desprendía tremenda corriente eléctrica que se abría a espigas en el pecho y hacía que resonasen las campanas.

Y no sabía hasta qué punto aquello iba a ser bueno. Aún no sabía si estaba sola en eso. Bajó la mirada.

—¿Te da miedo de verdad? —Lo oyó preguntar.

Mucho.

No estaba en el momento indicado para un malestar de aquel tipo, ni mucho menos para recuperarse después de no estar recuperada de nada más. Lo de aquella relación acabada en Valencia lo llevó bien, estaba tan convencida de que hacía lo correcto que se mantuvo cada día hasta que el malestar pasó. Y ni siquiera fue mucho tiempo.

Pero aquel nuevo joven que cada vez le era más familiar le estaba fascinando. Y o lo paraba ahora o se arriesgaba a lo peor.

Sintió que le apartaba el brazo de la espalda y hasta el frío se agudizó en todo su cuerpo.

—¿Qué estabas haciendo cuando pasó? —Volvió a sentirla al querer desviarla del camino hacia otra calle.

—Comprando un CD para Marta —dijo alzando la vista al frente—. Estaba en la cola de la caja valorando si comprar un reno de peluche de ojos saltones. —Bajó la cabeza para sonreír.

Y no tenía ni idea de lo que me esperaba.

Comprar o no un reno, algo sencillo y parecía un tremendo problema. Miró de reojo a Ángel. Quizá aquello también era sencillo y parecía un problema. Si se estaba recuperando de la pérdida de su madre, cómo no se recuperaría de un rechazo, un distanciamiento, una pérdida de interés o de ser consciente de que nunca estuvo interesado. Seguramente era tan sencillo como comprar un reno.

Aspiró aire por la boca y lo soltó. Fue consciente de que se le había cogido un pequeño pellizco en el pecho.

—Podemos pararnos a comprar lo que necesites, yo no tengo prisa.

Pero en el pellizco se cruzaba la corriente que encendía las espigas y le daba pequeños calambres, todos a la vez se encendían y se apagaban. Una sensación placentera que no solía irse si él andaba cerca.

Y aún más si de vez en cuando le apoyaba el brazo en la espalda con aquella suavidad.

—Lo compré todo por internet. —Se mordió el labio inferior.

Ángel negó con la cabeza.

Le agarró de la mano y tiró de ella para que se desviase con él hacia un pasaje. Aún no conocía la ciudad lo suficiente. Pero él era de allí, así que no tenía ni que preguntar hacia dónde iban.

—¿Y tú? No te vas a librar. —Lo miró de reojo—. Yo te he contado mi bochornosa y reciente vida sentimental.

Y sexual.

—Soy todo oídos —añadió y lo vio reír.

—Lo mío se resume en… ¿reciente, me has dicho? —Empezó a reír y ella lo empujó.

—Los fantasmas los dejé en Halloween, ahora estamos en navidad. —Aunque no creyó que

él fantaseara mucho, solo había que verlo para deducir que le sobrarían mujeres a cada paso—. Abrevia con lo únicamente relevante.

Él volvió a reír.

—Una relación de dos años y medio que se acabó este verano. Poco después de lo de Eva. Ella le echó la culpa a la situación, pero la verdad es que… —Se inclinó hacia su hombro—. Había veces que yo también dudaba. Y no debería de haber dudado ninguna vez. Al menos hoy he entendido que hice lo correcto y que no soy ningún villano.

¿Tú? ¿Un villano?

—Ella no pierde el contacto conmigo, me ha llamado siempre de vez en cuando. Y cuando lo del brazo han aumentado esas llamadas. Incluso estuvo en mi casa la pasada semana.

Las ex siempre vuelven en el momento oportuno, parece que lo huelen.

—Pues lo siento —le dijo. Y no sabía realmente por qué tenía que sentir nada.

Quizá era más por ella que por él. Se imaginaba la frustración de la chica. Si él no tenía alguna tara bien escondida, era un pedazo de novio con el que soñar casarse directamente y dejarse hacer tropecientos hijos.

Y todos mis bucles mentales me llevan al mismo sitio. Estoy fatal. Parezco una desesperada.

Se detuvo al encontrarse frente a un centro comercial de paredes de cristal.

—Vamos —le dijo él.

María resopló. Pero Ángel le cogió la mano de nuevo para acceder al interior.

No tendría que volver a tocar el claxon. Él llevaba razón.

8

Después del escueto desayuno habían tenido que parar a comer antes de lo previsto. Pero ya lo tenían todo comprado, solo faltaban las botas y los guantes.

Estaban en una cola enorme, como en las otras tiendas donde habían parado, que eran varias. Ángel no solo andaba buscando el disfraz, también calcetines para su padre, pantalones para su sobrina y unas zapatillas para su hermano. Además había encontrado el regalo de navidad de su padre.

—Se me olvidaba —Ángel resopló metiéndose la mano en el bolsillo para sacar su móvil. Lo vio desbloquearlo y buscar en él.

Le enseñó la pantalla. Había en él la foto de un niño disfrazado de reno.

—Mi hermano me ha pedido que compre las correas, las campanas y los cascabeles. —Ángel pasó la foto y apareció otra de una especie de arnés con cuatro arandelas, estaba comprobando que alguien en la clase del chiquillo ya lo había hecho—. Y ya lo hará él cuando pueda.

Madre mía.

Ángel volvió a pasar la foto y salió otro arnés. Y un tercero y cuarto. María sonrió al ver que Ángel seguía pasando fotos y salieron algunos más.

—Esto es como cuando se acerca un examen y algunos compañeros van por la tercera vuelta y tú no has pasado del punto cinco —dijo y él rio.

—Algo así, sí.

La pantalla se puso oscura y enseguida apareció un nombre con el correspondiente sonido de llamada.

Hermano Esteban.

María se giró hacia la cola para dejarlo hablar sin que ella estuviese a unos centímetros, escuchándolo todo.

—¿Sabes que todavía llevo el brazo en un cabestrillo? —Ángel se acercó a ella de nuevo, podía escuchar a alguien hablando al otro lado, pero no distinguía las palabras—. Pero cómo voy a decirle… no… sí claro, me debes una grande. De todos modos, no sé si me dará tiempo, ¿qué hora es? —decía él cogiéndole la muñeca como si ella llevase un reloj. Luego buscó con la mirada en la pared. María abrió su bolso y cogió el móvil para enseñárselo—. Pues tengo que salir ya. No, aún no he acabado, pero no estoy lejos. Te veo luego, un beso.

Se guardó el móvil en el bolsillo.

Tiene que irse.

La mañana le había volado, y no quería que acabase tan pronto. Ángel se puso frente a ella con las cejas alzadas y algo fruncidas.

—A ver cómo te digo esto…

—Tienes que irte de inmediato —rio ella.

—Tenemos que irnos, más bien —respondió él—. No era el plan, pero mi hermano va a retrasarse y me ha pedido que recoja a los niños, ¿te importa?

Cómo iba a importarle aquel «tenemos que irnos», en plural, le había resucitado el pecho.

—Últimamente no me pide este tipo de favores. —Ángel bajó la cabeza para mirar su cabestrillo—. Pero sabía que no estaba solo. Puedes pensar que tenemos la cara más dura que una piedra —añadió y ella rio—, y lo apoyo, yo pensaría lo mismo. Estoy a punto de meterte en el Mordor de los mocos y los virus estomacales. Yo llevo dos desde septiembre.

La risa de María aumentó. Ya era su turno en la caja, lo dejó adelantarse y se quedó apartada con el resto de bolsas.

Dio unos pasos más para alejarse y lo miró a media distancia. Le resultaba curioso cómo la cantidad de circunstancias extraordinarias que podía tener alrededor aquel chico, ninguna positiva desde luego, a ella no le hiciese dudar un ápice con la idea de echar a correr, a pesar de que ella misma ni siquiera había podido superar aún las suyas.

Quizá la respuesta estaba en lo que él en concreto le transmitía. Incluso cerrando los ojos y sin poder ver la envoltura atrayente que Ángel llevaba consigo, no quería alejarse de él un ápice. Con todas las consecuencias por dentro y por fuera que pudiese conllevar.

Intentar protegerse de él era absurdo, ya no valían las armaduras, Ángel le había calado por dentro, no existía defensa para eso.

Él ya había acabado y se acercaba a ella. No había sido consciente de que lo tenía de nuevo delante hasta que su olor penetró por sus orificios nasales. Alzó la vista para mirarlo, estaba tan cerca que podía apreciarle aquel lunar diminuto y negro que parecía flotar a media agua en uno de sus ojos.

Sonrió, quizás aquella casi inapreciable tara era la razón por la que se le había descartado en el Olimpo y estaba allí abajo entre ellos. Sus pensamientos se dispersaron de nuevo, era imposible que no se le disparasen con tremendo hombre delante.

—¿Nos vamos? —dijo él.

Bloque seis, primero derecha.

Hizo un esfuerzo para no reír.

—Destino Mordor —respondió ella y lo vio inclinarse hacia delante para reír.

9

La guardería de Emma era una casita adosada con la fachada pintada de colores y con dibujos de muñecos de ojos enormes. En el porche había muchos carros en fila, como si fuese un supermercado.

Ángel tiró de uno de ellos de color azul. Era una silla de paseo con dos asas curvas, enseguida la sala se desvió en su trayecto. Ahora entendía cómo no podía recogerla solo, con una mano no podía dirigir aquello.

—Espera un segundo —le dijo al colocar la silla junto a ella.

Unos escalones accedían a la casa, que tenía la puerta abierta. En el interior había un pasillo blanco con más dibujos y carteles de colores. Podía ver a alguna cuidadora con bata amarilla y a dos mujeres y un hombre, supuso que serían padres recogiendo a otros niños.

Apartó la mirada y miró el carro, acercó la mano hacia una de las empuñaduras y se mordió el labio inferior. Ella era la más joven de la familia, hija única, no tenía ni idea de carros ni niños. Ni siquiera sabía qué era eso de pelo que colgaba de la silla hasta el suelo.

Miró el resto de carros, todas eran sillas similares, de distintos colores. Entonces su mirada acudió al único carro que era diferente. Por el tamaño de la especie de huevo que llevaba, supuso que era de niños más pequeños. Pero ese carro, en concreto, no tenía dos agarres, sino una barra de extremo a extremo. Como un carro de súper.

Enseguida tuvo que girarse, Ángel ya salía.

Tuvo que bajar la vista, le había dicho que era pequeña, pero no se imaginaba que pequeña era tan… pequeña. Apenas le llegaba al comienzo del muslo.

Tenía el pelo fino y de un color dorado y brillante que se enroscaba alrededor de su cabeza y en una pequeña cola arriba.

Qué cosa más mona, por Dios.

Ángel esperó con paciencia escalón por escalón a que ella bajase mientras se agarraba a su mano. Cuando llegaron hasta ella, él se acuclilló en el suelo y María lo imitó enseguida, una especie de acto reflejo.

—María, ella es Emma —dijo él sonriendo, luego miró a la niña—. Emma, ella es una amiga, se llama María.

La sonrisa de María se amplió cuando la niña la miró al escuchar el nombre.

—Encantada, Emma.

Pero Emma enseguida dirigió el brazo señalando para la guardería. Parecía que decía algo parecido a María y tiraba de Ángel para dentro. Él empezó a reír.

—Han hecho un belén con muñecos, lo tienen al fondo del pasillo. Será por el María, supongo. —Ángel se puso en pie y le acercó la mano de la niña a ella—. Espera aquí un momento, que tienen que decirme no sé qué.

Rio al verlo resoplar. Emma lo llamó en cuanto lo vio alejarse pasillo adentro de nuevo, pero al ver que su tío no se detuvo, miró a María y dijo algo que no pudo entender.

—Ven, ¿quieres subir al carro? —Ni siquiera sabía cómo se le hablaba a un niño.

La niña le apretó con los deditos en los suyos y dio unos pasos, pero se detuvo enseguida y abrió la boca guiñando los ojos. Su pequeño cuerpo basculó mientras daba un estornudo enorme. María enseguida se inclinó para agarrarla.

Dos segundos y casi se me cae.

Miró enseguida comprobando si estaba bien, mientras notaba la cara endurecida por el susto.

—Triste no —se apresuró a decir la niña y se le entendió demasiado bien, mientras le ponía un dedo en los labios.

María tuvo que reír. Una diminuta criatura había decidido la reacción de su cara al susto. De los pequeños agujeros salían dos velas de mocos. Enseguida se llevó la mano al bolso y sacó un pañuelo.

—¿Sabes sonarte? —Llevó al pañuelo hasta la nariz, era tan solo una pequeña prominencia bajo el pañuelo. No se atrevió a presionarle mucho, así que con el casi inapreciable soplido de nariz de la niña, los mocos aún se extendieron más.

Madre mía.

Enseguida le limpió como pudo. La niña parecía estar acostumbrada, porque había levantado la barbilla facilitándole el trabajo y se había quedado inmóvil mientras la limpiaba.

Retiró el pañuelo de papel comprobando que no quedaban restos.

Pues no era tan complicado.

Volvió a agarrar la mano de Emma y la llevó hasta la silla. La levantó con cuidado por las axilas hasta sentarla, era un auténtico peso pluma.

Tengo que ser un show*, se nota a leguas que no tengo ni idea. Si las cuidadoras están mirando, se tienen que estar partiendo el culo a mi costa.*

No quería ni mirar hacia el interior. Ángel seguía al principio del pasillo. Miró las tres correas, sobresalían por unas aberturas de aquella especie de funda de pelo. Pudo ver que entre los extremos de las tres formaban un círculo de plástico. Solo tuvo que unir dos y meterla en el de en medio.

—Listo —dijo y Emma rio como si la hubiese entendido.

María le echó media sonrisa, seguía acuclillada en el suelo frente al carro.

—¿Me enseñas tus zapatos? —le preguntó a la niña. No le habían podido comprar aún las botas y tenía a un par de profesores con gripe. Cerca del campus estaba la calle de tiendas en la

que le compró los regalos a Ángel. Allí había varias zapaterías, le daría tiempo de buscarlas entre clases.

La niña levantó la pierna y el pie, María tuvo que retirarse para mirar la suela.

Entre una tremenda mezcla de trozos de cosas de colores blandas y pegajosas, había unas letras. Sujetó el talón de la niña y se inclinó para mirarlo bien.

—¿Este número existe? —susurró riendo.

Vio que Emma se había dejado caer hacia atrás y entonces pudo ver la función de aquel trozo de tela que colgaba. La cogió para verle la forma.

—¿Ir por la calle dentro de un saco térmico relleno de pelo? Qué fantasía —dijo y miró a la niña mientras llevaba las manos a uno de sus zapatos. Tiró de los velcros y se los sacó, primero uno y luego otro. Cerró la cremallera del saco y Emma quedó completamente envuelta como una oruga—. Pero fantasía.

También lo sería para la niña, vio que su expresión cambió de inmediato a una modo sueño. La miró un instante mientras la pequeña se acomodaba.

Un abismo entre las dos y sin embargo tenían algo en común. La tirantez en la garganta y el calor en los ojos fueron inmediatos. En Emma además aumentaba cierta sensación de vulnerabilidad. Eran tan solo una bebé.

Tragó saliva.

Colocó bien la parte superior del saco para que uno de los filos no le rozase el cuello. Enseguida se giró, Ángel estaba ya con ellas. María se puso en pie con los zapatos de la niña en una mano mientras él seguía mirando el saco cerrado y a Emma dispuesta a dormirse una siesta.

—¿Dónde los pones? —preguntó y él enseguida dirigió los ojos hacia su mano. El desconcierto era evidente.

Vamos, que no se los quita nunca.

Ella los alzó para que viese las suelas llenas de plastilina y trozos de papeles. Él le cogió los zapatos de la mano.

—Somos tres hombres, no nos pidas… —dijo él inclinándose para ponerlos en la red de debajo de la silla mientras ella reía.

Emma volvió a estornudar y unas nuevas velas de mocos le llegaron hasta el labio. María se apresuró a sacar otro pañuelo y se lo dio a Ángel. Él no parecía tener ningún reparo en estrujarle la nariz al limpiarla. Era efectivo, lo corroboró en cuanto retiró el pañuelo y la nariz de la niña acabó completamente limpia, pero algo sonrojada.

Es que vienen brutos de serie.

Lo vio tirar el pañuelo en una papelera y ella le alargó el que mantenía en la mano para que lo tirase también. Al cogerlo él entendió que María ya había comprobado las lindezas del paraíso de los mocos. Y tampoco había sido para tanto.

Tuvo que contener la sonrisa mientras giraba la silla para atravesar la cancela de la casa.

—¿Entonces no podemos contar contigo? —Giró la cabeza al escucharlo.

Era una mujer vestida con una bata verde y la acompañaba otra con una bata amarilla algo más joven.

María miró a Ángel de reojo.

—Ya me veis, no puedo recortar ni colorear ni pegar.

Uy, quiere escaquearse de algo.

No tenía ni idea de qué podrían estar hablando. Pero le divirtió verlo intentar rehuir.

—Pero seguro que puedes hacer otras cosas —dijo ella y él le lanzó una mirada que hubiese podido atravesarla en la cancela.

—Es lo que le estamos diciendo. —La mujer de la bata verde bajó los dos primeros escalones —. Son fechas malas y pocos padres o abuelos tienen tiempo. Será solo media mañana.

María entornó los ojos.

—Y tú las tienes todas libres —sonrió al ver que él estaba inmóvil buscando alguna otra excusa.

Pero Ángel se inclinó hacia ella.

—¿Cuáles tienes tú libres? Seguro que eres de más ayuda que yo.

La mejor defensa es un ataque. Eso siempre funciona.

—Pues estáis invitados los dos. —La mujer sonreía satisfecha—. El viernes podéis estar aquí sobre las diez.

Los dos se miraron de reojo. La mujer se despidió y regresaron dentro. María empujó la silla fuera de la casa.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —le dijo él y ella contuvo la sonrisa.

—Venga ya, no será para tanto —respondió ella y la expresión de él fue muy representativa de lo que suponía una decoración temática infantil—. Además, no sé si podré venir el viernes.

Volvió a mirarlo con el rabillo del ojo, esa vez no pudo retener la risa.

—¿Encima vas a dejarme solo? —Se giró un instante para mirar hacia la guardería—. No volveré a dirigirte la palabra.

—Entonces tendré que venir.

Lo vio girar la cabeza hacia ella.

—No iba a dejar de hablarte por eso.

—Y yo iba a venir de todos modos. —Ahora fue ella la que se giró para mirar tras de sí la guardería. Estaba ya lejos—. Esa mujer tiene que estar desesperada para aceptar mi ayuda, que no me conoce de nada.

—A mí sí me conoce y cree que eres… no sé lo que cree. Pero no una desconocida precisamente.

Ella bajó los ojos para mirar las ruedas del carro, había un escalón en la acera y Ángel la ayudó con su mano izquierda para subirlo. Se asomó para comprobar que Emma estaba dormida.

—¿No soy una desconocida?

La calle seguía adelante, no sabía qué dirección tomarían, y no pensaba preguntar. Le daba exactamente igual a dónde ir. Atravesaría Madrid y no le parecería suficiente.

—Estás empujando el carro de mi sobrina mientras ella duerme —respondió—. Yo no permitiría que un desconocido lo hiciese. Y mi hermano menos.

—Pero él sí que no me conoce.

Ángel sonrió desviando su mirada hacia un lado. Y le gustó aquel gesto. Las campanas le sobrevinieron hasta la garganta.

—Solo soy la chica del *parking* —añadió ella y la sonrisa de él se amplió.

Él volvió a mirarla a ella.

—La chica del *parking* tiene ahora muchos matices —dijo Ángel y ella lo miró de reojo sintiendo que algo en sus mejillas se venía arriba.

La calle acabó y se detuvieron en un semáforo.

—El colegio y la guardería están lejos de casa, mi hermano vivía aquí. Hay un colegio a dos calles de casa y una guardería a dos esquinas, pero fue todo tan rápido que no dio tiempo de nada. El próximo curso supongo que los cambiará.

María volvió a asomarse para comprobar que la niña seguía dormida.

—¿Cómo lo llevan ellos?

Ángel se encogió de hombros.

—A Emma se le explica, pero no lo entiende, piensa que ella ha ido a alguna parte y pregunta otra vez a los pocos días. Mateo entiende más y sabe que ella no va a volver, y a ratos llora. Me preocupa mi hermano.

Ella giró la cabeza levemente para mirarlo. Ángel había bajado la cabeza.

—Está fatal. —No levantaba la cabeza —. Y no sé qué hacer para ayudarlo.

María se detuvo en cuanto vio que Ángel se llevaba una mano a la sien. Lo tenía delante y acababa de girarse hacia el otro lado. El primer arrebato era ponerle la mano en el único hombro que podía, apretarlo, abrazarlo, decirle que lo sentía.

Pero aun con muchos matices ella era todavía la chica del *parking*.

Acercó la mano a la de él y se la agarró.

—Ya lo estás haciendo. —Le apretó la mano mientras la otra se la llevaba hacia la mejilla de Ángel—. Escúchame. —Colocó la palma entera en su mejilla para que levantase la cara y la mirase—. Aunque ahora parezca que todo lo que hagas es para nada, él sabe bien que estás ahí con él. Solo necesita tiempo.

Con aquel brillo en los iris, el punto negro parecía ir moviéndose como si realmente estuviese

flotando. Ángel entreabrió la boca y aspiró por ella. María dejó caer la mano de su cara y retiró la otra con la que lo agarraba. No quería darle más drama a la situación y que él acabase llorando. Aunque estaba comprobando que su héroe solo tenía la armadura de piedra. El resto estaba repleto de plumas.

Fue ella la primera en avanzar.

—Lo siento —dijo él y ella no le respondió. Ignorar aquel momento de caída, quitarle importancia, era lo mejor que podía hacer por él.

Y guardó silencio hasta que él quiso retornar la conversación. Esa vez le estuvo contando otras dos rupturas que tuvo, una de ellas en sus inicios en la unidad.

Cuando fue consciente habían llegado al colegio, la puerta estaba abarrotada de gente esperando.

—Espera aquí un momento —le dijo alejándose de ellas para meterse entre la gente.

Emma seguía dormida, a ella el camino se le habría hecho tan corto como a la propia María. Sonrió sin dejar de mirarla. Solo conocía a una pequeña porción de la familia, pero todos desprendían un sentimiento similar. Uno que le estaba gustando.

Emma se movió para ponerse más de lado y su cuello quedó al aire. María se inclinó para intentar estirar el saco, pero no había manera, no llegaba tan alto. Se quitó la bufanda y la entremetió bajo la tela, formando un borde que le cubría el cuello y la barbilla hasta los labios.

A mí entre unos y otros me vais a dejar a trozos.

Se puso en pie y alzó la mirada para ver que Ángel traía a un chico enganchado en su cadera izquierda.

Madre mía.

Literalmente enganchado entre el muslo, la cadera y parte del tronco. Un señor mayor lo detuvo y el chico se bajó dando un salto. Apuntaba maneras y la agilidad superlativa de otro futuro héroe.

El chico era delgado, con el pelo castaño ondulado y llevaba una sudadera color mostaza sobresaliendo del cuello del babi.

Mientras Ángel hablaba con el señor, se le acercaron otra señora y dos mujeres. El niño volvió a saltar encaramándose a su tío como si de un árbol se tratase. Y se bajó y se subió unas tres veces hasta que Ángel pareció terminar con el grupo y se acercaba a ella.

Y tanto que apunta maneras.

Contuvo la sonrisa.

—¡Mateo! —Aquella forma de llamarlo, aunque lo tuviese en el suelo tras la espalda, era señal de que lo normal era que el niño ya hubiese estado a varios metros. Ángel se giró mientras que María seguía conteniendo la risa—. Ven, te voy a presentar a una amiga.

—¿Es guapa? —Lo oyó preguntar.

Ya no podía contenerse, rio negando con la cabeza. Se inclinó en el suelo, tal y como lo hizo con Emma, aunque esa vez Ángel se mantuviese en pie. Supuso que con Mateo corría el peligro de que se subiese a él.

—¡Qué guapa! —dijo el niño.

—Vaya, gracias —respondió ella sin dejar de reír.

Es un viejo con babi de escuela infantil.

—Se llama María.

Ella sonrió al niño.

—Encantada. —No esperaba que el chico se acercase y le plantase un beso en la mejilla, además dado con conciencia.

Miró a Ángel, este reía. Ella se puso en pie.

—Lo de esta generación es… fuera de lo común —dijo María entornando los ojos hacia el niño.

El niño se asomó y vio a Emma dormida, se inclinó para darle un beso de todos modos. Ella agarró el carro de nuevo y avanzó en cuanto vio a Ángel dar unos pasos. Vio curiosidad en algunas familias de alrededor. Supuso que allí todo el mundo era conocedor del drama, y quizá no estaban acostumbrados a ver una mujer con ellos que no fuese Emma.

Bajó la barbilla, las miradas siempre le produjeron cierta tensión. Vio que Ángel miraba a su sobrina, luego dirigió la mirada hacia el cuello de María. Mateo echó a correr calle adelante hasta unos barrotes en un pequeño parque rodeado por una valla.

—No me vayas a malinterpretar —comenzó él—, no pienses que lo que voy a decir es un pensamiento machista ni nada parecido. —Bajó los ojos hacia Emma—. Pero las mujeres tenéis cierta intuición especial que por mucho que lo intentemos… —Encogió la nariz y negó con la cabeza—. Yo tardé mucho más en averiguar cómo se abrochaba el saco y al final lo tuvo que cerrar una madre de la guardería.

María frunció el ceño riendo.

—No sé si serán las hormonas o el instinto maternal, pero ya lo quisiera para mí algunas veces —añadió él. Enseguida se dirigió hacia el parque—. ¡Mateo! —gritó. Miró a María—. Todo el barrio debe conocer el nombre del niño a estas alturas —dijo antes de echar a correr hacia el parque.

Lo traía de vuelta de la mano.

—Siempre me dejas jugar un rato —protestaba el niño.

—Pero hoy tenemos prisa —respondía él soltándolo junto al carro para que se agarrase a la barra lateral.

—No te esperaba hoy —dijo el niño mirando de nuevo hacia el pequeño parque, ahora ya con más niños y padres entrando—. Papá ha dicho esta mañana que te habías ido con la chica

que te gusta y que no sabía cuándo volverías.

¿Cómo?

—Mateo. —Ángel había entornado los ojos—. Vete al parque, ¿vale? Pero solo cinco minutos.

María apretó los dientes asegurándose de no mover ni un ápice los músculos de su cara.

¿Cómo era eso de los borrachos y los niños…?

Ángel se metió la mano en el bolsillo y desvió la cabeza hacia otro lado.

Silencio incómodo donde los haya.

Fue una suerte que un hombre y dos mujeres se detuviesen con él, también quizá para preguntarle por el hombro. Pero no el tiempo suficiente, no tardaron en quedarse solos de nuevo.

—¡Mateo! —No habían pasado los cinco minutos—. Vamos.

Ángel se acercó a la portezuela del parque. Lo vio inclinarse en el suelo y rodear con un brazo al niño mientras le hablaba al oído.

Ahora le estará diciendo que no meta más la pata.

El niño lo miró y respondió algo que hizo que su tío inclinase la cabeza y se tapara la cara con la mano para reír. Ángel volvió a hablarle al oído y la sonrisa del niño se amplió.

Ángel se puso en pie con el niño en brazos, sujeto por el único brazo que podía. María negó con la cabeza.

—Vamos, queda camino.

El camino fue menos tenso de lo que esperaba. El niño comenzó a contar cosas que habían pasado en el colegio y poco a poco vio que el bochorno se iba disipando en Ángel.

Y a mí me ha resuelto el enigma.

Contuvo la respiración, pero no pudo contener la sonrisa.

Llegaron hasta un bloque de ladrillo visto de unas tres plantas que había tras unos jardines vallados.

—Llegamos. —Lo oyó decir mientras ella miraba el número de portal.

Aquí es.

Ángel se giró para mirar hacia un aparcamiento lateral.

—Y ahí está papá. —Dejó a Mateo en el suelo y el niño echó a correr hacia una furgoneta blanca que estaba terminando de aparcar en una esquina.

El hermano de Ángel no era tan corpulento como él, y por lo que podía ver no tenían mucho parecido. Esteban tenía el pelo más oscuro y llevaba barba algo crecida, no sabía si intencionada o no.

Había cogido a Mateo en brazos y se acercaba a ellos. Más cerca pudo comprobar que sus ojos eran oscuros, y no solo por el color. A pesar de estar sonriéndole a lo que fuera que le estuviese diciendo el niño, bajo los ojos podía ver cierto surco de color violáceo.

Solo sería unos pocos años más mayor que Ángel, y a pesar de su estado, no era un joven mal parecido. O al menos no lo habría sido en circunstancias óptimas.

Mateo se parecía mucho a él. En cuanto llegó a ellos le dio una palmada en el hombro bueno a su hermano y se giró hacia ella.

—Tú eres María —le dijo y ella sonrió—. Yo soy Esteban, encantado.

Dejó a Mateo en el suelo y enseguida se inclinó hacia ella para besarla en las mejillas. Luego juntó sus manos bajo la barbilla.

—Gracias —le dijo y ella negó con la cabeza quitándole importancia—, hoy me era imposible llegar.

Miró a Emma y vio que estaba dormida. Ángel le explicó lo que llevaba en las bolsas que estaban colgadas en el carro y le pidió que guardase el regalo de su padre en el armario. Pero lo vio sacar una bolsa del interior de una bolsa más grande antes de que su hermano se las llevase.

—Ya no os entretengo más —dijo Esteban—. Me los llevo para arriba. —Se giró para mirar a su hermano—. Te veo a la noche. —Luego la miró a ella—. Y gracias una vez más.

—No ha sido nada. —Miró a Emma y sonrió.

El chico se dio media vuelta y se dirigió hacia el portal. Quedó sola con Ángel de nuevo. Él alzó la bolsa hacia ella.

—Esto es para ti —le dijo.

Esto sí que no me lo esperaba.

—No era necesario… —Notó el calor en las mejillas.

—Ya, claro, ¿pensabas que ibas a ser la única que se sentiría mejor haciendo esto? —la cortó él con ironía y ella rio.

María cogió la bolsa y la abrió. Entreabrió los labios.

No puede ser.

El reno de ojos saltones de la tienda de discos. Si se lo había dicho aquella mañana y llevaban todo el día juntos.

—¿Era ese? —preguntó él.

Pero las cuerdas vocales no le funcionaban, así que asintió con la cabeza mientras pegaba la lengua al paladar. Lo de la garganta fue una maldad, tuvo que tragar saliva para suavizarla.

Los ojos saltones del reno se emborronaron en su vista y estaban a punto de desbordarse por los dos lados. Ángel le sujetó la barbilla enseguida.

—No, no —le dijo inclinándose para mirarle los ojos—. No me hagas arrepentirme.

Ella negó con la cabeza intentando contener las lágrimas.

—Muchas gracias —dijo poniendo la palma de la mano en la parte redonda y pesada del muñeco para que quedase sentado sobre ella—. ¿Cuándo lo has comprado? Es imposible que no me haya dado cuenta. —Entornó los ojos y al hacerlo una lágrima le desbordó por el rabillo.

Sintió el dedo pulgar de Ángel frenarla de inmediato.

—Mientras buscabas las medias con la chica de una de las tiendas —sonrió.

Ella frunció el ceño mirando el jersey de punto y cuello vuelto que llevaba el reno.

—Pero fueron unos minutos, ¿te teletransportas? —le dijo y Ángel rio.

—Habilidades extraordinarias. —Alzó el móvil—. Compra y recoge en tienda.

Ni siquiera se había dado cuenta de que él había salido de la tienda.

—En el otro centro solo había una tienda de discos, y por suerte es una cadena numerosa en otros centros comerciales. Más difícil ha sido acertar con el reno, dado que la foto en la web no era muy intuitiva.

María inclinó el cuerpo para reír.

—Pues has acertado —sonrió—. Y me encanta.

Y tú también.

Siguió con la mirada la línea de su nariz y bajó hasta los labios mientras los pensamientos se encadenaban en su cabeza. Contuvo la respiración. La atracción que le producía Ángel tenía la capacidad de recorrerla por completo.

—¿Qué? —preguntó él.

Ya es que hasta se me tiene que notar.

El calor en las mejillas era real, y eran las consecuencias de preguntarse sobre las habilidades íntimas del hombre que tenía delante. Quizá el saber que ahora existía la posibilidad había disparado aún más sus pensamientos y su curiosidad. Y todavía más sus ansias.

Y sus gestos, su sonrisa, sus palabras, el reno, y su forma de tocarla tampoco ayudaban a calmarla.

Ángel inclinó la cabeza hacia delante y se formaron los pliegues en su frente, esperando lo que fuese que tuviese que decirle.

Portal seis, primero derecha.

Tuvo que entreabrir la boca para espirar.

Lo que no puedo es prometerte nada sobre cómo acabaría tu hombro.

Apartó enseguida la mirada de él y detuvo los pensamientos. Pero era complicado, estos le gustaban, podía sentirlos tremendamente reales.

Bajó la barbilla y pegó el reno a su cuerpo. Aquello pasaba, despacio, pero pasaba. Volvió a aspirar por la boca.

No me he visto nunca así, qué vergüenza. Parezco nueva.

O realmente era nueva y no se había visto en una igual. Quizá porque tampoco había tenido a un hombre así delante, este desbordaba hormonas masculinas aunque tuviese un brazo sobre un cabestrillo, no quería ni imaginarlo estando al pleno de sus capacidades.

—¿Vamos a merendar? —dijo Ángel y ella intentó concentrarse en sus palabras—. Después

de tropecientos kilómetros andando, creo que nos merecemos un chocolate caliente como poco, ¿no? —añadió él y ella asintió intentando sonreír.

¿Más calor para el cuerpo todavía?

—Por aquí cerca saben hacerlo de los de verdad.

Tiró de ella para que lo siguiese. Guardó el reno en la bolsa. Lo colocaría junto a las campanas, la del pecho y las que a veces estaban mucho más abajo del pecho. Y que cuando se combinaban eran una auténtica bomba que la haría salir ardiendo en cualquier momento.

Esperaba que cuando eso pasase, Ángel, por su bien, no estuviese cerca.

10

Abrió la puerta de casa. Esteban ya había regresado de su turno de tarde y salía de la cocina. Su padre ya tenía puesta la bata de cuadros marrones y estaba en el sofá frente a la tele, aunque parecía estar más pendiente de su móvil.

Mateo estaba a un lado del salón, en una pequeña alfombra, jugando a hacer torres con bloques de colores. Emma estaba alrededor de su hermano.

Esteban se giró para mirarlo.

—¿Ya estás aquí? —preguntó.

—Claro. —Soltó el chaquetón en el perchero de la entrada. Esteban miraba la hora.

—¿Por qué?

—Porque está de exámenes y no quiero distraerla. Bastante ha hecho ya hoy. —Se dirigió hacia el salón.

Emma pasó por delante de él, llevaba una bufanda de algodón color marfil puesta, le arrastraba por el suelo. Ángel entornó los ojos mientras la niña se ponía delante del espejo alargado de la entrada y se cruzaba la bufanda en el cuello.

—¿Esa es la bufanda de María? —preguntó.

—Yo solo sé que ha venido con ella —respondió Esteban—. No se la ha quitado en toda la tarde, dice que huele muy bien.

Ángel negó con la cabeza viendo cómo la niña se miraba en el espejo cambiándose el cruce de bufanda. Se agachó para que le diese un beso.

—La va a manchar o estropear. Y tengo que devolvérsela.

Esteban pasó por delante de él hacia el salón.

—Quítasela tú si puedes. Y suerte.

—Ven, Emma —la llamó para que fuese al salón.

Tenía los pies fríos de la calle. A su padre le gustaba poner un radiador bajo la mesa, la tela gruesa que cubría la mesa ardía. Le dio un beso a Mateo y se sentó a un lado para no interponerse entre él y la tele, aunque su padre no levantase la cabeza para mirarla.

—Hola, hijo —dijo apartando los ojos de la pantalla—, ¿cómo ha ido?

—Muy bien. —Ángel miró el móvil de su padre. A veces solía jugar a juegos de cartas, pero en la pantalla había un chat de WhatsApp.

Esteban se sentó en el sofá junto a su padre y más cerca de su hermano.

—Emma, ¿me das la bufanda? —Ángel probó suerte con la niña.

Nunca se le entendía del todo lo que decía, pero el «no» fue claro y seguro. Tuvo que reír.

—Te lo he dicho, lo he intentado —dijo su hermano—. Cuando se duerma se la quitamos.

Emma pasó por su lado y a su paso pudo notar la estela del perfume de María. Sonrió al reconocer el olor.

—Ha ido muy bien, pero ya estás en casa. No lo entiendo. —Su hermano volvió a la conversación inicial.

—Ni yo tampoco. —Su padre al fin había soltado el móvil y cambiaba de canal.

—Llevo con ella desde las nueve de la mañana, y ya te he dicho que está de exámenes. No quiero ser un pelmazo.

—¿Pero te gusta o ya no? —preguntó Esteban y su padre se giró para esperar su respuesta.

—¿Me gusta? Me fascina. Pero ahora ella lo sabe gracias a tu hijo. Y yo he quedado como un imbécil.

Merecía la pena quedar como un imbécil si era el precio por ver reír a Esteban mirando a su hijo.

—¿En serio? —volvió a reír.

—¿Has quedado como un imbécil porque ella ahora sabe que te gusta? —dijo su padre negando con la cabeza.

—No —se apresuró a responder—. He quedado como un imbécil porque se ha enterado por un niño de cuatro años y no por mí.

—Pues habérselo dicho antes. —Su padre volvió a cambiar de canal.

—Estaba esperando el momento. Si fuera cualquier otra… —negó con la cabeza—. Pero ella sí tiene otros motivos para querer estar cerca mía o querer ayudarme. Cree que está en deuda conmigo.

Esteban lo miraba de reojo.

—¿Mateo te ha abierto el camino y no has hablado con ella ni le has dado un solo beso? Te lo digo yo, has quedado como un imbécil.

—¿Cómo voy a darle un beso si ni siquiera estoy seguro de que quiera que se lo dé? Lo mismo es solo agradecimiento y estoy confundiendo sus intenciones. —Bajó la cabeza hasta su cabestrillo—. Y luego está esto. Si me decido a besarla me gustaría poder agarrarla con los dos brazos.

—Este tío es tonto —dijo su padre y Esteban volvió a reír—. Se le va a escapar.

Ángel miró a uno y a otro.

—¿Y a vosotros dos que os pasa que tenéis tanto interés? —preguntó.

Su padre lo miró de reojo.

—No la conocemos de nada —fue Esteban el que respondió—, pero te conocemos a ti. Te sobran las candidatas, pero solo te ha fascinado una. Así que creemos que salvaste a la persona correcta.

—Y pareces nuevo, vamos —se quejó su padre.

Hasta él tuvo que contener la sonrisa. Se puso en pie.

—Me voy a la ducha, completo, sin vendas —resopló. Volvió a mirar a Emma, lanzaba besos a su reflejo en el espejo—. ¿Puedo mandarle una foto de su bufanda en estos momentos?

—Claro —respondió Esteban levantándose después de oír una alarma desde la cocina—. Es su bufanda. ¡Chicos, a cenar!

—Pero es tu hija. —Encendió la cámara del móvil y se acuclilló en el suelo.

—Puedes enviársela, ¿cuándo vuelves a verla?

Hizo la foto y la preparó para enviar.

«Se te ha olvidado la bufanda».

—El viernes. —Le dio a enviar.

—¿El viernes? A este se le escapa —seguía protestando su padre.

Negó con la cabeza mientras la alzaba hacia su padre. Mateo se acercó a él.

—Tito, ¿ya es tu novia? —preguntó el niño. Ángel vio a su padre erguirse en el sofá para ver a su nieto al otro lado de la mesa.

—No, hijo, dice que cuando se cure el hombro.

Esteban le dio en el brazo a su padre para que se callase.

Ángel escuchó el sonido de su móvil.

—Emma. —La niña había abierto la bufanda, sin plegar parecía más un pañuelo y se lo había colocado sobre la cabeza—. María dice que puedes quedártela.

Esteban, que regresaba de la cocina con un cuenco infantil lleno de puré de patatas, levantó el dedo índice.

—Dile a María que el próximo día nos traiga también el bote de perfume y cualquier otra cosa que ella use —dijo su hermano y su padre empezó a reír a carcajadas—. No sabes lo entretenida que ha estado con el espejo. No hemos conseguido eso con ningún juguete nunca. —Esteban dejó el plato en la mesa—. ¿Has comprado las correas?

—No las he encontrado —respondió y su hermano resopló—, pero María dice que las busca esta semana cerca del campus.

Emma se acercó levantando la tela para que su tío se inclinase y la oliera.

—*Ole* —dijo Emma pegándole la tela a la nariz. Luego la olió ella—. *Ole* bien.

—Claro que huele bien.

La niña arrugó la nariz y le enseñó los dientes en una morisqueta. Ángel le pasó el brazo por la espalda y se la pegó al cuerpo en un abrazo para darle tres besos sonoros en la sien.

Luego se puso en pie y se dirigió hacia el baño. Su móvil volvió a sonar. Era otra foto, esa vez de un ventanal en el que se podía ver el largo de una calle repleta de luces. Delante del cristal, y sobre una mesa de madera clara, estaba sentado el reno de los ojos saltones y el jersey

de cuello vuelto.

—Si dices que no la quieres entretener porque está de exámenes, no te pegues ahora todo el tiempo con los mensajes como un pelmazo. —Oyó decir a Esteban.

Ni siquiera lo miró, siguió dando pasos hacia el baño.

—Se está llevando el móvil al baño. —Era la voz de su padre—. Claro que piensa estar todo el tiempo con los mensajes como un pelmazo.

Cerró la puerta del baño y dejó caer la espalda en ella. Esteban llevaba razón, no podía entretener mucho a María, al menos no hasta que acabase los trabajos y los exámenes. Sería difícil contenerse.

Pero sabía que antes de que aquello fuese a más, y estaba comprobando que iba a ritmo agigantado, tendría que hablar con ella. Necesitaba saber si su manera de comportarse con él era solo agradecimiento o era algo más.

Sonrió al leer el siguiente mensaje de María.

«Aquel día no sabía si comprarlo porque me recordaba a ella. Llevabas razón con lo de que vería las cosas de otro modo. Ahora me recuerda a ella. Y también me recuerda a ti. Gracias».

Recordó el momento arriba cuando oyó el claxon. Había alguien abajo, no lo esperaban, lo habían revisado por completo y a alguien se le olvidó bloquear una puerta, una sola de las tantas como había. Recordaba el sonido del techo y las placas de luz caerse y romperse, las alarmas de los coches disparadas y más agua saliéndose.

Nadie sobreviviría abajo ni unos minutos más.

Se adelantó al resto, no meditó, no se podía meditar en esos momentos, cada segundo contaba. Un segundo sonido del claxon lo hizo orientarse hacia ella, la luz de la linterna de su teléfono hizo el resto.

Se abalanzó sobre ella para envolverla, décimas de segundo y no hubiese podido hacer nada por ayudarla.

Lo de su hombro no era nada, lo repitió una vez y otra a todos desde que puso un pie en la planta superior y los de su unidad se llevaron a María. Lo repitió a compañeros, a médicos, a familia, a amigos y a ella misma.

Recordaba el momento en el que ella se retiró de su cuerpo y levantó la cara para mirarlo mientras les seguía cayendo el techo en piedras. Ella no podía verle a él con el cristal oscuro, pero él a ella sí. Y vio demasiado en sus ojos.

Claro que su hombro no tenía importancia. Ninguna.

Hubiese bajado a por ella cien veces. Y mil.

El móvil volvió a sonar.

«Feliz Navidad».

Podría parecer una frase que se dice demasiado a la ligera, pero que sabía que para ella no era

fácil decirla. Y menos aún a quien se la estaba diciendo.

«Feliz Navidad».

Estaba deseando volver a verla.

11

Luz se había tapado la cara con las manos.

—No me creo que haya salido del puñetero examen. —Se estiró y le dio a la mesa con la pierna.

—No me muevas la mesa. —María levantó la pistola de silicona caliente.

Susana había cogido una ristra de campanas y la agitó haciéndolas sonar.

—¿No son muchas para una correa tan pequeña? —le preguntó.

—En la foto salían muchas. —Volvió a acercar la punta de la pistola a la correa.

Luz apoyó el codo en la mesa y se inclinó para mirar lo que estaba haciendo.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—En YouTube —respondió y su amiga empezó a reír.

Susana también se inclinó todo lo que le permitía su pierna en alto.

—¿Y cómo sabes las medidas del niño? —preguntó dejando las campanas en la mesa. Cogió un cascabel.

—No las sé, por eso lleva ajustados y velcros.

Luz había cogido un extremo de la correa.

—Es que es muy fuerte, lo van a flipar cuando lo vean, ¿cómo le has puesto esos remaches?

—En la ferretería. —Miró a sus amigas—. ¿No habíais venido a ayudar?

—Ya te hemos ayudado, ¿no? A comprar las botas —reía Susana cogiendo el pequeño guante negro. Ya tenía cortada la parte de los dedos, y le había puesto algunas tachuelas sueltas. Luz lo tenía más adelantado.

—Valemos oro, por si no lo sabías. Habiendo dormido una mierda y después de un examen de derecho civil, aquí estamos las dos pegando cosas contigo.

Sonrió al escuchar a Luz.

—Mañana nos tienes que invitar a un copazo —dijo Susana.

—Pero si tú no puedes beber con la medicación.

—Yo no he dicho lo que va a llevar el copazo dentro. —Miró su tobillo escayolado—. Y hablando de mediación. A partir de ahora la heparina me la pinchas otra vez tú.

Susana se llevó la mano al jersey y se lo levantó. Su barriga tenía unos lunares morados. Uno por pinchazo.

—Mira la que me ha liado esta en la barriga.

Tuvo que contener la sonrisa.

—No he puesto una inyección en mi vida, ¿qué esperabas?

—Que metieses la aguja recta por lo menos —replicó Susana y María tuvo que retirar la vista

de la correa para reír.

Luz miró su pistola.

—Llevo un rato apretando y esto no sale —dijo dándole al botón de la pistola.

Susana dio una carcajada.

—¿Cómo va a salir, mema? Se te ha acabado la barra.

—¿Qué barra? —Luz le dio la vuelta a la pistola y Susana se sujetó la barriga para reír. Luz cogió el paquete de barras de la mesa y sacó una—. Soy la hermana pequeña y me llevo diez años con el resto, estas cosas me las hacían los mayores.

Susana se limpiaba las lágrimas.

—Tía, la próxima vez fíjate en uno que te dé menos trabajo —dijo Luz y María negó con la cabeza.

—No estoy saliendo con él. Y no me ha pedido que haga nada. Solo sabe que he encontrado las correas.

Luz alzó las cejas.

—¿Y por qué lo estamos haciendo? —Miró el reloj—. Llevamos aquí desde las siete de la tarde y son las once de la noche.

María dirigió los ojos hacia las tachuelas.

—Y habéis pegado tres tachuelas —replicó y Susana empezó a reír.

—María lleva desde las tres que salió del examen, después de haber dormido una mierda. O ese tío está muy bueno o a esta tía se le ha ido la pinza.

—Se le ha ido la pinza, no hay tío lo suficientemente bueno que merezca esto. —Luz comprobó que la silicona estaba lista y cogió una tachuela para pegarla—. Entonces no sabe que estás aquí haciendo un trabajo de monos.

—Cree que estoy durmiendo.

—Es que es lo que deberíamos estar haciendo, dormir o de juerga. —Luz cogió otra tachuela y le puso silicona en la parte trasera. Lo pegó en el dorso del guante.

—No lo hago por él, me da pena el hermano —dijo María.

—¿Y no te damos pena nosotras? —preguntó Susana con ironía.

María la miró de reojo.

—No me comparéis un examen con lo que tiene ese pobre muchacho encima —suspiró. Sus amigas estudiaban el último curso de derecho internacional, sabía el esfuerzo que estaban haciendo ayudándola, había visto pilas de libros interminables en sus mesas aquellos últimos días.

—No seas imbécil, lo sabemos. —Luz le pasó el brazo por detrás de la espalda—. Y no pensábamos dejarte sola. Vamos a pegar tachuelas hasta las cuatro de la mañana si hace falta.

María sonrió y se dejó caer en Luz.

—Y averigua si tiene amigos guapos solteros para tus queridas amigas —añadió Luz y tuvo que reír.

—Sí, por favor —dijo Susana—. Que entre los exámenes y el tobillo... —Miró de reojo al reno—. Ya no sé si tu reno lleva un rato haciéndome ojitos.

Luz rio a carcajadas.

—Bueno, ¿vamos a salir mañana o no? —preguntó.

Susana miró su tobillo.

—¿A dónde voy a ir así?

—Nosotras te sujetamos, no hay problema. Y esta —señaló a María—, tiene que estrenar su abrigo de plumas blanco calero que le ha mandado su padre.

Susana miró la caja sobre el sofá.

—Si no lo quieres yo me lo quedo, ¿eh? Qué pasada.

—Solo ha sido por sentirse mejor. —María volvió a darle la vuelta a la correa, se había confundido, tendría que despegar esa parte. Resopló.

—Pues yo quiero que mi padre se quiera sentir mejor también.

María miró hacia el sofá. La caja estaba abierta. El abrigo era blanco con algunos hilos plateados, pero tenía parches de plumas y otro de pelusa. Ni él ni Paz habían escatimado esa vez en el regalo.

—Mi padre piensa que tengo algún plan la noche del veinticuatro. Por eso me ha comprado un abrigo de fiesta. Cuando lo correcto hubiese sido un pijama de cuadros escoceses —dijo y Susana empezó a reír.

—Pues yo sí tengo plan en Vitoria, yo me lo llevo —dijo Luz y la risa de Susana aumentó.

—Niñas, ¿quién me ayuda a ir al WC? —preguntó Susana. María y Luz se levantaron a la vez—. A mi apartamento.

Se sentaron enseguida.

—Venga ya, pero si es al final del pasillo.

—Entra aquí, qué más da.

—Es una urgencia que solo puedo hacer en mi WC.

—¿Por qué? —Luz frunció el ceño.

—Pregúntaselo a mi culo, por mí plantaría el pino en cualquier parte.

María se llevó la mano a la cara riendo. Su móvil sonó.

—El Ángel de la guarda —dijo Luz empujando el teléfono hacia María.

Sonrió mientras cogía el móvil.

12

—*Ole*. —Emma se acercaba a ella agarrándole el hombro. Con María sentada en aquella silla diminuta no era difícil alcanzarla. Se ponía de puntillas y cuando llegaba bajo el lóbulo de su oreja, se sorbía con fuerza—. *Ole* bien.

Era la tercera vez que se lo hacía. Y cada vez que lo hacía acudía alguno más a imitarla.

Ángel se había girado para mirarlas.

—*Gole a yogú* —dijo otro niño de voz ronca que le había metido la nariz en el cuello por el otro lado.

Le estaba pasando lo mismo que a Luz y a Susana por la noche, llevaba allí desde las diez y eran las doce, y no había recortado ni una docena de estrellas. Aquellos enanos metían los dedos diminutos cada dos por tres y tenía que parar. A parte del interés de algunos por su pañuelo, las uñas, los pendientes de estrellas nevadas y gracias a Emma, también por el olor.

Había tenido que colgar el bolso en un perchero tras la puerta, porque en las perchas de los abrigos, a la altura de ellos, era un peligro. Le habían sacado varias veces el móvil, la cartera, se habían sonado los mocos con sus clínex y fue una suerte que no hubiesen llegado a abrir su neceser.

Eran doce enanos que no estaban sentados más que un minuto. Miró a la cuidadora, que estaba en una escalera colocando las guirnaldas con la ayuda de Ángel y la abuela del niño que le había dicho que olía a yogur. Admiraba la paciencia que tenían los cuidadores de guarderías.

La música era algo machacona, pero estaba a medio volumen y apenas podía escucharla con las voces de los niños. Ángel de vez en cuando le lanzaba una mirada con un «te lo dije» de manera tan clara que la hacía reír sin remedio.

Se miró el jersey en la zona cercana al hombro. Alguien le había dejado parte de una vela de mocos en él. Volvió a mirar a Ángel, él asentía con ironía.

Ella sacudió la mano quitándole importancia. La mujer de la bata verde del otro día acababa de entrar en el aula. Ahora sabía que era la directora, pero trabajaba allí como una cuidadora más. Una mujer con paciencia infinita y con gran devoción por lo que hacía. Ángel le había dicho que quizás cambiarían a Emma de guardería el próximo año. Y estaba segura de que sería una pena. No confiaba en aquel tipo de centros, pero el ambiente en aquel en concreto, en tan solo un par de horas, le había encantado.

—Aquí ya casi habéis terminado —dijo sonriendo.

No sabía si a casi terminar lo llamaba a varios recortes y a tres paredes con guirnaldas. Aún les quedaba el pasillo.

La mujer miró a María.

—¿Están muy nerviosos los niños? —le preguntó y ella se encogió de hombros.

Teniendo en cuenta que no sabía cómo eran un día normal, no tenía ni idea. La mujer rio mientras se dirigía hacia el altavoz de música. Anduvo en una tablet y la música se detuvo.

—Son pequeños, pero saben que estas fechas son especiales. No solo aquí, también lo notan en casa. —Comenzaron las primeras notas de *Ice Dance* y mucho más alto que el resto de villancicos que habían sonado. La mujer se inclinó en el suelo a la altura de su silla—. Los niños pequeños actúan y aprenden por percepciones —dijo limpiando los mocos de uno de los niños—. Lo que les transmitimos nosotros, los colores, la música… —Alzó un dedo y cerró los ojos—. Esta es tremendamente mágica.

María sonrió, era una de sus preferidas. Hacía tanto que no la escuchaba que no la recordaba tan envolvente. Parecía que su silla echaría a volar en cualquier momento.

Vio que algunos niños cerraron los ojos como lo había hecho la directora. La mujer los abrió para mirarla a ella.

—¿Ves?

La sonrisa de María se amplió. Luego la mujer se giró hacia la pared donde estaba la cuidadora y sus ayudantes con la guirnalda.

—Hoy sois pocos —continuó—. Si llegan a saber que vendría tu novio, hubiesen sido más —rio.

—No es… —Ángel se giró enseguida y le lanzó una mirada bastante representativa.

No es mi novio.

—No es buena fecha para venir de todos modos —se apresuró a decir.

La directora le dio en el hombro riendo.

—Hubiesen venido, pero él lleva días diciendo que no iba a poder. —Puso la mano en su hombro—. Estuvieron toda la mañana gastándole bromas —reía—. Aunque tú ya estarás acostumbrada.

Sí, acostumbradísima.

La mujer se retiró de ella para salir del aula.

—Gracias por venir.

—Un placer.

Volvió a mirar a Ángel y se encogió de hombros. Él empezó a reír.

—María —le dijo la cuidadora—. Ahí hay una escalera pequeña para pegar las estrellas en la pared.

Vio una escalera de tres peldaños al otro lado, en la pared libre. Allí había un mural de papel con un belén pintado con figuras tamaño alumno, coloreadas con trazos de todo tipo. Supuso que se lo habían colocado allí para que ellos coloreasen. Aunque había cierta pauta de colores, no era difícil encontrar trazos verdes sueltos en alguna cara o rosa en la túnica marrón.

Todas las figuras sonreían. La percepción y la transmisión con la que hablaba la directora. *Ice dance* acabó y comenzó de nuevo, la habría dejado en bucle. Algo que agradeció. Le estaba encantando.

Se puso en pie, las rodillas se habían resentido de haber estado dos horas en una silla tan sumamente a ras de suelo. Cogió una de las estrellas de papel dorado que había recortado y abrió la escalera para subir.

Subió hasta el último peldaño, empezaría de arriba a abajo. Cogió un trozo de masilla y pegó la estrella en la pared con ella. Bajó los escalones y una de sus manos chocó contra algo a pesar de que su escalera no tenía donde agarrarse. Pero sí encontró un apoyo y dejó caer su mano en él. Ángel le pasó la mano tras la espalda para que acabase de bajar.

Fue un instante, décimas de segundo desde que puso el último pie en el suelo y se retiraron el uno del otro. Pero fue un contacto más cercano y amplio del que habían tenido nunca. Y le gustó.

Tanto que se apresuró para coger otra estrella y subirse a la escalera de peldaños de nuevo.

—No me gustan nada estas escaleras. —Lo oyó decir mientras ella subía.

A mí hasta hoy tampoco.

Pegó la siguiente estrella y alargó la mano hasta el hombro izquierdo de Ángel de nuevo. Y bajó sin prisa los escalones hasta llegar al suelo. Cogió otra estrella y entre las notas de la melodía escuchó una alarma desagradable.

Mierda.

—¿Es la hora? —La mañana le había volado otra vez.

Soltó la estrella y se apresuró hacia su bolso. Efectivamente, era la hora de irse. Miró a Ángel.

—Lo siento. —Pero él ya sabía que ella no podría quedarse hasta el final. El profesor la había citado a la una para hablar del trabajo que había entregado. Tenía el tiempo justo de coger el metro y llegar al campus.

—Te acompaño hasta la puerta —dijo él acercándose a la puerta del aula.

Se despidió de la cuidadora y de la otra señora. Se asomó al otro pasillo para decirle adiós a la directora y el resto que andaba por allí.

—¿Vendrás a la función?

No, no, a ver qué pinto yo aquí.

Dio un paso atrás incómoda y chocó contra Ángel, que estaba a su espalda, no lo esperaba tan cerca.

—Creo que no va a poder ser —respondió y la mujer emitió un «ohhh».

Se despidió de nuevo con la mano y se apresuró a salir mientras buscaba en su bolso. Sacó la bolsa en la que había metido las correas de reno ya acabadas y los guantes de la niña. Y se giró hacia Ángel.

—Te dejo esto en la red de la silla —le dijo mientras se detenía en la puerta.

Sintió el brazo de Ángel rodeándole por el costado, y ella se inclinó para darle dos besos de despedida. Pero él no hizo el amago de darle nada.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? —le preguntó.

No esperaba que oírlo hacer aquella pregunta iba a expandirle tanta alegría en el pecho. Una que se arremolinó para subir garganta arriba y hacerla sonreír.

—¿Sabes llegar al campus?

Él asintió.

—A las cinco —añadió ella.

Ángel la acercó a él atrayéndola con su brazo y envolviéndola por completo. Recibió un beso en la sien.

—Gracias por venir. —La soltó y se alejó de ella.

María lo miró un instante antes de bajar los escalones y echar a correr.

Solo esperaba que el profesor no la tuviese mucho tiempo enredada en la tutoría.

13

—¿Ya te vas? —Se cruzó con Esteban en la entrada de la casa, que acababa de llegar.

Iba con demasiado tiempo de margen, quizás exagerado. Ángel señaló el bajo del carro de Emma.

—En esa bolsa tienes las correas, las campanas y todos los chismes —le dijo a su hermano y Esteban se inclinó para sacarla de la red.

—Esta noche cuando acueste a los niños me pongo a hacerlo, a ver si papá me echa una mano. Esto pesa. —Lo abrió y se asomó dentro—. Es una caja de zapatos.

Ángel cerró la puerta y dio unos pasos hacia su hermano, Esteban abrió la caja. Allí estaban las botas negras que no habían llegado a comprar el día anterior. Y sobre ellas unos guantes pequeños con tachuelas y un arnés de reno.

Esteban sacó el arnés y negó con la cabeza.

—Está hecho. —Miró a Ángel, pero él lo esperaba tan poco como su hermano.

Alargó la mano hacia las campanas y los cascabeles, y unos remaches que era imposible que los hubiese colocado ella sola. Se fijó en las cuatro argollas para los enganches, le había añadido velcros y hasta un ajustador para los hombros. No era algo que hubiese hecho a la ligera. Le había dedicado tiempo, y le había puesto mucho más.

Tuvo que contener la respiración y algo le subió pecho arriba pasándole por la garganta y alcanzándole los ojos.

—Corre. —Se sobresaltó al escuchar la voz de Esteban—. No pierdas más el tiempo, hermano. ¡Corre!

Sonrió, soltando el arnés. Abrió la puerta y echó a correr escaleras abajo.

14

Fue una suerte que el profesor no tuviese mucho que decirle, el trabajo estaba excelente. Había tenido tiempo de darse una ducha y de cambiarse y estar otra vez lista para cuando Ángel apareciese por el campus.

No lo esperaba tan temprano, algo que le alegró sobremanera. Quitada la carga de los exámenes y los trabajos, liberada de las clases hasta después de vacaciones, cierta energía se le había extendido por el cuerpo. Aunque supuso que la mayoría de razones las acaparaba él.

Salió del portal y atravesó los jardines hasta la verja. A través de ella podía ver a Ángel a unos metros, alejado de las rejas, casi al filo de la acera de la avenida.

Guardó las llaves en el bolso y algo tintineó. El día anterior cuando fue a buscar las correas se había comprado un artilugio que llamaban llamador de ángeles. Le gustaba el sonido y ahora le sería más fácil encontrar las llaves entre tantas cosas en el bolso.

Cerró la cremallera y se lo dejó caer hombro abajo. Él dio unos pasos hacia ella en cuanto la vio atravesar la puerta de las rejas.

—No sabía si podía entrar, por eso te he esperado aquí —dijo.

¿Que si puedes entrar? Portal seis, primero derecha. Pero aléjate por el bien de tu hombro.

—No pasa nada, puedes entrar. —Se inclinó para besarle la mejilla y ya sabía que la reacción de él sería rodearla.

Solo le dio uno, no sabía si él se quedó esperando un segundo. Le hubiese gustado más que le hubiese apretado como aquella mañana para besarle la sien. Aún la rodeaba, pero no hacía presión ninguna, solo la miraba.

—Las botas, el arnés y los guantes —le dijo él. Luego negó con la cabeza riendo mientras ella sonreía. Sin embargo, Ángel dejó de reír y la miró.

Seguía sin soltarla.

—¿Por qué, María?

Abrió la boca buscando una manera de decirlo.

—No puedo arreglar nada, pero sí puedo contribuir a que sea más llevadero. No ha sido nada.

Ángel alzó las cejas.

—¿Nada a cuántas horas equivale? Eso sin contar con el dinero.

—Tuve dos ayudantes.

Que rieron más que trabajar, pero eso hizo que se me hiciese ameno, así que no fue para tanto.

Ángel asentía con la cabeza con cierta ironía.

—¿Hay algo más que haya que hacer hoy? —Seguía agarrándola y ella no pensaba retirarse.

—Nada —respondió él—. No hay que hacer absolutamente nada. —Aunque el significado de las palabras sonaba bien, el tono con el que Ángel lo estaba diciendo no le convencía—. Solo estar conmigo porque tú quieras.

María alzó las cejas.

—Quiero saber si todo lo que haces es por agradecimiento y porque sigues creyendo que me debes algo. Porque yo sí quiero estar contigo, y me da igual si es para comprar, para una estúpida decoración navideña, para pasear, ver árboles de navidad o mirarte cómo estudias. Quiero estar contigo, todo el tiempo. Y necesito que seas sincera y clara conmigo.

No lo esperaba tan directo y nada más llegar.

¿Lo hago?

Acercó una mano hacia la solapa del abrigo de Ángel y luego la otra.

Sincera y clara.

Se inclinó hacia él y levantó la barbilla hasta alcanzar sus labios, entreabriendo los suyos y ladeando levemente la cabeza para que no hubiese margen al encajarlos. Presionó con ellos los de Ángel y se quedó allí quieta mientras sentía que el brazo con el que la rodeaba se apretaba contra ella.

Su gesto hizo que todas las campanas que venían moviéndose de un lado a otro en su pecho se levantaran a la vez. Volvió a entreabrir los labios para absorber los de él y volvió a presionar contra ellos, manteniéndose unos instantes. Se apartó de él despacio.

—¿Ha quedado claro ya? —le preguntó sin soltarle las solapas.

—Sí. —Ángel sonó tan rotundo que tuvo que reír.

—Pues ahora hagamos como si estos minutos no hubiesen existido. —Los pliegues se formaron en su frente en cuanto la oyó.

De inmediato se vio rodeada por completo, por ambos lados.

—¿Y si no quiero? —Se inclinó sobre ella.

Ella entreabrió la boca mientras Ángel le sujetaba la cara para besarla de nuevo, un beso similar al que le había dado ella, presionando sus labios, pero que no tardó en tornarse en algo más atrevido.

Fue consciente de que le seguía agarrando la cintura aunque tuviese otra mano en su cara.

Portal seis… verás el hombro.

Se retiró de él enseguida y miró su brazo derecho.

—De eso nada, ponlo otra vez en su sitio —le dijo.

Ángel se inclinó de nuevo hacia ella para besarla.

—Ahora —le dijo y le dio uno más, bastante más largo, invadiendo su boca a un ritmo tan suave y seguro que el calor abajo fue inmediato.

Tú no sabes lo que estás haciendo. Que de santa solo tengo el nombre.

Se retiró de él de nuevo.

—Guarda el brazo —le advirtió.

Que no sabía que con los dos eras tan peligroso.

Esa vez sí le hizo caso. Sin embargo, pudo ver el grado de satisfacción en su cara. Y era mucho más de lo que esperaba. Ángel volvió a cogerle la cara y pasó el dedo pulgar por ella. Esa vez el beso fue algo más sencillo.

Quitó la mano de la cara de María y la dejó caer hasta la suya para cogérsela.

—Siento que te tuvieses que enterar por un niño de cuatro años —dijo él dando los primeros pasos y ella negó con la cabeza.

—No oí nada —respondió María mientras se dejaba caer en su brazo para rozarle con la cara.

Ángel le soltó la mano para rodearla y apretarla. Ese era exactamente el gesto que buscaba, cerró los ojos para recibir el beso en la sien. Esa vez fueron tres. Le vio el intento de volver a sacar el otro brazo del cabestrillo y se lo sujetó para que no lo moviese.

—¿Quieres ver árboles y luces? —le preguntó él mientras ella lo rodeaba por la espalda y se dejaba caer en su costado.

—Y campanas —sonrió apoyando la mejilla en él, podría cerrar los ojos y perder la sensación de estar caminando y pasar a directamente flotar.

Ángel inclinó la cabeza buscando su mirada.

—No te he dado las gracias por el arnés y los guantes. Y las botas.

—No eran para ti —respondió ella con rapidez y lo vio sonreír.

Con todas las estupideces bochornosas que había pensado los días anteriores, y ahora todo eso había quedado en un segundo plano, no necesitaba nada más. Aunque seguramente a lo largo de la tarde cambiaría de opinión.

Esperaba esas fechas diferentes. Lo serían. Mucho.

15

—Tías, ¿por qué hemos venido aquí? —preguntó Luz mientras María empujaba la silla de Susana.

—Porque os debía un copazo, ¿no? —respondió intentando subir la rueda enorme a la acera.

Susana se giró en la silla para mirarla.

—Lo que tiene cojones es que hayas llamado a un taxi de minusválidos, con los pocos que hay y que hacen falta en otra parte, para traerme aquí —se quejó y Luz rompió en carcajadas.

—Tú eras la que querías traer la silla.

—Porque con las muletas no puedo ponerme tacón. Y con este vestido no pega otra cosa.

Luz se acercó y puso la mano en el reposabrazos de la silla. Por un momento María pensó que iba a ayudarla a subir el escalón, pero no, solo se apoyó en la silla.

—Lo que tiene cojones es que te hayas puesto ese minivestido para ir sentada, que te mueves y se te ve el potorro —le dijo Luz a Susana.

Y todavía no se han tomado ni unas gotas de anís en el café.

—Lo que tiene cojones es que me veas no poder subir la silla y no me ayudes —le replicó María.

Luz se colocó detrás, junto a ella, y empujaron a la vez.

—Si es que no tenéis fuerza —decía Susana riendo.

—Lo fácil que es estar ahí de reina, ¿no? —le respondió Luz—. Entre el vestido rojo y la silla, te van a confundir con Papá Noel.

Tuvo que huir para que Susana no la enganchase.

—Vale ya las dos, que como nos vean ahora mismo van a salir corriendo.

—¿Pero trae a los amigos o no? —preguntó Luz—. Porque con el trabajo que nos ha costado ponerle a esta las medias con el pie escayolado, como no vengan…

Susana se encogió de hombros.

—Si no vienen yo la juerga me la voy a pegar igual.

María se inclinó para mirarle la cara.

—Ni se te ocurra tomar nada con alcohol. Nada.

—Que no… y va en serio. Me enseñaste el otro día los riesgos de hemorragia y estoy traumada todavía.

—Es que contigo tiene que ser como con los niños pequeños. —Volvió a empujar el carro por la acera.

—Que de eso tú entiendes últimamente, ¿no?

—Shhh.

—Tanto shhh, tanto shhh, ni que estuviese espiándonos por las esquinas. Tampoco somos tan impresentables.

—Os he vendido muy bien, que lo sepáis.

Un grupo de chicos las rebasó. Luz los miró de reojo.

—Como no me guste ninguno me quedo con el abrigo —dijo Luz.

—Ese no era el trato. —María detuvo la silla.

—Pero ahora sí. Porque me veo toda la noche cargando con la silla de esta mientras algún pelmazo me calienta la oreja con conversaciones que no me interesan.

—Lo que vienes a hacer en el campus, vaya —dijo Susana y Luz le dio con el pie al reposapiés de la silla para que se le cayese al suelo el zapato donde llevaba el tacón.

—Que no me hagas más eso, que da mucho coraje. —Susana se apoyó en los reposabrazos para ponerse en pie, pero la silla no tenía echado el freno y se fue para atrás. Su amiga perdió el equilibrio y se apresuraron a sujetarla.

—La silla, la silla —dijo María rodeando a Susana, pero pesaba lo suyo—. Luz, sujeta la silla que si no, no puedo soltarla.

Hasta los porteros del local miraron dudosos de si intervenir o no. Pero consiguieron sentar a Susana.

—Hala, ¿ves? Acabamos de llegar y ya ha enseñado las bragas —dijo Luz sacando los brazos de las axilas de Susana—. Si es que estaba cantado, a quien se le ocurre… —Su amiga se tapó la boca para reír sin hacer ruido, en cambio el sonido que salió fue agudo, como un silbido, lo que hizo que la gente de la cola volviera a mirar y que su risa aumentase aún más.

Susana se colocaba bien el tul rojo del vestido en los muslos y tuvo que apoyarse en el reposabrazos para reír también.

María se inclinó sujetándose en la silla. Vio las lágrimas en los ojos de Luz, había tenido que agarrar el otro mango para ponerse derecha.

—¿De verdad que no habéis bebido nada? —les tuvo que preguntar.

Luz negó con la cabeza.

—Cómo voy a beber si me tienes cagada con eso de los coágulos y las hemorragias —le dijo Susana desde la silla. Resopló.

—Ahí están picando entradas, ¿tenemos entradas? —preguntó Luz intentando controlar la risa.

—Que siii. —No sabía hasta qué punto había sido buena idea—. Pero si seguís llamando la atención, no nos van a dejar ni entrar.

Luz volvió a romper en carcajadas al ver a Susana tirándose de los volantes de nuevo.

María se giró para mirar la calle al otro lado. No se esperaba encontrarlo tan cerca, apenas a unos tres metros. Con aquellas dos y la silla no había podido estar atenta a la calle.

No le dio tiempo a decir nada, Ángel la envolvió, demasiado para ser con un solo brazo, y le dio uno de esos besos en los que le absorbía los labios durante unos segundos que siempre le parecían escasos.

Y llegaba con más acompañantes de los que esperaba, le dijo que solo irían dos amigos, y allí podía contar cinco chavales y otro grupo más atrás con tres muchachas y otro chaval más que también parecía ir con ellos.

Ángel se inclinó hacia su hombro.

—Al final siempre se apuntan más de los que dicen —le dijo y ella sonrió.

—Tías, giradme, que siempre se os olvida. —Oyó a Susana quejarse.

Luz cogió los mangos de la silla y la giró.

—Ella es Susana y ella Luz —le dijo a Ángel.

Susana levantó las dos manos.

—Los guantes son obra nuestra —le soltó.

—Más o menos —se apresuró a responder ella.

Ángel empezó a reír. Luego asintió con la cabeza.

—Gracias —les dijo él.

María miró a sus amigas, y luego miró de reojo al grupo que venía con Ángel.

—La mitad ni los conozco —le susurró él.

Solo esperaba que ellas se lo pudiesen pasar bien.

Ángel le cogió la mano. A ella le importaba poco cómo pudiera ser de divertido aquel grupo, para ella sería una noche maravillosa.

16

Se sentó un rato con Luz y Susana. Con la silla era difícil encararse en cualquier parte. No había sido muy desastroso el resultado de ellas dos con los amigos de Ángel, además de tener más ayuda para desplazar a Susana. Con el propio Ángel tenían suficiente.

Había dejado a Susana en una banqueta junto a María. Luz dejó caer la barbilla en su mano.

—Tía. —Susana se inclinó hacia delante con tanto ímpetu para hablar que el cuerpo se le fue y María tuvo que sujetarla.

—Otra vez vas a enseñar las bragas —dijo Luz riendo.

Susana movió la mano en el aire a centímetros de la cara de Luz.

—Vete ya para allá, que te lo quitan. —Susana alzó las cejas hacia Ángel—. La tía esa del vestido azul es la segunda vez que le ha puesto la mano en la teta. Y para reír no hace falta ponerle la mano en una teta, ¿verdad?

María se llevó la mano a la nariz y el entrecejo para reír.

—A esta me gustaría verla con un novio así, le daría un infarto. —Luz soltó la copa en la mesa—. Qué celosa es. —Le dio en el hombro a su amiga—. ¡Tóxica!

—Qué tóxica ni qué leches. ¡Mírala! Que estás de espaldas y no te enteras de nada —replicó Susana y la risa de María aumentó. Luz se había quedado encogida riendo. Su amiga tiró de ella —. Ve para allá, que cada vez que te acercas se espantan todas. ¡Corre!

Ángel la miró de lejos y le hizo una señal con la cabeza levantándose de su banqueta.

—¿Ves? Hasta él quiere que lo salves. Pobre chaval, las tías lagartas esas. Yo es que me pongo que me arde todo.

Luz se limpiaba las lágrimas.

—Es que parece que el novio es suyo —dijo en mitad de una ristra de carcajadas.

Susana la miraba seria.

—Yo solo empatizo con mi amiga.

Luz frunció el ceño.

—Pero si tu amiga está tan tranquila, ¿no la ves?

—Mira, al final ha tenido que venir él.

María alzó la mirada y vio que Ángel se acercaba. La verdad era que no culpaba a aquellas comitivas que le ponían la mano encima del pecho o el brazo en cuanto tenían ocasión.

—Me la llevo un momento —les dijo a sus amigas.

—Llévatela hasta el año que viene si quieres, yo me voy a Santander y esta a Vitoria —le respondió Susana y Ángel rio—. Pero déjala de vuelta en el campus el primer día de clase que

eso lo tienen mucho en cuenta los profesores —añadió y María le dio con la mano en la barbilla antes de seguir a Ángel.

Siguió a Ángel hasta un lado de donde estaba el resto y la metió entre él y una columna ancha y circular donde ella pudo apoyar la espalda. Ángel entornó los ojos.

—No pienso volver allí —dijo y María contuvo la sonrisa.

Frunció el ceño y le puso el dedo en la punta de la nariz mientras él bajaba los ojos hasta sus labios.

—¿Tan duro es? —preguntó ella riendo.

Pero Ángel no se rio un ápice.

—Porque sea hombre no me tiene que gustar que alguien se deje caer en mí, me toque porque sí o me diga cosas que no proceden y que me tensan. Y si me quejo soy un engreído y un soberbio o un fantasma.

Ella retiró el dedo de su nariz. Tenía que reconocer que llevaba razón.

Él le cogió la cara con las dos manos, verle el brazo libre de nuevo hizo que se encendiese el intermitente que marcaba «peligro».

—La única mujer que quiero que se deje caer en mí, que quiero que me toque cuando le parezca o me diga lo que se le pase por la cabeza, sea correcto o no, eres tú. —Resbaló una de sus manos por su cuello y hombro hasta colocarla atrás, en la cintura—. Y tú no puedes aparecer con eso metalizado en la nariz y en las mejillas, que te queda de maravilla, y dejarme mirando de lejos y a mi suerte. —Se inclinó hacia ella y ladeó la cabeza para presionarle los labios con los suyos. Esa vez duró más que de costumbre.

Se retiró de ella y sonrió.

—Qué exagerado, te he dejado veinte minutos —respondió María y él sonrió.

—Pues se me han hecho muy largos. —Su risa aumentó y volvió a besarla.

La empujó contra la columna y entreabrió los labios invadiéndole la boca.

Al próximo arreón de estos te llevo a mi casa.

Se apartó de ella.

—Me encantas, María, me fascinas —le dijo—. Y ya te adelanto que no se me va a pasar con los días. Porque cada vez que te veo va a más.

Y tú vas a acabar en mi casa hoy, con cabestrillo o sin cabestrillo.

Le rodeó el cuello y apretó su cuerpo contra el de él al besarlo. Sintió cierta tirantez en su vestido por la presión. Ángel se apartó de sus labios.

—No hagas eso. —Ángel le dejó caer la frente en la suya.

—No lo hagas tú. —No pensaba soltarlo—. A ver si te crees que eres el único fascinado aquí —añadió y su sonrisa hizo que volviese a besarlo.

Y su manera de besarlo delató algo más sus pensamientos, esos que a ratos se le disparaban

cuando lo tenía cerca. Era cuestión de tiempo, en cuanto lo notase algo más caldeado y dispuesto. Y lo estaba comprobando en la presión de cierta parte de su cuerpo.

Se apartó de su boca y lo miró. Vio en sus ojos que aquello ya iba a ser difícil pararlo.

17

Lanzó las llaves al cuenco de la entrada, pero no logró encestar y cayeron al suelo. Ni siquiera las miró, no había separado los labios de los de Ángel desde que salieron del ascensor.

Lo bueno de aquel apartamento era que ni siquiera había pasillo, solo tuvieron que atravesar el pequeño salón y ya estaban en el dormitorio. El abrigo de plumas había caído por el camino. Más complicado sería desabrochar los numerosos corchetes de la espalda de la parte superior del vestido. Se dio la vuelta de espaldas a él para que empezase pronto.

—No hagas estupideces. —No podía dejar de valorar que se lastimase. Aunque sintiese aquello de abajo a punto de explotar.

Ángel le pegó los labios en el hombro desnudo y le resbaló la nariz hasta el cuello.

—¿A qué le llamas estupideces? —le susurró.

El cabestrillo ya no lo llevaba, no sabía si había caído con el abrigo en la entrada o estaba en el pasillo de la planta. Por suerte, por esas fechas ya no quedaba allí nadie. Era como un bloque fantasma.

Cerró los ojos al sentir sus labios con fuerza siguiendo la curvatura lateral de su cuello. Basculó la cadera hacia atrás, la parte de abajo del vestido era de vuelo, así que se había levantado con los roces. Solo tenía las medias y su pantalón entre sus nalgas y aquel montículo que se le había formado tras la cremallera y que no se había bajado en todo el camino. Ambos sabían que solo habría una forma de acabar aquello.

Apretó las nalgas contra él y recibió una embestida que estiró las medias. Así que las arrolló y las tiró en el suelo. Notó el vestido aflojarse y se puso de frente a él. A él aún lo tenía con demasiada ropa. Se tiró del vestido y se lo sacó por la cabeza, quedando únicamente con las bragas frente a él.

La reacción de Ángel a su casi completa desnudez volvía a ser apretarse contra ella y notó otra envestida que acabó de aumentar la humedad entre sus piernas. Dio unos pasos atrás, hacia la cama, retirándose de él para desabrocharle la camisa y bajársela de los hombros. Bajó los ojos hasta la cinturilla de su pantalón. A partir de ahí hacia abajo, el cuerpo de Ángel era desconocido para ella.

Quitó el botón del pantalón, quitó un segundo y bajó la cremallera dejando entrever tras ella el elástico de su ropa interior. Le rodeó el cuello con un brazo y levantó la barbilla para besarlo mientras resbalaba la otra mano ombligo abajo y la introducía bajo el algodón elástico para tocar qué había tras aquella montaña tensa que hacía pliegues en sus pantalones.

Notó calor y humedad.

Un dios de los pies a la cabeza.

Se separó de él y volvió a dar unos pasos hacia atrás mientras se quitaba lo poco que le quedaba de ropa, las bragas cayeron arrolladas al suelo.

Acercó la mano hacia el cajón de la mesilla de noche, esperaba que Susana le hubiese dejado alguno, unas semanas atrás se sirvió varias veces.

Quedaban. Los sacó y los dejó caer a un lado de la cama. Miró a Ángel de reojo.

De santa el nombre.

Ángel volvió a lanzarse sobre ella para tumbarla en la cama mientras le invadía la boca de nuevo. Oyó el plástico de aquellos paquetes. Se agarró a uno de sus hombros, el bueno, y se irguió para echarse sobre él y que se diese la vuelta hasta quedar boca arriba. Estaría más tranquila y podría controlarlo, aunque mucho temía que llegados a un punto como aquel, poco control podrían tener.

Apoyó las manos en su pecho mientras alzaba las caderas. La tenía tan sumamente erguida y dura que era muy fácil dirigirla. Se dejó caer despacio y lo sintió clavarle los dedos en las caderas. Sus dedos hicieron que apretase los músculos interiores, atrapándolo con fuerza, y volviese a dejarse caer.

Miró a Ángel, apretó los dedos en él y balanceó la cadera, lo vio estremecerse y un abanico pareció abrirse en su pecho. Un placer que subía desde aquello que se movía dentro, entre sus piernas, y pasaba ombligo arriba produciendo aquellos calambres que le secaban la garganta.

Retiró una mano del pecho de Ángel y él se la agarró con la suya. Entrelazó sus dedos con los de él, apoyado por completo para moverse mientras le apretaba con fuerza.

Dejó caer sus párpados. Ya no sabía qué podría pasar a partir de ahí.

Se había perdido por completo.

18

Llamó al telefonillo y Ángel le abrió enseguida. Era un primero, como el suyo, así que subió por las escaleras. Cuando llegó a la planta ni siquiera tuvo que mirar las letras en las puertas, él ya la tenía abierta.

Pero no reparó en él, enseguida bajó la mirada hacia Emma. Ángel la tenía cogida de la mano, llevaba el vestido de Papá Noel con la falda de tul, la chaqueta de cuero negra, los guantes de las tachuelas y las botas con las medias negras.

Dios… qué fantasía.

Se acuclilló en el suelo.

—Pero qué guapa. —La niña se escondió detrás de las piernas de su tío riendo.

Ángel se acuclilló en el suelo también.

—¿Está bien puesto todo? —preguntó.

—Está perfecto.

—Pues acábala y nos vamos. —Le dejó paso para que entrase—. Mi hermano se va a pasar justo el tiempo de la función, para mi padre ha sido imposible.

Emma se detuvo en un espejo rectangular que llegaba hasta el suelo, justo en la entrada y junto a un perchero de abrigos. María se quitó el suyo y lo dejó allí. Siguió a Ángel hasta el salón. Estaban solos él y Emma. Mateo estaría en el cole, y el resto trabajando.

Era una falta de educación mirar mucho una casa ajena, pero por lo que podía comprobar, sin estar relimpia ni impecablemente ordenada, la mantenían en buenas condiciones. Mejor de lo que se podría esperar de tres hombres viviendo solos.

Ángel se fijó en que ella había colgado una bolsa en el carro de Emma. Así que enseguida se fue hacia ella para mirar dentro.

No se le va una.

—¿Qué es? —dijo sacando la barra.

—Un adaptador para la silla, ha tardado más de lo que esperaba. —Se encogió de hombros —. Ve poniéndolo.

Ángel frunció el ceño mirando la barra y las empuñaduras de la silla.

—¿Esto ha existido siempre? —Se inclinó para ver cómo encajaría por debajo—. Acabamos de quedar como unos imbéciles.

María contuvo la risa. Con aquella barra podría llevar el carro con una sola mano sin problemas. Cogió la mano de Emma y la llevó hasta una silla pequeña como las de la guardería, algo que la dejaba a la altura justa de la niña. Ella se sentó en la silla y abrió el bolso.

—He traído algo que te va a encantar —le dijo poniéndole bien la diadema con el gorro de Papá Noel.

Luego sacó su neceser. Oía a Ángel trasteando, Emma no tardó en ponerse a sacar cosas del neceser. A la niña ya le habrían explicado lo que le iba a hacer, porque levantó la barbilla y se quedó completamente inmóvil.

Venimos de serie…

Sonrió.

No tenía mucha complicación. Una estrella de purpurina que le había comprado para la mejilla y un poco de iluminador de efecto metalizado plata, que le daba un aspecto más navideño.

—Y ahora el complemento estrella —añadió sacando el bote de perfume. Emma abrió la boca y emitió un sonido que le recordó más a un muñeco que a un bebé.

Pulverizó un poco sobre la ropa teniendo cuidado de que no le cayese en la piel.

Emma se levantó el vestido y se lo pegó a la nariz.

—Tito. —Echó a correr hacia la entrada y levantó la barbilla—. *Ole*. —Se puso de puntillas y Ángel se inclinó para olerla.

—Qué bien hueles —le dijo y la niña arrugó la nariz riendo.

Luego se miró en el espejo otra vez y puso los labios como para lanzarse un beso.

—Creo que le gusta —dijo Ángel y María sonrió.

Emma echó a correr hacia María de nuevo y puso los labios como para darle un beso y se señaló con el dedo. Su tío la miró un instante.

—Creo que quiere que le pintes los labios.

Buscó en el neceser alguna barra de las que apenas se notaban. Encontró una rosa que daba más brillo que otra cosa.

La abrió entera y cogió un pañuelo de papel. La dobló para romperla.

—Oh, oh —dijo la niña y tuvo que reír.

Ángel ya estaba de vuelta.

—¿Qué haces? —Ángel miraba el pañuelo con el trozo de barra rota.

—No pienso pintarle los labios con una barra que uso yo. Es un bebé.

Ángel negaba con la cabeza.

Le pasó el trozo que le quedó de barra sin romper por los labios. Emma no se movía un ápice.

—Ahora tírala a la basura o córtala de nuevo, porque correrás el riesgo de pegarte dos semanas en el baño.

María se la dio a él.

—Qué exagerado. Déjasela para ella. —Se puso en pie —. Y vámonos, a ver si vamos a

llegar tarde.

Ángel cogió a Emma y la puso en el carro para amarrarla. Salieron a la planta y una señora entraba en la puerta que estaba al otro lado del ascensor.

—Buenos días —les dijo y ellos le respondieron extrañamente sincronizados.

Notó que la mujer la revisó al completo.

La típica vecina cotilla, todo el mundo tiene una.

Fue tanto su interés en ella que ni siquiera se dio cuenta de que Emma iba disfrazada. Cerró la puerta y ellos bajaron a la calle.

—¿Va bien? ¿No la has maquillado poco? —iba diciendo él.

María dejó caer sus párpados.

—Me dijiste que el maquillaje era con colores fuertes y apenas se le nota.

—He cambiado de opinión. —Se asomó para verla—. Va perfecta.

—Cambiado de opinión, ¿por qué?

—Porque yo no puedo tomar esa decisión, vuestra opinión no cuenta, y su madre no está.

Bajó la vista para mirarla de nuevo. La niña volvía a olerse el vestido. Le pasó la mano por el fino pelo enroscado.

—En el momento en el que lo hemos dejado a tu criterio te has echado atrás.

—Eso es.

Lo último que quería era que la niña fuera diferente al resto por su culpa, por no tener ni idea. La responsabilidad le parecía de un peso infinito. Y solo el pensar que una decisión no fuese la correcta hacía que le invadiese una pena que no podía soportar.

No querría estar en la piel de ninguno de los tres.

Ángel se estaba apañando bien con la barra del carro, llegaron a la guardería y en la puerta había un popurrí de niños disfrazados de diferentes temáticas. Enseguida su mirada se dirigió hacia los roqueros.

—Esa lleva purpurina rosa en los ojos y rabillos —le dijo Ángel.

—Sí, pero esa otra no.

Y había una más cuya madre había tenido la misma idea que ella al ponerle la estrella.

—Eso quiere decir que no había una decisión correcta y otra equivocada —le susurró él—. Tenlo en cuenta para la próxima vez.

—No va a haber próxima vez. —Ángel se sobresaltó mientras ella se inclinaba para soltar a Emma y cogerla en brazos—. Puedo cuidarla cuando me digáis o hacer por ella lo que me mandéis que haga. Pero no me pidáis que decida porque lo paso muy mal.

Emma le cogía la cara para que la mirase y le puso los dedos en la comisura de la boca.

—Triste no —lo dijo más claro que la mayoría de las palabras que usaba.

—No estoy triste, cielo. —Le besó en la frente.

Pero sí lo estaba. De hecho, tuvo que apartar la mirada de la niña y girar la cabeza para que no la siguiese viendo a ella. Por suerte la directora había salido a recibir a los niños y estos hicieron una fila para ir entrando. María la dejó en el suelo y Ángel la llevó hasta la fila.

Tuvo que apartarse del resto, sentía los ojos cada vez más pesados y lo de la garganta se hacía insoportable. Continuó alejándose por la acera hasta dos o tres casas más adelante.

Cogió aire mientras su mirada se perdía en la fachada de una de las casas, del balcón superior colgaba una cuerda con tres muñecos de reyes magos, uno rojo, uno dorado y uno azul. Los tres se le emborronaron y bajó la cabeza para limpiarse los ojos.

Sintió el contacto de una mano en la espalda y cerró los ojos cuando Ángel encajó la cara de la chica en su pecho.

—Ella no va a estar más para opinar ni para decidir o ayudar a tomar decisiones. Ni la suya ni la mía. Aunque sean asuntos sin importancia. Tampoco estarán en los importantes. Nunca más. —Tragó saliva, el llanto iba a romper en cualquier momento—. Y a Emma y a mí no nos queda más que jodernos. —Abrió la boca y echó el aire de golpe mientras el pecho le tintineaba.

—Sí —respondió él y ella alzó los ojos enseguida para mirarlo—. No te voy a mentir, sí.

Apretó la lengua en el paladar y los labios uno contra otro mientras le rebosaban los ojos de nuevo.

—Como estoy yo, como está mi padre, como vuelve a estar Esteban, es lo que nos queda a los que nos quedamos, jodernos mientras los demás siguen pasando. —Ángel la apretó contra él y le puso los labios en la frente, presionando con ellos. María volvió a cerrar los ojos y se agarró a la solapa de su abrigo.

Aún con los ojos cerrados, sintió en la cara el roce del dorso de su mano.

—Guarda el brazo. —Su tono sonó a canción cansina, Ángel era peor que un niño pequeño.

Inspiraba aire despacio, el llanto pasaba, podía notar el frescor en las mejillas. Volvió a coger aire, cada vez entraba con más facilidad. Tenía que reconocer que la tranquilidad que transmitía el pecho de Ángel ponía lo suyo de su parte. No eliminaba la pena, eso era imposible, pero permitía respirar mejor mientras se soportaba.

Entreabrió los ojos y soltó el aire de nuevo por la boca.

—Hermano. —Oyó la voz de Esteban y movió la cabeza para mirarlo.

Él había puesto una mano en el brazo de Ángel, pero se detuvo a mirarla a ella, siendo consciente de su estado. Esteban negó con la cabeza mientras desviaba la cabeza hacia el otro lado.

—Puff —volvió a negar con la cabeza y se llevó el puño a la boca.

Aquí es que tenemos todos un cuadro de narices.

Ángel pasó el otro brazo alrededor de su hermano, que dejó caer la cabeza en su hombro. Hasta ella apoyó una mano en la espalda de Esteban y lo apretó, cuando ella misma retornaba el

llanto de nuevo, y como continuasen así, acabarían arrastrando con ellos a Ángel. Que aunque pudiese mostrarse entero, ya sabía lo que podía haber bajo aquel colchón de plumas en el que era tan confortable apoyarse.

María se llevó la mano a la cara para limpiarse, Esteban alzó la cabeza y ella lo miró.

—Triste no —le dijo y lo vio sonreír levemente al reconocer la expresión de Emma.

Sintió la presión en la espalda, llegaba un beso sonoro en la sien, y Esteban se llevó otro.

—Ya, los dos —les dijo Ángel dándoles un alto para que parasen. María fue consciente de que estaba más cerca de dejarse arrastrar de lo que aparentaba.

Se dieron la vuelta para entrar en el centro. Ángel le dio la mano y vio que le pasaba el otro brazo a Esteban por la espalda.

Miedo le daba la siguiente revisión.

19

No era la primera noche que Ángel se quedaba a dormir en el apartamento, y eso era malo porque tan solo hacía falta un picotazo para que quisiera más.

—Vas a llegar tarde —le dijo ella retirando sus nalgas del hueco que él dejaba al acostarse de lado.

Pero sabía que era tremendamente difícil salirse del cobijo del nórdico, con los grados que se acumulaban con dos cuerpos desnudos dentro. Ángel metió su nariz en el lateral de su cuello.

—Que sepas que no he intentado convencerte por puro egoísmo —le respondió él y ella se giró para mirarlo—. Después de cómo te pusiste el otro día con lo de Emma, voy a tener suficiente hoy con mi hermano.

Ella asentía.

—Pero no voy a admitir negativa para la cena de Navidad —añadió y ella se incorporó de un salto hasta sentarse en la cama. El frío en los hombros fue inmediato.

—No.

—Sí. —Tiró de ella para que volviese a tumbarse, esa vez boca arriba para poder pasar un brazo por encima de ella y apoyarlo al otro lado e incorporarse.

Quedó completamente atrapada bajo él en una postura que ya conocía bien, y que la hizo morderse el labio. Ángel le vio la intención de subir la cadera para pegarla a él y se la sujetó.

—No quiero que estés sola. —Se inclinó para besarla—. No voy a permitir que estés sola —negó con la cabeza—. Y me da igual que te dé vergüenza, que te encuentres fuera de lugar o que sientas que sobras. Porque nada de eso es realidad para nadie más. Vendré por ti y vendrás conmigo aunque tenga que echarte al hombro y llevarte yo.

María alzó las cejas, pero él volvió a besarla y esa vez se dejó caer sobre ella en el beso. Se retiró en cuanto vio que aquello podía extenderse demasiado.

—Y ahora sí, me voy, es tarde. —Le dio un beso más y se incorporó para levantarse.

Observó cómo se dirigía al baño mientras recogía su ropa de la silla. Se levantó y cogió un pijama de algodón del cajón. El agua se escuchaba en el baño. Recogió las zapatillas que Ángel había comenzado a dejar allí y las puso en la rejilla de los zapatos bajo el mueble de la entrada.

Fue directa a la cocina y sacó la leche. Se asomó a la ducha, podía verlo a través del cristal de la mampara. El morado del hombro desparecía despacio, tomando un color grisáceo.

—¿Quieres desayunar algo? —Ladeó la cabeza, seguía observándolo. Nunca se cansaba de ver aquel espectáculo.

—He quedado para desayunar con mi padre y mi hermano, solo leche.

Él solía decir solo leche porque ella no tenía cacao en polvo del que tomaba él. Pero ya se había hecho con un bote teniendo en cuenta que esperaba que fueran muchas las mañanas que él amaneciera allí.

Sonrió regresando al salón. Cuando ya tenía la leche sin grumos de cacao, lo vio salir del baño abrochándose la camisa.

—No tenías que…

—No —lo cortó ella, arrastrando la taza por la encimera de la isleta hasta ponerla frente él—. Pero lo he hecho.

Ángel sonrió.

—Gracias. —Sabía que quemaba demasiado y él lo comprobó en un pequeño sorbo.

Volvió a mirar la hora.

—Vengo cuando acabe, ¿vale? —resopló—. Te aviso cuando salga.

—No voy a moverme de aquí, puedes venir cuando quieras. —Apoyó el codo en la encimera y dejó caer la cabeza en la mano—. No hace falta que vengas en cuanto acabe. Tu padre tiene la mañana libre, ¿no?

Ángel la miró.

—No, creo que ya tiene planes. —Y ella frunció el ceño al oírle el tono irónico, una ironía en no muy buen sentido—. No quiere decirlo claramente o al menos a mí. Quizá Esteban sí lo sepa.

Ya iba imaginando por dónde iba el asunto.

—Está todo el día hablando por el WhatsApp y en cuanto puede coge la puerta y no dice dónde va. —No podía creerlo, lo estaba viendo molesto—. Está saliendo con una mujer. —Alzó la mano en el aire y la movió—. Hasta sé quién es. —Miró a María—. No es que yo haya intentado indagar ni nada, de hecho no quiero saber nada, pero alguien del barrio me hizo un comentario hace unos días de una mujer que trabaja en una cafetería…

No puedo creerlo.

—¿En serio? —lo intentó cortar ella.

—Sí, allí mismo en la calle de atrás.

María negó con la cabeza.

—No me refiero a eso. —Dejó caer los párpados—. ¿En serio estás molesto?

Ángel se retiró de la encimera y se irguió. Le iba a costar reconocerlo.

—Digamos que no…

—Te parece bien —acabó la frase ella.

Él la miró.

—No es del todo eso. Suena egoísta, lo sé. Pero… —Miró a María algo desconcertado—. Lo he recibido como una ofensa hacia mi madre, sí. Ella hace nada estaba por aquí y ahora… —negó con la cabeza.

—No lo has recibido como una ofensa a tu madre, lo has recibido como una ofensa a ti —respondió ella.

Vio cómo su cara cambió por completo. Era la primera vez que lo veía con unas notas de enfado. Algo profundo y desde adentro que no podía remediar. Le importaba poco que esa frustración la pagase con ella por decirle lo que pensaba, que estaba convencida de que era lo más parecido a la verdad.

—Es mi madre, no puedo evitarlo. Además, es mi obligación como hijo exigir un respeto hacia su memoria.

María apoyó el otro codo para sujetarse la cara con las dos manos mientras echaba el cuello hacia atrás y se inclinaba al completo.

—Dime en qué momento se le ha faltado al respeto a su memoria.

Ángel soltó la taza en la mesa.

—Mi padre está saliendo con otra mujer, es como sustituirla.

—Tu madre era su mujer y la madre de sus dos hijos, no creo que haya manera de sustituirla. A ti te duele que se esté ilusionando con otra mujer que no sea ella. Pero ese es tu problema, tuyo por dentro contigo mismo. Un pensamiento respetable, es normal y lo entiendo, pero me parece absolutamente egoísta que lo exteriorices y lo pagues con tu padre, que no creo que esté haciendo nada malo.

—Es que ni siquiera se ha atrevido a decírmelo. —Sí, estaba dolido, y enfadado. Mucho.

—Y viéndote cómo te pones, me parece perfecto que no haya querido decírtelo. Porque lo que más necesita ahora mismo es a un hijo con una rabieta.

Él la miró como si acabase de decir una barbaridad.

—Yo no tengo una rabieta y tú no vas a entenderlo. Tus padres se separaron, tú tienes normalizado que tu padre esté casado con otra mujer que no sea tu madre.

—Claro. —Se irguió y se giró dándole la espalda para coger el pan de molde de uno de los muebles—. Entonces, según tú, tu hermano debería de tirar su vida sentimental por un barranco el resto de los años que le queden, y eso que solo tiene treinta y dos.

Se giró para mirarlo un instante. Ahí se había quedado sin argumentos.

—Tu deber como hijo claro que es respetar a tu madre, que no está, pero también es respetar a tu padre mientras esté vivo y también sus decisiones. —Dejó el paquete en la encimera y la rodeó para llegar hasta él—. Y si se ha enamorado, deberías de alegrarte y desear que salga bien. Por él.

Ángel bajó los ojos para mirarla

—No puedo —dijo a media voz.

—¿No puedes alegrarte?

—No.

Le agarró la tela de la camisa a la altura del pecho.

—Vale. —Era como si él hubiese retrocedido unas décadas. En algo llevaba razón, ella no podía entenderlo. Pero quizás si reflejaba su mismo dolor, el que sentía en la pérdida, en el seno de una familia normal, podría acercarse a saber lo que significaba—. ¿Puedes al menos no enfadarte con él? Sería una buena forma de empezar a encajarlo.

Ángel bajó la cabeza, podía ver la tensión en su mandíbula.

—¿Otra mujer entrando en mi casa? —Le notó en la voz que aquello había pasado de enfado a otra cosa más.

—No, escúchame. —Le levantó la barbilla—. Puede que así de sopetón sea… —suspiró y sintió bajo la mano que el pecho de Ángel se había encogido—, difícil.

Su pecho volvió a encogerse y esa vez él se llevó la mano hasta la nariz.

—Pero puedes hablar con tu padre, sin enfadarte, sin hacerlo sentir culpable por nada, y pedirle que al menos lo que tenga pensado hacer, sea despacio porque tú necesitas tiempo.

Ángel se sorbió la nariz y ella lo rodeó con los brazos, sintió el peso de su cabeza en el hombro.

—Puedes contarle cómo te sientes, él te quiere, buscará la mejor manera. —Lo besó en la sien como él solía hacer con ella—. Enfadado lo único que conseguirás es alejarte de tu padre. Y estoy convencida de que, aunque ahora estés así, quieres que él sea feliz.

Se retiró de él para mirarlo. Ángel apretaba los párpados una vez y otra, irguiéndose de nuevo.

—Soy una caja de alegrías, eh —dijo él con ironía y ella sonrió.

—Sí, eres un regalo con un lazo enorme —respondió y él negó con la cabeza riendo.

—Lo siento. —Ángel le pasó el dedo por la mejilla.

—Anda, vete ya, que vas a llegar tarde. —Lo empujó hasta la entrada. Él se inclinó para besarla.

—Gracias —le susurró al oído y volvió a besarla.

María suspiró tras cerrar la puerta. Verlo así conseguía encogerle el pecho, una trasmisión sobrenatural de sentimientos y sensaciones. Le dolía cada cosa que le doliese a él y eso la desconcertaba.

Regresó al salón de nuevo y se apoyó en la isleta. Lo del pecho aún no se había ido del todo, como si ella misma hubiese llorado o se hubiese alterado. Un dolor ajeno que recibía de primera mano, una lanza que los ensartaba a los dos.

Lo quiero.

Querer tenía un significado muy amplio. No era ese querer normal, era uno que se abría por dentro para lo bueno y lo malo. Y eso estaba convencida de que nunca lo había sentido.

Ángel había conseguido calarse por cada parte de su cuerpo, como aquel agua que hizo

tambalear un edificio. Así, exactamente así se encontraba ella. Calada hasta el subsuelo y con la posibilidad de desprenderse a trozos.

Lo quiero.

Y no había vuelta atrás.

Se sobresaltó con el sonido del timbre. Sería él, que habría olvidado algo. Cogió el telefonillo.

—¿María?

¿Mi padre?

—¿Papá?

Oyó la risa al otro lado.

—¡Sorpresa! —dijo sin dejar de reír —. ¿Podemos subir?

—Claro. —Le dio al botón y oyó cómo la puerta se abría.

Su padre se habría cruzado con Ángel abajo. Era una suerte que no hubiese llegado antes, y aunque ya no estaba en circunstancias de dar explicaciones, entendía que un hombre desconocido y semidesnudo en el apartamento de una hija nunca podría resultar agradable.

Su padre había llegado a la planta superior jadeando.

—¿Y tú quieres esquiar? —le dijo riendo y él rio también—. No puedes ni subir las escaleras sin asfixiarte.

Vio a Paz tras él, que también reía con sus palabras.

—Siento no haberte avisado —le dijo su padre—. Pero queríamos que fuese una sorpresa, a riesgo de no encontrarte o encontrarte… en fin.

Besó a su padre.

—Lleva dos meses sin fumar, eh —le dijo Paz besándola también.

Al fin les había hecho caso en algo y se alegraba.

—Pasad, ¿queréis desayunar? —les dijo.

—No, no, hemos desayunado por el camino —respondió su padre—. Vamos ya camino a Andorra, pero queríamos parar a verte.

Su padre le puso la mano en el hombro. Que no esperase la visita hizo que el sentimiento fuese aún mayor, ver a su padre sin esperarlo, ver que había parado solo para verla, había hecho que sus cuerdas vocales se enganchasen a algo que empujaba hacia abajo. Quizás el estado en el que estaba cuando llegaron tampoco era óptimo, Ángel conseguía ablandarla sobremanera, lista para moldear. Y su padre había recibido el testigo sin saberlo.

Vio que ambos recorrieron el piso con la mirada con cierto disimulo. Paz sí se detuvo en las zapatillas de Ángel, pero la mujer fue prudente y no dijo nada. María se mordió el labio.

—¿Has estrenado el abrigo? —le preguntó Paz cuando su padre divisó el zapatero. Y fue un auténtico dispersor de atención.

María contuvo la sonrisa.

—Aún no. Pero me encanta —respondió.

Paz sonrió satisfecha.

—Mi hijo está saliendo con un diseñador y le encargué tu regalo.

Ya era hora de que decidiese ser él mismo. Y me alegro. Es un buen chico.

—Tiene un gran talento y una colección maravillosa. En cuanto vengas a Valencia lo conocerás.

Su padre dio un paso hacia ella.

—Porque vendrás a Valencia, ¿no? —Le puso la mano en el hombro—. Nosotros volvemos en una semana, estaremos allí en fin de año. Y no me busques excusas.

María abrió la boca para responder, pero la cerró. Había estado convencida demasiado tiempo de que ella no le importaba, de que tendría que hacer su vida porque la de ambos estaba planteada para seguir su camino. Lo de la garganta seguía tirando.

—Hija. —Le puso la otra mano en el otro hombro—. Sabemos que quizás no nos tengas como… —Bajó la cabeza—. El tiempo que estuve trabajando fuera, demasiados años, y en unos días no se puede alimentar nada —suspiró—. Pero eres mi hija y te quiero. —Vio a Paz con una amplia sonrisa mientras su padre la besaba. María bajó enseguida la mirada—. Y voy a estar aquí siempre. Siempre.

Paz dio unos pasos hacia ellos.

—Somos tu familia —dijo la mujer agarrándole el brazo.

María notó cómo su propio pecho se encogía al inspirar y daba un rebote. Se dejó caer en su padre y este la besó de nuevo.

Tragó saliva intentando evitar las lágrimas.

—Y quiero que te replantees el volver a casa. No tienes por qué irte. Tienes en Valencia tu casa, tus amigos y tu familia. Nosotros. A mí me encantaría que volvieras y nos dieras una oportunidad a todos.

Se hizo el silencio, no fue capaz de abrir la boca.

—Tenemos hasta las cinco, que sale nuestro avión, para que nos cuentes cómo te va todo por aquí, porque por teléfono sueles ser muy escueta —añadió su padre—. Así que vístete que vamos a salir. Pero antes… —Miró a Paz sonriendo—. Queríamos traerte nuestro regalo.

—¿No era el abrigo?

Su padre movió la mano en el aire quitándole importancia.

—Eso fue por lo del incidente, no por Navidad —dijo—. Por eso tiene ese aspecto como de avestruz.

—Angelical —lo corrigió Paz y ella contuvo la sonrisa—. Le contamos a Darío lo que te pasó y él buscó un diseño acorde.

—Pues dile a Darío de mi parte que lo clavó. Y que tiene a mis compañeras absolutamente enamoradas de ese abrigo.

Paz sonrió satisfecha. Supuso que su hijo, que siempre tuvo gran gusto por las prendas y el diseño, también tendría algo que ver.

Vio que su padre se sacó una caja negra rectangular y plana de su bolsillo. Y se la dio para que la abriese.

—Nuestro regalo es este.

Cogió la caja, no pesaba nada. Levantó la tapa superior y emitió un grito.

Eran las llaves de un coche. Un mini exactamente.

—Papá. —Eso lo esperaba tan poco como su visita.

Su padre era cirujano ocular, y Paz médico estética, no tenían problemas económicos ni mucho menos. De hecho, el alquiler de aquel apartamento había insistido en que estuviese a su cargo y ella se apañaba el mes con el dinero del alquiler del piso que su madre le dejó en Valencia.

Pero ¿un coche?

—Así no tendrás que esperar a que te indemnice la aseguradora —añadió su padre—. Hemos venido montados en él —rio—. Si te lo enviaban no llegaría hasta después de las fiestas. Está abajo, ¿quieres verlo?

Ella asintió sonriendo.

—Pues vístete —le dijo y ella se giró para echar a correr al cuarto.

Pero volvió a darse la vuelta y se lanzó a abrazar a su padre.

—Gracias —le dijo.

—No me des las gracias, dime que vas a venir a Valencia a terminar y empezar el año con nosotros. Y ya hablaremos.

Su padre la rodeó con los brazos.

—No es tarde, hija. Estamos a tiempo —añadió y la besó en la mejilla.

María se retiró de su padre limpiándose los lagrimales. Cogió aire por la boca, pero rebotó en su pecho y volvió a salir. Paz la rodeó por el otro lado y la abrazó también.

—No quiero ocupar ningún lugar —le dijo y sintió cómo el vello se le erizaba por todo el cuerpo—, pero me gustaría que me dieses la oportunidad de tener un hueco, aunque sea pequeño.

Miró a Paz mientras apretaba los labios. La mujer tenía los ojos llenos de lágrimas. María asintió con la cabeza.

—Chiquilla, vístete, que va salir nuestro avión y no nos va a dar tiempo de nada —le dijo su padre empujándola hacia el dormitorio.

Se retiró de ellos riendo y se dio media vuelta hacia el dormitorio. En la mesa junto al cristal seguía sentado el reno de los ojos saltones.

Tragó saliva intentando aflojar la garganta. Demasiados sentimientos nada más levantarse. Rompió a llorar.

20

Llevaba un vestido de lana blanco y aquel efecto metalizado que le había gustado a Ángel. Desenchufó la plancha de pelo y la dejó en el suelo. El flequillo ondulado no le gustaba cuando llevaba coleta.

Se había maquillado los ojos de gris con algo de purpurina plata y morada. Un dúo cromático que le iba bien al abrigo. Porque ya se había decidido a estrenarlo.

Sonrió al mirarlo. Aunque lo llamaban abrigo, era un combo entre vestido y abrigo, podría habérselo puesto solo. Ahora que sabía su procedencia sentía curiosidad por ver el resto de los trabajos de aquellos dos.

Se lo abrochó y se colgó el bolso. Cogió aire y lo soltó de golpe. Por mucho que le hubiese dicho Ángel, el sentimiento de estar fuera de lugar no había quién se lo quitara.

Pasó la mano por los trozos donde estaban las plumas que, al igual que la tela, también tenía entremetido hilos plata, dándole aquel aspecto mágico.

Se miró al espejo comprobando que su cola no tenía ningún bulto en ningún ángulo, era lo que más le costaba y por lo que no solía hacerse mucho aquel peinado. Sin embargo, era donde sus ondas quedaban mejor. Se abrió el pelo por la parte de arriba para que hiciese mejor el efecto cascada y se dispuso a salir.

Ángel estaba llegando al portal. Se había empeñado en ir a recogerla.

Se detuvo en cuanto la vio, tuvo que sonreír al ver su expresión. Ella se acercó a él.

—No pienso decir ni una palabra, no las hay. —Le cogió la barbilla y se detuvo a mirarla. Con aquella forma de mirarla era cierto que no hacían falta palabras. Le atrapó los labios con los suyos—. Y en cuanto llegue a casa pienso cambiarme. No pienso acompañar a la reina de las nieves así —añadió y ella empezó a reír.

—A ti no te hace falta nada de esto —dijo María.

Eres un dios con ropa, sin ropa, en la ducha y hasta bajo una lluvia de cascotes.

—Ni a ti tampoco. —Ángel volvió a acercarla a él para besarla de nuevo—. Pero te queda de maravilla.

El beso se alargó y temió que acabasen vuelta atrás en vez de avanzando hacia delante. Se retiró de él y Ángel bajó la mirada hacia el abrigo. Pasó la mano por uno de los parches con plumas.

—¿Este es el que te enviaron? —preguntó, aunque ya lo imaginaría—. Significa mucho que te lo hayas puesto —sonrió—. Y yo me alegro por ti.

La besó en la frente.

—Aunque corra el riesgo de que no regreses —añadió con ironía y ella lo empujó.

—No seas tonto. —Volvió a empujarlo y él la miró de reojo.

—¡Qué bien te vas a llevar con mi padre! —respondió riendo.

—No me lo recuerdes. —No se le iba la sensación de bochorno.

Tiró de ella fijándose en la bolsa que llevaba.

—Te dije que no trajeras nada.

—Y yo he hecho lo que me ha dado la gana. —Apartó la bolsa de él para que no mirase dentro.

—Pues se ve que pesa —dijo intentándola coger y ella se la pasó a la otra mano—. Y suena —añadió y María tuvo que reír.

—Y va a terminar rompiéndose si sigues así. —Alzó las cejas—. ¿Podemos ir en coche?

Ángel negó con la cabeza.

—¿Y no poder presumir de la reina del hielo atravesando Madrid? —dijo él y María ladeó la cabeza y se giró levantando un pie para que viese el tacón de las botas—. Vale.

Tenía el coche en el cargador eléctrico del campus, no sabía lo cómodo que llegaba a ser no pasar por una gasolinera. Ya tenía grabada en el GPS la dirección de Ángel, el mismo día que se lo enseñó él se lo había programado. El tráfico a esas horas no era muy denso, lo peor fue encontrar aparcamiento, solía pasar en las calles de construcciones más antiguas, se entendía que los hijos, la mayoría, volvían a casa por navidad.

—¿Qué es eso? —La mirada de María se dirigió hacia un arco de luces y paja en el centro de una plaza.

Ángel se giró para mirarlo.

—Luego vendremos —sonrió—. Lo hacen desde hace muchos años, ni recuerdo la primera vez.

Fue Ángel quien cogió la bolsa del maletero, había más allí, tuvo que ayudarlo.

—Ya veo que has hecho lo que te ha dado la gana. Mucho. —Lo oyó decir. María se apresuró a sacarlas.

—Siempre. —Volvió a mirar el arco de luces, era un portal de belén, aunque tampoco alcanzaba a ver mucho. Había algunas personas todavía arreglándolo.

El barrio de Ángel le recordaba al mismo en el que vivía con su madre aunque físicamente no tuviesen mucho que ver. Se notaba el arraigo en el ambiente de las construcciones antiguas y en vecinos que llevaban conviviendo años. Y le gustaba.

Atravesaron una calle peatonal bordeada de jardines y rodearon una hilera de bloques. Reconoció el portal.

—Lo estoy pasando muy mal ahora mismo, que lo sepas —le dijo y él rio.

—Conoces ya a parte de la familia, no es para tanto. —Ángel abría la cerradura del portal.

Empujó la puerta para dejarla pasar.

—Los niños no cuentan y a tu hermano lo he visto dos veces.

La sensación de bochorno aumentó en cuanto puso un pie en el portal, a pesar de que no era la primera vez que entraba allí. La otra vez solo estaban Ángel y Emma.

—Llevamos toda la tarde preparando la comida, a ver si te gusta —dijo él llegando a las escaleras y le cogió la mano para que subiese junto a él.

El sonido de los tacones retumbaba en el hueco de la escalera y la planta. María miró la puerta de enfrente, la de aquella vecina que tuvo tanto interés en ella.

De las que miran por la mirilla en cuanto escucha ruido.

Estuvo a punto de saludarla con la mano en cuanto vio que el agujero reflejó luz y luego se volvió oscuro de nuevo.

Si es que no fallan. Son automáticamente perfectas.

Esperó a que Ángel introdujese la llave en la cerradura, la miró de reojo un instante y contuvo la sonrisa.

—Tranquila —le susurró.

Se escuchaba la voz de Mateo en el interior y una carrera.

—Tito. —Fue lo primero que vio cuando abrió—. Mira lo que ha colgado Emma en el árbol.

Mateo fue a echar a correr hacia dentro de nuevo, pero fue consciente de que ella había entrado también. Se dio la vuelta de inmediato para darle un beso y echó a correr.

—Está muy nervioso hoy —dijo su tío.

Ya somos dos.

Se escuchaba a Emma canturreando dentro. María se puso tras el hombro de Ángel, pero daba igual dónde se pusiera. Esteban estaba en la entrada del salón y un señor de pelo blanco no tardó en ponerse a su lado.

—María. —Esteban se adelantó a besarla.

En cuanto se retiró de Estaban dirigió su mirada hacia el padre de Ángel.

—Él es mi padre —le dijo.

—Alfonso —dijo el nombre acercándose a ella—. El tuyo ya me lo sé.

El hombre la cogió por los hombros para besarla.

—Gracias por invitarme hoy a su casa —se apresuró a decirle.

—No tienes que agradecer nada, y no me hables de usted. —Movió la mano en el aire—. Lleva tus cosas al cuarto de Ángel.

María alzó las cejas y enseguida Esteban y su padre miraron a Ángel.

—No le he dicho nada —dijo él—. Estaba esperando a hacerle la encerrona aquí y que no pudiera decir que no.

¿Cómo?

Esteban asentía despacio con la cabeza a su hermano, luego miró a María.

—A mi padre no le gusta la carretera ni la calle estos días si es muy tarde y sugirió a Ángel que te quedases a dormir. Ya te hemos preparado la cama de Mateo.

¿Cómo?

—No, no, no. —Encima dejando a Mateo sin cama. Se negaba.

—Sí, sí, sí —respondió el padre de Ángel—. Que entre lo de las velas y todo acabaremos tarde y hay mucho cafre haciendo el energúmeno por ahí.

Ángel le dio con el codo en la mano.

—Puedes discutir con él hasta mañana, va a ser para nada—le susurró y María contuvo la sonrisa—. Es un melón.

Vio al hombre girarse enseguida para mirar a su hijo y esa vez no pudo cortarse tanto en no reír. Emma fue corriendo en cuanto la vio, cuando entraron en el salón estaba entretenida con los dibujos de la tele. Era un canal infantil en el que estaba comprobando que había un carrusel de capítulos navideños en los que no dejaban de cantar.

María sonrió al verla, le habían puesto un vestido rojo y unos leotardos blancos, aunque estaba en zapatillas de andar por casa. Sin embargo, se habían olvidado de peinarla, tenía el pelo aún de haber dormido una buena siesta.

La niña se detuvo en seco y abrió la boca mirando su abrigo.

—Ahora pensará que eres la de *Frozen* con el pelo oscuro —dijo cogiéndola en brazos.

La niña se echó hacia delante alargando la mano, emitiendo una protesta y él tuvo que sujetarla para que no se cayese de frente.

—Emma. —Había tenido que sacar el brazo del cabestrillo. María ya estaba convencida de que lo del hombro sería largo, lento y posiblemente desastroso.

Emma alcanzó las plumas y encogió la nariz para reír. Su tío la alzó en el aire y le acercó la cara a la suya dándole una ristra de besos.

—Ahora vengo —dijo pasillo adentro.

Estupendo, ahora me quedo aquí sola.

Miró de reojo a Esteban y al padre de Ángel.

—Te acompaño a la habitación para que sueltes las cosas —le dijo Esteban dándole en el brazo. Lo siguió por un pasillo de puertas color cerezo, se detuvo en una de ellas.

Era una habitación pequeña con dos camas, un armario y una estantería repleta de muñecos y cajas de juegos de mesa. Dejó las bolsas a un lado, en el suelo.

Esteban se había retirado de nuevo al salón y la dejó sola. Escuchaba la voz de Ángel, no estaría muy lejos. Le hablaba a Emma. Se escuchaba también un grifo.

Este hombre es para adoptarlo ya.

Contuvo la sonrisa al escuchar a Emma responderle con palabras que no podía entender y

seguir hablándole, aunque estaba segura de que tampoco la había entendido. Seguirle el juego para que ella sintiese que verdaderamente estaban teniendo una conversación.

Se dirigió hacia la puerta del dormitorio y acercó la mano al interruptor de la luz para apagarlo. Ángel le contó la invasión en su dormitorio y armario. Sonrió al recordarlo y miró de reojo el armario antes de apagar. No iba a irse sin curiosear cómo eran aquellas perchas pequeñas mezcladas con su ropa que él le decía.

Encontró a Mateo en el pasillo. Era un niño inquieto de por sí, pero aquella noche estaba como una moto.

—Ven. —Le cogió la mano y tiró de ella hasta el salón.

El niño se dirigió hacia un árbol de poco más altura que la suya, decorado con bolas de todos los colores y estilos, más dibujos infantiles, más recortes de muñecos que no tenían nada que ver con la navidad, más figuras de chocolate. Quizás de ahí que el niño tuviese manchado el jersey de marrón.

Mateo le dio un sobre. Ponía su nombre en una letra poco uniforme con trazo inseguro.

—¿Lo he escrito bien? —preguntó Mateo agarrando el sobre y mirando el nombre del revés.

María se acuclilló a pesar de que con los tacones y el vestido elástico de lana era complicado. Así que puso las dos rodillas en el suelo.

—Lo has escrito perfecto —dijo ella mientras Mateo se apoyaba en su hombro y levantaba la tapa del sobre para ayudarla a abrirlo.

Había dentro una tarjeta y la sacó.

Esto es morir de amor.

Había un monigote con el pelo ondulado color marrón. Le había pintado un vestido rojo y le había puesto un lazo en el pelo. Nunca la había visto con un vestido rojo, pero supuso que el niño había querido vestirla de navidad.

Había escrito en mayúscula «feliz navidad» con el mismo trazo irregular que en el sobre. Había un corazón debajo de la muñeca y purpurina a pegotes.

Tragó saliva e intentó pestañear para aflojar aquello. Le pasó al niño el brazo por encima de los hombros.

—Me encanta. —Lo besó—. Muchas gracias.

El niño parecía satisfecho. Luego cogió la tarjeta de la mano de María.

—Tienes que ponerla ahí —le señaló el mueble del salón.

María se puso en pie, había puestas varias tarjetas. Las miró una por una, estaban todos. Emma y él en una, otra para el abuelo, otra para Ángel, y una última en la que estaba su padre. Lo de los ojos aumentó, y también lo de todo su paladar. Esteban no estaba solo en su tarjeta navideña.

Bajó los ojos enseguida mientras respiraba por la nariz en dos suaves golpes. Tenía que mirar

hacia otro lado, disimular, distraer la atención y la cabeza o sería la primera en cagarla.

—Son todas preciosas, Mateo —le dijo al niño.

—Ponla ahí —le dijo él.

Y María cogió la tarjeta de la mano de Mateo y la colocó junto al resto, algo más retirada. Le agradeció el detalle al niño. Tenía mucho significado teniendo en cuenta que había pintado a toda la familia, a toda la gente que lo rodeaba y que seguramente eran las personas que el niño más quería en sus escuetos cuatro años.

Por lo que le había contado Ángel, su madre no era de Madrid y a sus abuelos y tíos maternos los veía pocos días al año.

Y la había pintado también a ella. Un honor.

Sintió a Ángel tras ella, se había inclinado hacia su hombro.

—No pienses que le hemos dicho una palabra, no es para que te sientas mejor aquí esta noche —le dijo él en voz baja.

Apenas la había visto unas pocas veces. Le acarició el pelo a Mateo.

—Gracias —le dijo de nuevo a media voz.

A mí me tenéis enamorada perdida.

Emma se había metido entre su hermano y ella. Tenía el pelo húmedo y una pequeña cola arriba de la cabeza, en un lado, con un lazo rojo considerable.

María cogió el pequeño rizo que se le había formado en la diminuta coleta.

—¿Sabes hacer colitas? —dijo riendo mientras se enroscaba el rizo en el dedo.

—Tuve que aprender a pasos acelerados de un día para otro —respondió él tirando de ella—. Ven.

La llevó hasta una puerta abatible que había en el salón y la empujó para abrirla. Era una cocina estrecha con los muebles en forma de ele, de muebles color crema y encimera oscura tipo mármol. Encima había varias bandejas repletas de comida, una de ellas, redonda y plateada, tenía un paño cubriendo lo que hubiese debajo.

—¿Todo esto es para cuatro adultos y dos niños? —El olor que desprendía la salsa que bañaba una pieza de carne olía tremendamente bien. Había comido solo unas rebanadas de pan de molde a mediodía y su estómago respondió.

—No, los niños comen otra cosa —dijo él—. Va a sobrar, ¿verdad?

Jolín, si va a sobrar.

—Yo os estaba diciendo que era mucho. —Su padre se asomó por la puerta—. Le tendríamos que haber dicho a mi hermano que viniera.

Ángel miró a su padre.

—Esteban no tenía ganas de llenar esto.

—Bah, tres personas más que menos. —El padre de Ángel abrió uno de los cajones y sacó un

paquete de servilletas de papel decoradas.

—No son tres personas. —Ángel sacó los platos de otro de los muebles.

Ella se apresuró a ayudarle.

—Ni se te ocurra hacer nada aquí —le dijo el hombre—. Vete al salón.

Ella lo miró frunciendo el ceño. Lo último que quería, encima de tener el bochorno de estar algo fuera de lugar, aunque tenía que reconocer que estaban haciendo que se fuera disipando, era estar de señorita.

—Eres nuestra invitada, así que espera en la mesa. Suelta eso —dijo el hombre cogiendo los platos que llevaba ella y María aprovechó para coger el paquete de servilletas navideñas.

—Solo llevo esto, ¿vale? —No pensaba quedarse sentada, de ninguna manera. Ya buscaría las vueltas para seguir llevando cosas.

Ángel dejó los platos en la mesa y se puso frente a ella. Le acercó las manos a los botones delanteros del abrigo.

—Lo dejo en la cama. —Se lo resbaló hombros abajo—. No vaya a ser que lo manches.

Ella bajó los ojos hacia la tela, formaba unas canaletas y de cerca podía apreciar las rayas entre unas y otras, era ahí donde estaba el hilo plata. Ángel se lo echó en los brazos, le vio poner cuidado en no doblarlo.

Emma volvió a pasar la mano por las plumas de la parte baja cuando su tío pasó por su lado para ir al dormitorio. Luego la miró a ella, le gustaba su forma de sonreírle. Era más una morisqueta para que ella riera que una sonrisa en sí. Luego echó a correr hacia ella y se tiró del cuello de su vestido rojo a la vez que levantaba la barbilla.

—*Ole* —dijo la niña y ella se inclinó acercándole la nariz al cuello.

—Uhhh, qué bien huele.

Esteban regresaba del pasillo junto a Mateo y rio mirando a la niña. Él apenas había abierto la boca, ni siquiera sabía dónde se había metido.

Emma tiró de su mano para acercarla al árbol. Le gustaba aquel afán de los niños por enseñarlo todo.

—Mamá —le señaló arriba del árbol.

María miró el árbol buscando algún dibujo o foto. Pero no había nada en la parte superior. Emma le tiraba del vestido y cuando la miró levantó los brazos para que la cogiese. Desde la nueva altura pudo ver mejor a dónde señalaba.

—Ahí. —Esa vez sí pudo entenderla.

Oyó cómo sonaba el timbre, pero no desvió un ápice la vista, seguía la línea que señalaba la niña.

La estrella.

—Mamá —repitió Emma.

Miró a la niña que no dejaba de mirar la estrella, y le hacía aquel gesto arrugando la nariz mientras María notaba cómo el pecho se le iba plegando y haciéndose un gurruño. La cara de la niña se le emborronó levemente.

Contuvo la respiración siendo consciente de cómo tendría que ser la noche para Esteban. Se metió los labios entre los dientes y apartó la mirada de la niña un instante. Volvió a coger aire y volvió a mirarla. Ella le había cogido la cara con las dos manos.

—Mi mamá también está ahí —le susurró y Emma se inclinó y le dio un beso en la nariz. Luego le clavó los dedos en la comisura de los labios.

—Triste no.

María negó con la cabeza.

—Triste no —repitió María y sonrió a la niña.

Emma volvía a ponerle las palmas de las manos en las mejillas y volvió a tirarle de la nariz para que riese. María la apretó contra ella y la besó en la sien.

Lo de esta niña es de otro mundo.

Volvió a besarla de aquella manera en la que lo hacía Ángel, una cadena de besos. Ni siquiera sabía que podrían gustarle los niños. Nunca tuvo uno cerca. Tampoco sabía lo que se perdía.

Giró la cabeza para mirar hacia la entrada del salón. Había dos jóvenes y una señora, así que se dio media vuelta al completo para no darles la espalda aunque no supiera quiénes eran.

—Buenas noches —les dijo sonriendo con toda la cordialidad que pudo.

Vio los pliegues en la frente de Ángel. La respuesta de aquella gente nueva fue más tensa que cordial. Quizás no la esperaban allí, tampoco tenía ni idea de quiénes eran. Pero era como si acabasen de ver al Grinch.

Emma, sin embargo, levantó la mano y empezó a saludar con ella.

—La niña está muy linda —dijo la mujer más mayor, intentando disuadir algo que María ni siquiera sabía lo que era.

Cago en la leche, ¿quiénes serán?

No se atrevía a dar un paso para acercarse a la mesa y menos aún a la entrada donde estaban las tres. El padre de Ángel se metió en medio y dijo algo que no pudo escuchar bien.

Ángel logró abrirse paso y entrar en el salón, María volvió a mirar de reojo hacia la puerta. No tuvo que preguntar ni qué pasaba, Ángel se inclinó enseguida hacia su hombro.

—Es mi antigua novia, con la hermana y la madre. —Se sobresaltó al oírlo—. Viven en la calle transversal. Han venido a vernos por si necesitábamos algo.

Le lanzó a Ángel cierta mirada rígida.

—Te dije que no era buena idea venir.

Ángel negó con la cabeza quitándole importancia.

—Han venido sin avisar, es algo que siempre han hecho porque conocen a la familia, desde antes de… —Movió la mano—. Pero este año no procedía.

María volvió a mirar hacia la puerta.

—¿Cuál es? —preguntó en voz baja mientras bajaba la vista hacia su pecho.

¿Eso qué coño ha sido?

Un pequeño calambrazo con forma ramificada, justo en medio, bajo las clavículas, pero muy adentro.

—La del vestido rojo.

De nuevo sintió una segunda subida de electricidad en el pecho, con la misma forma ramificada.

Ella y Ángel…

Un tercer calambre la hizo entreabrir la boca. No entendía qué le estaba pasando. No era muy dada a aquellos sentimientos, y la muestra la tenía el día que salieron a aquella fiesta. Nunca le importaron las otras. Pero esa vez sí. Ella en concreto sí.

Ladeó la cabeza mientras las veía a través del cristal alejarse hacia la salida. Pero Emma le daba con el dedo a una de las bolas del árbol para balancearla y tuvo que sujetarla para que no echara el peso más hacia delante.

—Sabía que la veríamos luego abajo, pero no esperaba que viniesen aquí. —Se sobresaltó al oírlo.

Abrió la boca pensando cómo hacer que no se le notase que al menos la debería haber avisado sin revelar los calambres del pecho. Pero la puerta se oyó cerrarse y Ángel miró hacia la entrada del salón. Cruzó una mirada con su hermano y se acercó a él.

Agudizó el oído hacia donde estaban ellos. La bola que tocaba Emma tintineó y se cayó al suelo.

—Uiiiii —dijo Emma y Mateo se apresuró a recogerla.

«Ella no, ha sido la madre. Le ha dicho que sentía mucho haber venido, pero que no esperaba que su hijo se hubiese buscado a otra tan rápido y que encima la trajese aquí».

Ostras.

Sujetó a Emma con un brazo para recoger la bola que le daba Mateo.

—Gracias, cariño. —Volvió a colgarla en la rama.

«Y papá le ha respondido que su hijo puede hacer lo que le dé la gana y que en su casa entra quien él quiera. Y que María es bienvenida en esta familia».

Alzó las cejas.

—¡Papá! —Oyó llamarlo a Ángel, aunque en su tono pudo apreciar que estaba conteniendo la risa.

—¡Qué arreen! Van a venir a mi casa a tocarme las narices una noche como esta.

Tuvo que sonreír a pesar de la ligereza en las piernas y de la incomodidad que suponía ser la razón de una tensión así.

Ángel estaba de nuevo junto al árbol. Lo vio con cierta incomodidad, y buscaba en su cara algún rastro de ofensa o enfado. Sintió su mano al comienzo del cuello, bajo su mandíbula.

—Lo siento —dijo, seguía buscando en sus ojos.

—Más lo siento yo. —Desvió la mirada.

—Tú qué vas a sentir —dijo el padre de Ángel desde la mesa, dejando una de las bandejas—. Tú, precisamente, eres quien menos debes disculparte, se debería disculpar ella por las formas. Pero es que no puedo con el cinismo de esta gente. Vienen de buenas, de qué pena de familia, pobrecitos todos. Te ven a ti, preguntan quién eres, le respondo y ya no les importan las circunstancias ni la pena, van a faltar al respeto sin piedad. —Miró a Ángel—. A parte de que sabes que esa siempre me ha caído como tres patadas, es una de las cotillas malas del barrio. Me refiero a la madre, la muchacha no parecía mala. —Se apresuró a mirar a María—. Con perdón.

María sonrió. Aquel hombre y su manera de hablar desprendían un irónico hartazgo general de la estupidez del mundo. Y cada vez que abría la boca le era difícil contener la risa. Esperaba llevarlo bien y que él no lo considerase una falta de respeto.

Aparte le agradecía la parte que le había tocado a ella. Dio unos pasos hacia él, que acababa de colocar los cubiertos.

—Con perdón, eh —repitió el hombre y ella sonrió. No iba a ofenderse por eso, ni de lejos lo haría por algo así. Si ni siquiera reconocía el porqué de aquellos calambres en el pecho. Ella no era así.

Le puso la mano sobre el jersey a la altura casi del hombro.

—Gracias —la joven lo dijo con la mayor tranquilidad que le fue posible y el hombre sonrió.

Emma se inclinó hacia su abuelo y se apoyó en él mientras emitía aquellos ruidos de muñecos. Sintió un toque en el brazo.

—Ven —le dijo Ángel.

Dejó a Emma en los brazos de su abuelo y siguió a Ángel hasta la cocina.

—Escúchame. —Le cogió la cara.

Empezamos con las carantoñas, se cree que así lo va a tener más fácil. Y la verdad es que sí.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? —respondió ella y él alzó las cejas—. No decirme que iba a dormir aquí, no decirme que hoy tendríamos a tu ex de postre porque vive en la esquina de tu casa, o lo que ha dicho esa mujer a tu padre porque yo estoy aquí.

Lo dijo sin respirar.

—Todo eso. —Ángel seguía buscando en sus ojos y algo lo tranquilizó.

Si es que me tienen derretida todos. No puedo ni molestarme.

—Y lo que no te he dicho ha sido porque no quería darte más excusas para que no vinieses. —Se acercó a ella y la rodeó por la cintura—. Pero ya que quieres que te cuente el resto, voy a ser sincero del todo. —Se inclinó para rozar sus labios con los suyos—. La razón por la que no quería que te negases a venir no era por ti.

Y eso sí que no lo esperaba, de hecho se retiró cuando vio que la boca de Ángel se entreabría para cubrirle los labios.

—Ni era para que no estuvieses sola —añadió él acortando la distancia entre sus bocas de nuevo y ella volvió a retirarse. Pero ya no había mucho más margen de escapar, no sabía si tenía detrás un mueble o pared, solo sabía que su nuca no chocaba contra algo porque él había metido la mano en medio—. Porque tú no ibas a estar hoy sola de ninguna manera. Lo hice por mí. Y lo hice por ellos. —Miró hacia la puerta.

Dejó de tensar el cuello alejando la boca de Ángel. Sintió su mano en la nuca entre ella y lo que fuese, y al aflojarse se dejó atraer por él. Pero Ángel no se detuvo en sus labios, pegó su cara a la suya y alcanzó su oído. La joven cerró los ojos.

—Te quiero —le dijo a media voz y le besó bajo el lóbulo de la oreja.

Ahora le tocaba responder, contuvo la respiración. Tenía muchas razones para entender lo que le estaba pasando, lo había ido comprobando día tras día. El desconcierto de que fuese tan sumamente pronto conllevaba las consecuencias en forma de los calambrazos que había recibido en el salón por la presencia de la otra chica, la inseguridad que le producía sentirse fuera de lugar, una desconocida, alguien que había irrumpido un día cualquiera en la vida de Ángel y no quería irse. La inseguridad de ser alguien acabado de llegar frente a una relación de años, una mujer que seguramente lo conocía mejor que ella y contra eso, en aquel momento, no podía competir.

A ella y a él solo les llovió el cielo a trozos.

Seguía con los ojos cerrados y rozó su mejilla contra la de él.

—Te quiero. —Un amor intenso que le llegaba a doler si se ponía a valorar todas esas consecuencias.

Y en cuanto lo hubo pronunciado, la reacción de él fue inmediata. Sin soltarle la nuca ladeó su cara para besarla, un beso que no esperaba tan largo, tan profundo, tan intenso y que consiguió que le ardiesen hasta las mejillas.

Se retiró de ella y la miró.

—Y no he dudado ni una sola vez de lo que estoy sintiendo ni de lo que quiero contigo.

—Ni yo —se apresuró a responder.

Esa vez fue ella la que lo besó, pero estando en su casa con su familia fue más escueta y menos atrevida.

—Ni siquiera el primer día —añadió y vio la sonrisa en los labios de Ángel.

—Ni siquiera el primer día. —Rozó su nariz con la de ella.
Y volvió a besarla. La puerta de la cocina se abrió.
—Perdón —se apresuró a decir Esteban y ella se apartó de Ángel enseguida.
Ángel y ella se apresuraron a coger lo que quedaba y llevarlo al salón.
Era la hora de la cena.

21

La cena había sido tensa a ratos. Esteban se había levantado dos veces y se había ido a la habitación, una de las veces Ángel tuvo que ir a buscarlo. Entonces María entendió que retomar una comida tranquila ya no era posible.

Mateo estaba esperando de rodillas al pie del árbol a que su padre y su tío saliesen del dormitorio. María mientras ayudaba a Alfonso a recoger la mesa.

Regresó al salón y se fijó en que el niño estaba mirando el pie del árbol. María quitó el mantel de tela sin dejar de mirarlo.

—Esto lo voy a echar a lavar —dijo el padre de Ángel cogiéndolo de las manos de María.

Dio unos pasos hacia el pequeño y eso hizo que Emma también se acercase a él. Ella le puso una mano en el hombro y comenzó a canturrear una de las canciones que habían escuchado en el último capítulo de dibujos en la tele, variando la letra a algo que no se entendía.

Pero Mateo ni se inmutó. María se inclinó para mirarle la cara. Lo encontró algo ruborizado y con los labios apretados y levemente temblorosos. Se arrodilló junto a él en la pequeña alfombra de pelo que había rodeando el árbol.

Vio que Emma le apretó con un dedo en la comisura de la boca, aquel «triste no» que ella misma conocía ya bien. Sin embargo, a su hermano no le dijo nada, solo le presionaba con el dedo. Pero Mateo le retiró el dedo con la mano.

María le acarició la espalda y el niño se sorbió la nariz dos veces y se limpió uno de los ojos con una mano. No era capaz de preguntarle nada, no era capaz de hablar sin igualarse a su estado. Lo entendía, ese sentimiento era exactamente el mismo que ella tenía. Un necesito verte, hablarte, escucharte aunque sea unos segundos. Un quiero que estés aquí, pero no estás. Ni hoy ni nunca más.

Tensó la lengua en su paladar y le extendió la mano al niño para que la cogiese. Cuando él puso su mano sobre su palma ella se la envolvió. Mateo se limpió otra vez el ojo con la otra mano y volvió a sorberse la nariz.

La joven tragó saliva, bajó los ojos al sentir que se le llenaban. No quería llorar delante de ellos, pero Mateo la agarraba, no podía irse a ninguna parte. Sintió cómo el pecho se le encogía hasta hacerle rebotar el aire.

—Tu mamá tampoco está, ¿verdad? —le dijo el niño y dio otro sorbido, esa vez se oyeron algunos mocos acuosos—. Papá ha dicho que ibas a venir a cenar porque tu mamá no está y estabas sola.

Emma se puso delante de ellos señalando arriba del árbol.

—Ahí —decía—. Ahí mamá.

Mateo levantó la mirada para mirar la estrella.

Era como tener una taladradora en medio del pecho que empujaba hacia dentro intentando abrir un agujero. Y dolía, dolía de verdad, físicamente podía sentirla, fría, fuerte, abriéndose paso sin piedad más hacia adentro.

Y no podía creer que el niño que estaba agarrando, que el dueño de aquella pequeña mano, estuviese sintiendo exactamente lo mismo, cuando su pecho no medía más de un palmo. Apretó la mano de Mateo.

María cogió aire por la boca y entró rebotando en el pecho para volver a salir.

—Cuando la eches de menos puedes cogerme la mano —añadió Mateo.

No me lo puedo creer.

Los ojos se le llenaron en un borbotón incontrolable y rebosaron sin remedio. Se sorbió la nariz.

—Y tú a mí. —Notó que él le apretaba la mano mientras asentía con la cabeza.

Inspiró aire despacio y contuvo el poco que entró para tragar saliva.

—Ahí —seguía diciendo Emma, les tocaba en el hombro y señalaba.

—Ahí está mamá, sí —le respondió Mateo. Y el tono en el que se lo dijo pareció hacerlo crecer varios años.

María volvió a sorberse la nariz y se limpió con disimulo.

—¿Tú crees que está ahí? —preguntó Mateo y el tono lo hizo crecer aún más. Como si a él no pudiesen contentarlo con la estrella como a Emma.

María tuvo que sorberse otra vez para responder.

—Yo creo que ella está donde tú quieras que esté. —Se arremangó la manga de la mano que le cogía al niño para que él pudiera ver una pulsera de la que colgaba un corazón.

—La mía está aquí —le dijo.

El niño sonrió levemente.

—Para Emma está en la estrella. —Miró a su hermana, que seguía señalando para que Mateo mirase arriba.

—¿Y para ti?

Lo vio hacer el ademán de encogerse de hombros, pero se arrepintió enseguida y se llevó la mano al pecho. María asintió y fue capaz de sonreír.

Volvió a aspirar aire, el pecho le iba a explotar. La taladradora continuaba empujando.

—Y para papá creo que está en el collar que lleva con el anillo de mamá —añadió el niño. Lo había entendido demasiado bien.

Mateo se puso en pie y su gesto hizo que María se irguiera de rodillas. El niño la abrazó y le dio un beso en la mejilla y su gesto hizo que ella lo envolviese con los brazos.

Escuchó los pasos de Emma corriendo y enseguida miró hacia la puerta del pasillo. Esteban y Ángel ya habían salido.

Esteban miró a Mateo y negó levemente con la cabeza, luego la giró hacia el pasillo de nuevo y Ángel le dio en el hombro con la mano, de una manera tan firme que él enseguida se dio media vuelta de nuevo hacia el salón.

—Venga, poneros los abrigos —les dijo Esteban a los niños—. Que vamos a bajar.

María se puso en pie y se acercó a la puerta del pasillo, su abrigo estaba en el dormitorio. Ángel la detuvo.

—Si no te apetece, nos podemos quedar aquí —le dijo él.

Ella miró a los niños. Mateo se estaba poniendo el abrigo mientras su padre se lo colocaba a Emma. Se oían los sonidos de platos y cubiertos en la cocina, y también el agua del fregadero de fondo.

—Quiero bajar. —Ellos iban a hacerlo. Lo haría también ella.

Ángel le cogió la mano y tiró de ella hacia el pasillo.

—No voy a esperar a mañana para dártelo —dijo antes de llegar al dormitorio.

—Pues muy mal.

Yo no pienso darte nada hasta mañana.

—Al menos este.

Tiene más de uno y me decía que no trajera ninguno.

Pero ella había llevado para todos.

Ángel cerró la puerta en cuanto ella entró y abrió un cajón de la mesilla de noche. Era cuadrado y estaba envuelto en papel brillante azul.

—De todos modos, no pensaba dártelo delante de todos.

Ella frunció el ceño mirando el paquete, tenía el tamaño de un CD, pero algo más grueso. Retiró el papel. Era una caja oscura con tapa. Ángel tuvo que ayudarle sujetando la parte de abajo mientras la abría.

Ella abrió la boca.

—Y ahora me alegro más de haberlo elegido —dijo él—. Nunca me lo habías dicho, pero yo lo imaginaba.

Fue consciente de que llevaban más tiempo en el salón de lo que pensaba y de que había oído su conversación con Mateo.

Era una pulsera, un cordón plateado del que colgaba un pequeño ángel de cristal transparente. El nombre que ella no había cambiado en su agenda del teléfono y que él posiblemente había visto ya.

—No estás obligada a llevarlo, eh.

—No. —Le rodeó el cuello con los brazos—. Pero quiero llevarla —sonrió acercándose a sus

labios. Cerró los ojos y lo presionó con los suyos unos segundos—. Gracias.

Ángel volvió a besarla.

Ella se echó para arriba la manga del vestido, la del otro lado y la acercó a Ángel para que se la pusiera. Sonrió al vérsela puesta.

—En cuanto a… —Lo miró al verle dudar en la manera de decirlo—. Ver a Esther abajo…

Así se llama, Esther.

—Si te sientes molesta, podemos quedarnos —acabó él y ella negó con la cabeza.

Bajó los ojos un instante. La taladradora en el pecho no había tenido piedad, pero se disipaba poco a poco, dejando tan solo un pinchazo intermitente como recuerdo de su paso.

—No te he visto bien antes. —Por mucho que lo intentó, él lo había notado.

Podía decirlo, no tenía que ser bochornoso reconocerlo.

—Lo que me molesta es… —Alzó los ojos—. Ser nueva, acabar de llegar. Ser casi una desconocida.

Quizás Ángel no esperaba tanta sinceridad, sin embargo le notó que le había gustado oírlo, que fuera capaz de mostrarle sus sentimientos también en ese sentido.

—Una desconocida a la que quiero, a la que mi padre ha aceptado en su casa y en su familia, y a la que mis sobrinos le dan besos.

Le cogió la mano y se la besó.

—Aun así, conmigo no ha habido tiempo de compartir mucho. —Frunció el ceño con ironía en una mueca—. Me siento en desventaja y nunca me he sentido en desventaja.

Lo vio sonreír.

—¿Nunca te has sentido en desventaja? ¿Ahora vas a resultar una engreída? —dijo él riendo.

María le dio en el brazo con la mano.

—No engreída, pero sí segura en ese sentido.

Ángel dejó de reír y le cogió la barbilla.

—¿Puedo hacer algo para mejorarlo?

—Ya lo haces, todo el tiempo —sonrió al decirlo—, pero no te aseguro que aun así funcione. Creo que necesitaré tiempo.

Ángel asintió con la cabeza.

—Será por tiempo —dijo él besándole la mano de nuevo—. Si vuelves de Valencia, claro.

—Deja de decir estupideces. —Se apartó de él para coger el abrigo y ponérselo.

Se abrochó los dos botones que tenía bajo el pecho. Ángel la miró de arriba a abajo.

—Diosa del hielo, reina de las nieves, ángel de navidad, no sé lo que es. —Ángel alargó la mano hacia ella para cogerle la suya—. Pero hoy voy a ser un hombre muy envidiado en este barrio —sonrió y le besó la mejilla. Luego le cogió la cara—. Salvé a la persona correcta, y te salvé para mí —añadió y rio bajando la cabeza—. Hubiese bajado aunque me asegurasen que no

saldría de allí.

María le cogió la cara.

—Hubiese bajado al sótano aunque me asegurasen que no saldría de allí.

Algo que había pensado muchas veces. Si no se hubiese dirigido al lugar equivocado, posiblemente ella y él no se hubiesen conocido.

Se dejó caer en él para besarlo. Oyeron la voz del padre de Ángel en el pasillo.

—¡Venga, hombre, que llegamos tarde! No me deis una excusa para sentarme en la estufa otra vez y no ir.

Acabaron el beso para reír.

—Es tremendo —Ángel negaba con la cabeza.

Llegaron hasta el salón. A Emma le habían puesto el abrigo, una bufanda, unas manoplas y un gorro con un lazo. Mateo llevaba algo en la mano redondo, pero no llegó a verlo. Su abuelo se lo quitó enseguida.

Supuso que sería lo mismo que Esteban le había dado a Ángel, una vela blanca, como la que se solía poner en las iglesias, solo que el plástico que la rodeaba tenía forma de esfera. Esteban la encendió. Luego encendió la que le había quitado a Mateo.

—Llévala tú, no vaya a ser que el niño la tire al suelo —le dijo a su padre.

Ángel se la acercó a María para que la viese.

—Bajamos todos a esta hora, y el coro de la asociación de vecinos canta. —Hizo una mueca —. Unos años mejor que otros.

María contuvo la sonrisa.

—Pero lo que cuenta es la intención. —Le guiñó un ojo y tiró de ella para salir.

Esteban cogió a Emma en brazos. A ella no le había encendido la vela.

—A mí no me vayas a dar ninguna. —Oyó protestar al padre de Ángel—. Esto solo es un invento para que se ponga las botas el de la tienda de la esquina.

La joven se llevó la mano a la cara para reír. Mateo intentó convencerlo.

—Abuelo, que sí. —Echó una mano—. No seas aguafiestas.

—Lo que no puede ser es que la cobren al doble que hace dos años —respondió el hombre.

María lo miró, al final la llevaba en la mano, pero sin encender.

—No me la enciendas —le dijo a su hijo—. Esta la guardo y para el año que viene.

—Papá —le reprendió su hijo en cuanto se oyó el chirrido de otra puerta abrirse.

La vecina cotilla.

Volvió a lanzarle una mirada a ella, aunque con aquel abrigo era difícil no verla. La mujer lo recorrió al completo. Y empezaron a salir más personas de su casa con las mismas velas que llevaban ellos.

Esteban le tocó el hombro y le dio otra vela encendida. Se dio cuenta de que Alfonso llevaba

razón en algo, si cada vecino y sus invitados llevaban una, el de la tienda se habría puesto las botas.

Contuvo la sonrisa al escuchar al padre de Ángel resoplar. Volvió a mirarlo. Al final la llevaba encendida.

Bajaron y salieron a la calle. Estaba repleta de vecinos.

Si lo llego a saber me pongo un abrigo más discreto.

Se notaba el frío de la noche, apretó la mano de Ángel al girar en la esquina.

—Creo que tu abrigo está encantando —dijo él riendo.

—No me digas —sonrió mirando de reojo a cada grupo que había allí detenido—. ¿No será porque es la primera vez que me ven aquí? —Su voz rezumó ironía.

—No, es por el abrigo —respondió él con tanto convencimiento que la hizo sonreír.

Se detuvieron en una especie de plaza que formaban los jardines en aquella parte. Allí habían colocado un aro de luces y dentro había un belén con figuras enormes del tamaño de una persona.

No lo esperaba tan bonito.

—Es precioso —dijo observando la cuna con el bebé.

Ángel se inclinó hacia su hombro.

—Lo ponen por la noche y lo quitan cuando todos nos vamos, porque un año unos energúmenos hicieron de las suyas. De hecho, la virgen era otra.

María negó con la cabeza.

—Es de escayola y lo han pintado las mujeres de la asociación. Las mismas que cantan. —María miró de reojo al coro, ya estaba situado. Salvo un hombre que había sentado con una guitarra, el resto eran mujeres—. Mi madre cantaba en el coro y ayudó a pintarlo.

La sonrisa de María mirando la representación del nacimiento se amplió.

—Antes solo se bajaban flores, y después pusieron lo de las velas.

Y tenía que reconocer que ver a tanta gente con las velas encendidas estaba más que bonito.

Ángel le soltó la mano y le rodeó la cintura. Esteban y su padre tardaron un poco más en llegar hasta ellos porque se habían parado en uno de los grupos de atrás.

Alrededor proliferaban los «buenas noches», «felices fiestas», «aquí estamos otro año más», «este año no han venido mis hijos» o «se ha quedado arriba, ya no está para bajar».

Pero de un momento a otro comenzó a hacerse el silencio y este se fue extendiendo por la multitud hasta que solo se oían los «shhh» tras la voz de algún niño.

Vio una fila de niños donde comenzaba la alfombra que marcaba el camino hasta el portal de belén. El coro empezó a cantar.

—¿Te quema? —preguntó Ángel.

María bajó los ojos hacia su vela, negó con la cabeza, solo estaba templada. Alzó la mirada

cuando el primero de los niños comenzó a acercarse al portal y puso la primera vela delante. En cuanto se retiró, comenzó a andar el segundo. Una señora de pelo blanco parecía estar organizándolos y marcando cuándo tenían que acercarse, y por lo que podía comprobar, no era la primera vez que lo hacía.

Vio a Mateo ponerse en la fila. Esteban dejó a Emma en el suelo y Mateo le cogió la mano mientras el padre se disponía a grabarlos con el móvil.

El frío en la cara era considerable. Acercó la mejilla al hombro de Ángel, el vaho de su espiración se dispersaba en el aire. Entornó los ojos, Mateo miraba a la mujer que daba el aviso para caminar por la alfombra.

—Es muy bonito —dijo. Mateo caminaba despacio, al paso de su hermana.

No podía más que sonreír al verlos. La vela de Emma estaba apagada, le dio con el codo a Ángel.

—Ayúdala.

Él se sobresaltó, no se había dado cuenta. Y por lo que podía comprobar, Esteban, que estaba grabando, tampoco. En cuanto al abuelo de los niños, vería una oportunidad para guardar la vela para el próximo año.

Contuvo la sonrisa al recordar la protesta del hombre. Ángel ya había llegado hasta Emma. Esteban se sacó el mechero de un bolsillo sin soltar el móvil y se lo dio a su hermano, que cogió la vela y la encendió. Luego se acuclilló en el suelo para que la niña pusiera sus manos encima de las suyas. La vio agacharse, aunque el último esfuerzo hasta el suelo se lo dejó únicamente a su tío, levantándose cuando la vela aún no estaba en el suelo. Tuvo que reír al verlos.

Mateo había esperado a que acabasen, sonrió al verlo escoger un hueco para dejar la suya. A pesar de todo lo que le transmitían las circunstancias de esos niños, lo único que la consolaba era verlos en buenas manos. Era una familia absolutamente maravillosa.

Ángel cogió su vela de la mano de su padre. Que aunque no quisiera ni una, tuvo que estar unos instantes aguantando dos. Tenía que contener la sonrisa cada vez que lo miraba.

Siguieron pasando niños por la alfombra, cada vez más altos y mayores, hasta que ya comenzó a ver a algún adolescente. Y tras ellos, adultos.

Reconoció en la fila a la chica del vestido rojo, esa vez con un abrigo rojo, y no la reconoció porque se hubiese fijado en su cara, sino por la cara de su madre y su forma de mirarla.

Desvió la mirada enseguida. El resto de la familia de Ángel llegó hasta ellos. Emma le hizo aquel guiño de nariz que tanto le gustaba para hacer reír y ella le sonrió. Ángel la cogió en brazos y la niña le hizo una morisqueta que acabó con los pequeños labios en forma de beso para que su tío le acercase la cara.

Le habían quitado las manoplas y tenía las manos frías. María se las envolvió con las suyas.

—Es que hace mucho frío —dijo Ángel—. A ver si acabamos pronto.

—Tengo más años que un bosque ya —le respondió su padre—. Me toca de los últimos. —La miró a ella—. A no ser que nos vayamos ya y guardemos las vel…

—Papá. —Oyó a Esteban con aquel tono de reprimenda y ella volvió a llevarse la mano a la cara.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó uno de sus calentadores de mano. Le dio al botón para accionarlo y se lo dio a Emma para que lo cogiese. En su mano se veía enorme.

Metió la otra mano en el otro bolsillo y sacó el otro para dárselo a Mateo.

—¿Eso qué es? —preguntó Esteban.

—Un calentador de manos. —Se lo enseñó en la palma para que lo viese antes de dárselo al niño. En la pequeña pantalla digital aparecían los grados.

Mateo sonrió al tocarlo, a pesar de que acababa de encenderlo y apenas se había calentado.

Esteban y su hermano se miraron.

—¿Tú sabías que existía eso? —preguntó Esteban y Ángel negó haciendo una mueca.

María se inclinó hacia Mateo.

—Mete las manos dentro de las mangas. —Le tiró de la manga del abrigo—. Ahora une las dos. —La sonrisa de Mateo se amplió al ver sus manos bajo el abrigo mientras agarraba el calentador, que ya habría tomado temperatura.

Se irguió de nuevo, Ángel la miraba.

—¿Y tú dices que no tienes ni idea de niños?

—Ni idea —respondió ella conteniendo la sonrisa.

—Entonces más vale que no nos observes mucho a los tres.

María negó con la cabeza riendo.

Lo estáis haciendo tremendamente bien. Y me encanta esta familia.

Vio que la madre de aquella chica llamada Esther se quedó atrás para que sus hijas se adelantasen.

—Todos los años se cuela con gente más joven, pero claro, ya era pasarse —susurró el padre de Ángel y Esteban lo mandó a callar con un «shh» parecido al que otros padres les hacían a los niños.

Se sobresaltó cuando vio a Ángel hacer un movimiento brusco, Emma se había lanzado sobre ella y lo hacía tremendamente temeraria. La sostuvo en el aire hasta que su tío la liberó para que la cogiese ella.

En cuanto se vio en brazos acercó la mano hacia las plumas. Quizás era lo que buscaba, toquetear aquello tan llamativo.

Alzó los ojos hacia Esther, no quería mirar, pero la curiosidad le podía. Contuvo la respiración mientras la veía pasar. No había nada en ella que le llamase la atención y a la vez todo. No importaba cómo fuera físicamente. Además, no podía ser objetiva. Mirarla era esperar

encontrar nada y que eso la hiciese sentir mejor. Bajó la mirada, Esther no era una mujer excesivamente hermosa. Era una chica común, joven y bien arreglada, cuyo rostro olvidaría en unas semanas. Pero eso no la hacía sentir mejor, al contrario, su afán de comparación la hizo sentir infantil, creída y estúpida. El bochorno se extendió por todo su cuerpo, tanto que hasta sintió cómo se le calentaban las mejillas.

Soy idiota.

La joven dejó la vela en el suelo y rodeó la alfombra para regresar pasando por delante de ellos. A pesar de la situación, fue capaz de mirarlos y decir un escueto «hola».

Dos, dos y medio.

El tiempo que Ángel estuvo con ella. El calambre regresó, Emma les dio un pequeño tirón a sus pendientes de estrellas y enseguida la miró.

A ti te vería nacer.

Luego la niña la miró y unió sus labios para que le pusiese la cara. Sintió el beso en la mejilla.

Pero ni siquiera se ha acercado a verlos.

Miró a Mateo. Él la recordaría mejor que Emma, pero no vio al chico ni una interacción con ella.

—Id vosotros ya. —Esteban fue a coger a Emma, pero esta se encogió y protestó con un sonido agudo.

—Esa de ahí todos los años quiere colarse. —Oyó decir al otro lado al padre de Ángel.

Esteban se inclinó hacia la cara de Emma.

—¿Quieres una piruleta de chocolate? —le preguntó y Ángel empezó a reír.

—Muy mal —le dijo a su hermano poniéndole la mano en el hombro—. La forma correcta es ponerte unos pendientes de estrella y un abrigo de plumas.

Esteban miró de reojo a su hermano antes de coger a Emma, el grito agudo fue algo más alto y algunos miraron. Esteban se apresuró a darle la piruleta, aun así Emma se retorció para que la soltase.

—A mí esto me da vergüenza —le susurró a Ángel.

—Lo hace todo el mundo, qué más da.

—Sí, pero yo no lo he hecho nunca.

Ángel le dio la mano.

—Vamos —dijo él cuando el que iba delante de ellos se adelantó—, los dos.

Ya había pocos huecos, se inclinó para soltar la vela pegada a la de Ángel. Las únicas velas de todas que estaban completamente juntas. La mujer que organizaba sonrió al mirarlas y luego los miró a ellos. Alargó una mano hacia Ángel y él se la cogió.

—Feliz Navidad. —Vio que la mujer le apretaba la mano sonriendo.

Era cercana, lo conocía y posiblemente lo conocía bien. Luego la miró a ella sin perder la sonrisa. Soltó a Ángel y le cogió el brazo para apretárselo levemente antes de desviar su atención a la fila.

—Era amiga de mi madre.

Algo que ya intuía. Ángel le besó el dorso de la mano.

—Me hubiese gustado que te hubiese conocido. Seguro que le hubieses encantado.

Emma estaba de nuevo en el suelo, con la piruleta de chocolate en la mano y echó a correr hacia ella. María la volvió a coger.

—Va a mancharte.

—No voy a volver a ponérmelo, qué más da.

Ángel tocó las plumas.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta que haya gente que mire —resopló.

Y critique, y compare, y hable, y murmulle.

Emma tocaba las plumas de nuevo y sintió que Ángel le tocaba el brazo para que mirase a Esteban. Él llevaba dos velas. María se dejó caer a Emma sobre su pecho y pegó los labios a la sien de la niña mientras contenía la respiración.

Sintió el peso en el pecho, pero esa vez era por fuera, Emma se había dejado caer por completo a su gesto. Le apoyó la mejilla en el hombro y le rodeó el cuello con el brazo. Supuso que ya era más que tarde para ella, tanto que ni siquiera una piruleta de chocolate tenía ya importancia. Giró la cabeza para mirarla. Claro que quería dormirse.

La besó en la frente mientras veía la enorme cola que se había formado con las personas más mayores y numerosas en aquel barrio. Vio al padre de Ángel al fondo.

Se sobresaltó con un estruendo en el suelo. Ángel se apresuró a recoger el calentador de manos, Emma lo había dejado caer, se dormía por completo.

—¿La cojo yo? —preguntó él y ella negó con la cabeza. Emma por segunda vez quería que fuese ella. Lo de los tacones pasaba a un segundo plano.

El peso de la niña aumentaba a medida que su cuerpo quedaba dormido y se aflojaba. Desconocía que aquella sensación de tranquilidad se podía transmitir con tanta facilidad.

Ángel comprobó que Emma estaba dormida, o al menos en proceso.

—Ahora creo que te lo puedo decir —dijo con voz suave y ella alzó los ojos para mirarlo—. Las velas no son para los que hemos venido. —Su respiración se cortó de inmediato—. Es para los que hoy no están.

Fue como un gancho en la mitad de la garganta que arrasó con todo lo que había hacia abajo. Bajó la cabeza y apoyó la mejilla en la niña. Sentía el brazo de Ángel rodeándola por completo y se dejó caer levemente en él.

Cerró los ojos. A ella también le gustaría que la hubiesen cogido en ese momento en brazos como estaba Emma, que la acunaran y la mecieran se hizo una necesidad mientras que el escozor aumentaba. Era lo que le hacían a ella años atrás, en lugares similares y con la misma música.

Pero ahora quien la acurrucaba no estaba y era ella la que tenía que mecer y acurrucar.

El tiempo había pasado demasiado rápido.

Abrió los ojos al sentir que Ángel había emitido un sonido que no lograba reconocer. Esteban estaba frente al portal y le tenía un brazo echado a su padre por los hombros. Y comprendió que todas las excusas que había puesto aquel hombre no eran por el precio de las velas. Sino por lo que significaba aquel gesto y las consecuencias en él. Y porque sabía que su hijo mayor no se sostendría más y que el pequeño no podría sujetarlos a todos.

Dejó caer más su peso en Ángel mientras apretaba los labios. Y él volvió a emitir aquel sonido, quizá en un intento de acallarse a sí mismo.

Lo miró y su mirada se cruzó con la de él. Los ojos de Ángel brillaban a pesar de la leve luz.

Así sería todo a partir de ahora, disfrutar de los que están mientras una parte de la luz se va a otro lugar.

Aspiró por la boca mientras los ojos le rebosaban.

—Gracias —le dijo a Ángel a pesar de no poder contener el llanto.

Él llevaba ya unos años de experiencia y había tenido una bonita forma de mostrárselo.

Se acurruco en él y en Emma.

—Muchas gracias. —Esa vez apenas pudo acabarlas.

Meció a Emma, que ya dormía completamente.

22

La manta tenía la parte interior de pelo, se envolvió por completo. El porche estaba protegido por unas láminas de cristal, pero la humedad era intensa.

Su padre había entrado un momento, aquella era su zona de fumar y a veces lo echaba de menos. Así que había ido al baño un momento.

Paz estaba dentro, cuando Darío, el novio de Cayetano, le había enseñado en el iPad todos los modelos a ella, empezó con Paz.

Ya le había reservado cinco vestidos y otro abrigo más. Al fin y al cabo, que mirasen y murmuraran no parecía tener mucha importancia. Se asustó al ver algo marrón alzarse en la parte de la manta que rozaba el suelo.

Era el perro de Darío, ni siquiera pesaba un kilo. Era simpático para ser un perro excesivamente mimado, el disfraz navideño era tremendamente gracioso en aquel tamaño diminuto.

Estaba asustado por la cantidad de petardos y explosiones que se escuchaban fuera y que hacían temblar los cristales. Lo cogió en brazos y lo tapó con la manta.

—Cuñada —escuchó a Darío desde dentro—. ¿Está ahí la Meri?

La Meri cabía en una mano y temblaba de miedo. La acurrucó en su regazo. Eso de que Darío le llamase cuñada la hacía sonreír sin remedio. Ella solo era la hermanastra de Cayetano. Pero Darío era tremendamente cercano. A Paz le decía suegra, sin embargo a su padre lo llamaba por su nombre, Leopoldo. Quizás porque ya tenía un suegro y vivía en la misma ciudad.

—Sí.

—Ten cuidado que se mea del susto con los petardos.

María frunció el ceño.

Espero que no.

El perro temblaba y buscaba meter el hocico bajo la manta. Estiró las piernas en la hamaca y acomodó a la perrita para envolverla por completo.

—Pero ni se te ocurra mearte, que no quiero empezar así el año. —La perra la miró con sus ojos oscuros y saltones y empezó a temblar. Ella le tapó la cabeza con la mata, que parecía que era lo que el animal quería—. Este pobre animal está aterrado.

Su pulsera tintineó y bajó la mirada hacia ella. Ángel le había enviado un audio y un par de fotos. Miró la hora, no sabía si debería esperar a después de las doce para enviarlo. Tampoco sabía qué iban a hacer con la Meri cuando empezase la auténtica fiesta de explosiones con el nuevo año.

Su padre regresó y se sentó en la otra hamaca a su lado.

—María, ya has visto que aquí tienes tu casa —le dijo poniéndole una mano en el hombro—. Me encantaría que decidieses volver. —Él se giró hacia ella—. Tienes tu casa, una familia, tus amigos de toda la vida, y aquí puedo ayudarte con el trabajo. Tengo muchos conocidos en laboratorios.

Ella lo miró frunciendo el ceño.

—No tiene por qué ser ahora, sino cuando tú quieras —suspiró el hombre—. Si quieres, claro. Entiendo que quieras tener margen para hacer tu vida. —Alzó las manos—. Pero no quiero estar al margen yo de ella.

María bajó la cabeza y sonrió. Su padre alargó la mano hacia ella, pero la perrita se movió. Él bajó enseguida la mirada hacia la manta y María contuvo la risa.

—¿Es la perra de Darío? —preguntó y ella asintió—. Ten cuidado que se mea del miedo.

—Voy a empezar el año de maravilla. —Levantó la manta para verla, se le había pasado un poco el tembleque. La tapó, parecía que funcionaba.

Miró a su padre, él parecía estar esperando su respuesta.

—Después de estos días —sonrió—, no me desagradaría la idea. Sin embargo… —Frunció el ceño—. Voy a quedarme en Madrid. Alargó la mano hacia el brazo de su padre, no podía ocultar su decepción, o más bien su tristeza—. No es por ti, papá —ella volvió a sonreír—. Pero ahora mismo no habría nada que me alejase de Madrid. —Bajó los ojos hacia su pulsera—. Nada.

Se detuvo un instante y apretó los labios conteniendo la sonrisa.

—Hay un chico —dijo y su padre dejó caer los párpados.

—Lo sé, vi unas zapatillas de hombre en tu apartamento, pero quería esperar a que me lo contases tú —sonrió negando levemente con la cabeza mientras se inclinaba hacia su hija—. Y siento reconocer que contra eso tengo todas las de perder.

María tuvo que reír.

—¿Merece la pena?

Ella asintió con la cabeza.

—Y ¿cómo estás tan segura? —Se cruzó de brazos esperando un argumento.

María entornó los ojos.

—Porque sin conocerme de nada no dudó en arriesgar su vida para sacarme de aquel sótano —respondió y la expresión de su padre hizo que el vello de todo el cuerpo se le erizara. Ya se había acostumbrado, ya lo veía cotidiano y normal. No. Lo era. Era algo extraordinario que no podía perderse en la costumbre de saber que su ángel la guardaba dentro y fuera de aquel sótano —. Y porque a partir de ahí todo ha sido mejor. —Se llevó la mano hacia el corazón de la pulsera —. Aunque siga doliendo.

Su padre la miró un instante, le cogió la cara y sonrió con cierto orgullo.

—Te he dicho que no quiero estar al margen de tu vida. —Le pasó el pulgar por la cara—. Aunque vivas en Madrid o te vayas al extranjero. —Su padre bajó las piernas del reposapiés y se sentó—. Así que quiero conocer al hombre que me ha permitido una oportunidad más con mi hija.

—¿Quieres que lo traiga a Valencia la próxima vez que venga? —Le parecía una buena idea.

Su padre frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Quiero ir a Madrid. —Se puso en pie y miró a su hija, que se había sobresaltado—. ¿No quieres volver tan pronto?

—Claro que sí. —Se giró para mirarlo, teniendo cuidado de no dejar caer a la perrita.

—Déjame hablarlo con Paz. —Le puso una mano en el hombro—. ¿Te importa que Cayetano y Darío vengan con nosotros? Es que se apuntan a todo.

María negó con la cabeza riendo.

—Me encanta la idea.

Su padre parecía satisfecho. Ver su reacción a una puerta abierta a una relación con su hija, la que fuese, hizo que se sintiese culpable por las veces que no contó con él durante tantos años. Quizá ella siempre lo culpó a él del divorcio y de manera inconsciente lo había rechazado. Demasiados años sin él mientras viajaba, y su regreso en la edad rebelde. En la adolescencia se alejó hasta de su propia madre, era imposible comenzar una relación con él en esos años. Suspiró.

No es tarde.

Su padre le pellizco la mejilla antes de entrar.

María cogió su móvil y comenzó a escribir. Se mordió el labio y sonrió con malicia.

«¿Vendrías a Valencia? Mi padre quiere conocerte».

Apretó los labios conteniendo la risa. Se sobresaltó al notar la humedad en los pantalones.

Mierda.

23

Salió de los andenes con el móvil en el oído. Tres sonidos y Ángel descolgó.

—¿Dónde estás? —preguntó ella sin darle más margen.

—Esperando a que me envíes el billete, desde esta mañana.

Contuvo la sonrisa.

—Es decir, que estoy con una maleta en la estación sin saber cuál es mi tren. Así que dime si lo has olvidado y lo compro yo aquí.

Ella se tapaba la boca para que no la escuchase reír.

—¿Estás ya en la estación? —preguntaba, buscando con la mirada por si lo veía por alguna parte.

—Claro, me dijiste que sobre las siete. —María miró las pantallas de los trenes —. Pero a esta hora no sale ninguno destino a Valencia.

Y lo vio al fin, con el teléfono al oído y una maleta pequeña junto a él. Sonrió.

—¿María? ¿Me estás escuchando?

Sonó un tintineo de los altavoces. Un nuevo tren salía. Ángel lo escuchó como ella, doble, por los altavoces y por el teléfono con algo de retardo.

—¿Dónde estás? —Lo vio bajar la barbilla.

—En la estación. —Se apresuró hacia él.

—Pero si ni quiera he salido.

La sonrisa de la joven se amplió.

—No te he dicho en qué estación. —Echó a correr hacia él.

Y se abalanzó sobre Ángel rodeándole el cuello para besarlo. Se detuvo en la presión de sus labios mientras sentía cómo los pies se alzaban del suelo.

Tu hombro, suéltame.

Pero él basculó su espalda hacia atrás, dejando caer su peso completamente en él y besándola de nuevo. Se retiró de ella.

—No regresabas hasta el día cinco —le dijo él frunciendo el ceño.

Y era la fecha prevista hasta que su padre decidió cambiarla la noche anterior.

—Pero mi padre ha decidido que Madrid es buen lugar para pasar sus últimos dos días de vacaciones.

Ángel la dejó caer de inmediato en el suelo.

—¿Tu padre está aquí? —Se retiró medio metro de ella—. ¿Por qué no me avisas?

María miró tras de sí un instante y alzó la mano hacia su padre y el resto, aunque ya la habían

visto. La Meri movía el rabo dentro del transportín transparente.

—Porque me has taponado la boca —respondió conteniendo la sonrisa al ver cómo la expresión de Ángel había cambiado por completo. Le dio con el codo en el brazo—. Ahora te toca a ti la tensión.

Su padre se adelantó a Paz y a Cayetano y Darío.

—Tú eres Ángel, ¿verdad? —Le tendió la mano—. Soy Leopoldo, el padre de María.

—Yo soy Paz. —Paz se acercó a Ángel.

Cayetano y Darío se acercarían cuando acabasen el selfi con la pantalla de la estación. Les encantaba viajar a donde fuese. Tenían un álbum de fotos impresionante. En Navidad habían estado en Edimburgo, y aquel verano pensaban ir a Japón, así que suponía que la colección de invierno se estaba vendiendo de maravilla.

Podía ver el orgullo en los ojos de su padre mientras miraba a Ángel, que había vuelto a poner su brazo en el cabestrillo.

Parece que mi padre es más efectivo que los médicos.

—Creo que tengo una deuda contigo —le dijo su padre a Ángel.

—Posiblemente la tenga yo con usted —respondió y vio a su padre sonreír.

Ea, mi padre está encantado. Ya se queda más tranquilo.

Miró tras la espalda de Ángel, él tampoco iba solo. Sonrió al verlos a todos.

—Al final hemos tenido que aparcar casi en casa. —Oyó decir a Alfonso—. Yo no sé a quién se le ha ocurrido traer el coche. —Miró a Esteban.

El padre de María los miró sonriendo y se apresuró a acercarse a ellos para darles la mano. Mateo llegó hasta ella corriendo y la hizo dar un traspiés hacia atrás al agarrarse a sus piernas. Emma tropezó al llegar a ella, pero alcanzó a agarrarla con la otra mano.

Los dos le dieron un beso. Oyó la voz de Darío y se giró. Ya se habían presentado él y Cayetano solos. Darío miró hacia donde estaba María con los niños, enseguida le dio el perro a Cayetano y abrió su bolso sacando una bolsa de tela. Luego se acercó a ellos y se inclinó en el suelo.

—Me han dicho que os gusta el chocolate —les dijo dándoles la bolsa.

Esteban le dio a Mateo en el hombro para que diese las gracias. Darío ya le había dicho que le encantaban los niños. Y que tenía ya harta a su hermana porque siempre andaba pidiendo sobrinos.

El chico miró a Emma.

—Emma —le dijo Darío—. Te voy a hacer un abrigo a juego con el de tu tía, ¿lo sabes?

Tu tía, dice, la madre que lo parió, qué le gusta formar familias rápido.

—Vais a estar las dos guapísimas —añadió poniéndose en pie.

—Pues le va a encantar —le dijo Esteban riendo.

Darío se presentó como el cuñado de María. Y ella negó con la cabeza mirándolo. Miró a Ángel de reojo.

—El próximo eres tú, que lo sepas —le susurró a Ángel riendo.

Darío se dio la vuelta cuando acabó de presentarse a todos. Miró la maleta de Ángel.

—Cuñado, ¿qué te han hecho venir con la maleta? —Hizo una mueca mirando a María.

—¿Ves? —le dijo ella a Ángel y él contuvo la sonrisa.

Vio que Mateo estaba acariciando a la perrita y enseguida se acercó a él.

—Se llama Meri, ¿quieres llevarla tú?

Los miró a todos, tenía que reconocer que no los esperaba ver juntos tan pronto. Pero el resultado pintaba muy bien.

—Ya que estamos todos —dijo su padre—, ¿querríais venir a cenar? Es lo menos que puedo hacer, teniendo en cuenta lo que ha hecho este chaval. —Puso la mano en el hombro de Ángel—. Y lo bien que habéis tratado a mi hija estos días.

—Yo me apunto —respondió el padre de Ángel y vio cómo Esteban estuvo a punto de reprenderle, pero su padre enseguida le puso una mano en el hombro.

—La última vez que estuve aquí cené en un sitio… —Su voz se perdió mientras se alejaban hacia la puerta.

Esteban cogió a Emma y llamó a Mateo, que llevaba la correa de la Meri.

—¿Has visto el abrigo del perro, papá? —le decía a su padre.

Cayetano pasó por su lado.

—La verdad es estoy muerto de hambre, vaya si estaba mala la comida del tren. —Cayetano hizo una mueca de asco.

Paz esperaba a su hijo y a Darío para seguir al resto. María los observó adelantarse a ellos.

Cogió su maleta y se dejó caer en Ángel.

—¿Qué te parece la idea? —preguntó mirándolos a todos dirigirse hacia la puerta.

—Visto así… no está mal —respondió apretándola contra él.

Luego se giró para ponerse frente a ella y besarla.

—Te he echado de menos. —Volvió a besarla.

—No seas exagerado, han sido solo cinco días.

—Casi seis. —Le cogió la cara para besarla de nuevo.

—Solo casi seis días. —Le rodeó el cuello—. Y también te he echado de menos —añadió riendo.

—Yo ya lo hice la primera noche.

Ángel le apretó al besarla y la alzó levemente del suelo. Le cogió la barbilla.

—Te quiero, no busques más explicaciones —dijo Ángel, mirándole los labios y luego levantó la mirada hacia sus ojos.

María se puso de puntillas para alcanzar a besarlo.

—Te quiero es explicación suficiente.

Lo besó una vez más.

Oyeron que los llamaban. Eran el padre de Ángel y Darío, que se habían vuelto por ellos.

Le cogió la mano a Ángel y cogió el asa de su maleta con la otra. Estaba deseando regresar a casa. Lo miró de reojo.

Estaba deseando regresar a él.

Epílogo

Cuando colocaba la mano sobre la cabeza de Emma era cuando notaba lo que crecía cada pocas semanas. Además, había cambiado por completo, estaba dejando de ser niña pequeña para ser tan solo una niña.

Aún le quedaban unas semanas para cumplir los cinco años, y de sus rizos diminutos apenas le quedaban rastros en algunas puntas. Esteban había ido a montar a Mateo en un cacharro y Emma no había querido. Pero ya había acabado el paseo, supuso que estarían al aparecer por allí.

—Cuñado, tú que eres más alto, haz la foto en este árbol, pero que se vean bien las luces de atrás. —Contuvo la sonrisa, sabía que Ángel tendría que hacer unas cuantas fotos antes de acabar.

Su padre, Alfonso y Paz estaban junto a una bola de navidad gigante de luces. También los había visto hacerle un selfi, y su padre seguía con la tarea de que Alfonso los visitase en Valencia.

Esteban llegaba con Mateo.

—Eso que huele tan bien… —Darío recorría con la mirada buscando—, ¿viene de ese quiosquillo de ahí?

—Parece que sí. —Cayetano no era tan alto y tuvo que sujetarse a él para alzarse y ver.

Darío se giró hacia ellos.

—¡Mateo, Emma!, ¿vamos ahí a comprar dulces? —Y nunca tenía que repetirlo, ya los tenía a los dos uno a cada lado.

Alargó la correa de la Meri hacia Ángel.

—Quédate con la perra un momento. —Cogió a un niño con cada mano y se alejó hacia el quiosco de los dulces.

Esteban se metió las manos en los bolsillos.

—Les trae regalos y les compra todo lo que le piden. Y lo que no también —reía.

Ángel miraba que la Meri estaba asustada entre tanta gente. Él se inclinó para cogerla.

—Ten cuidado que se mea cuando se asusta.

—Ya. —Lo vio dudar si cogerla o no.

—Aunque lo mismo contigo no. Le molas.

Ángel empezó a reír y al final decidió cogerla.

—Asumo el riesgo, es que la van pisar ahí abajo.

Meri cabía en una mano de Ángel, quizá por eso le gustaba que la cogiese él. María le acarició la pequeña cabeza, justo entre los dos ojos saltones.

—No pesa absolutamente nada, da hasta miedo cogerla —dijo Ángel envolviéndola con las dos manos.

Los niños llegaban hasta ellos corriendo.

—María, mira lo que lleva la niña.

Emma tenía en una servilleta un pastel cuadrado de cobertura de chocolate. Darío reía.

—Dice que es para el primo. —Alzó las cejas al escucharlo.

Ángel reía.

—¿Para el primo? ¿Y cómo se lo damos? —le preguntó él a su sobrina.

La niña alzó la mano hasta la barbilla de María.

—Te lo comes tú —le dijo dándole el pastel.

Que olía a chocolate puro.

Se apresuró a cogerlo.

—Me parece una idea maravillosa, Emma. —Le dio un bocado enorme—. Tú me traes todo lo que tú veas que esté bueno y quieras que se coma el primo.

Ángel asentía con la cabeza lentamente mientras dejaba caer los párpados.

—Pues buena idea te ha dado. —Metió la mano entre los bordes del abrigo, justo bajo los únicos dos botones que le abrochaban bajo el pecho.

Había estado moviéndose todo el tiempo, pero justo en aquel momento estaba quieto. En cuanto digiriese el chocolate comenzaría la fiesta de nuevo. Era evidente que tendría un carácter más parecido a Mateo que a Emma. Alfonso decía que sus hijos eran así, de no quedarse quietos.

Así que les tocaría correr y gritar. Lo tenían asumido.

Emma llevaba un bombón de crocanti.

—Para el primo también —le dijo y María lo cogió con la otra mano.

La niña volvió a irse a la bolsa de Darío y cogió algo pequeño, parecía un cacahuete cubierto de chocolate.

—¿Para el primo? —preguntó Ángel.

—No, para ti. —Se lo acercó a la boca y su tío la abrió para que lo echase dentro.

—A mí no me alimenta tan bien. —Era un cacahuete con cobertura de chocolate mentolado. Ángel hizo una mueca, no le gustó mucho y quizás era la razón por la que Emma se lo había dado.

Esteban se cruzó de brazos.

—¿Por qué le compras tantas cosas? Luego te vas y me toca a mí pararles los pies —le dijo a Darío.

—Calla y déjame, que anoche me llamaron tito —dijo y Esteban empezó a reír.

—Es que llegaste anoche, y por lo menos hace dos años que te llaman tito —respondió Ángel riendo.

—Pero hace unos meses que no los veo y la primera vez cuando los escucho me emociona. —Cogió la cara de Emma—. Qué guapa estás con ese abrigo.

Emma podría ser la niña con más abrigos del mundo. Además, Darío había abierto campo a la moda infantil y le estaba yendo de maravilla. Cogió a la perrita de la mano de Ángel.

Notó el tirón de la barriga de un espacio demasiado ajustado ya. Ángel lo sintió y buscó con la mano el bulto.

—Ya no queda nada —le dijo.

—A ver si no les damos la cena de Navidad. —Hizo un ademán con la cabeza hacia sus respectivos padres y Paz.

Ángel bajó la barbilla para mirar su barriga.

—Pues va a ser una cena de Navidad de lo más original.

—Sí. —María bajó la barbilla para que su frente cayese justo a la altura de los labios de Ángel. Sintió el beso.

Volvió a sentir tirantez y más movimientos por dentro. Metió la mano ella también por debajo del abrigo para tocarlo. Ángel le dirigió la mano hasta donde estaba el bulto, algo que ella sabía bien, el niño aún era parte de su cuerpo. Pero le gustaba que él lo hiciese como si no fuera consciente de que ella lo sentía todo, además parecía hacerle ilusión.

Ya no podía alzarse de puntillas como antes para besarlo, aunque había comprobado que si levantaba la barbilla, de manera casi automática, la de él se bajaba y era cuando dejaba caer su nuevo peso en él, que no parecía molestarle en absoluto, para besarlo.

Pasaba demasiado rápido. El tiempo. Y ya había comprobado que no pensaba detenerse ni un minuto. Así que tendría que hacer lo posible por disfrutarlos uno por uno. Cada día, cada mes, cada año. De todos ellos. Uno por uno, su hijo, su ángel de la guarda, los niños, la familia…

Besó a Ángel.

Aquel sótano fue lo mejor que le había pasado en toda su vida, porque a partir de ahí, las piedras, antiguas o nuevas, nunca fueron suficientes para rendirla.

A partir de ahí, todo fue mucho mejor.

NOTA DE AUTORA:

Gracias por leer *Mi ángel de la guarda* y espero que hayas disfrutado con su lectura. Te agradecería que dejaras un comentario sobre ella en su página de Amazon contándome qué te ha parecido. Es mi manera de conocer el resultado de mi trabajo y también una forma de conoceros a quienes me leéis. Que sepáis que los leo absolutamente todos.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponibles muchas más, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans. También puedes seguirme en Facebook (Noah Evans) o Instagram (Noah_Evans_oficial) para estar al día de próximas publicaciones, firmas y eventos. Me encanta teneros por allí, donde suelo ir contando el proceso de mis novelas.

Gracias por seguir conmigo en cada nueva novela, sin vosotras no sería posible.

Vendrán muchas más, sigue la serie Misters con **Mr Stoker**.

Ya en preventa **La hermana salvaje**.

Os quiero,

Noah.